Literatura universal

Edgar Allan Poe

Cuentos extraordinarios

Traducción de
Vicente López Folgado

Octaedro Biblioteca básica

Cuentos extraordinarios

Biblioteca básica

Edgar Allan Poe

Cuentos extraordinarios

Traducción de Vicente López Folgado

Octaedro Editorial

Colección Biblioteca básica. Serie Clásicos universales

Cuentos extraordinarios, de Edgar Allan Poe

Traducción de Vicente López Folgado

Primera edición en papel: abril de 2012
Primera edición: abril de 2016

© De esta traducción: Vicente López Folgado

© Derechos exclusivos de esta edición:
Ediciones Octaedro, s.l.
Bailén, 5 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68
www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-645-4

Realización y producción: Editorial Octaedro
Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila
Ilustraciones cubierta: *I gazed upon the House of Usher*, de Arthur Rackham.
© Lebrecht/ Prisma

Digitalización: Ediciones Octaedro

Introducción: Edgar Allan Poe

Su personalidad

E. A. Poe es considerado el padre del relato detectivesco moderno y del cuento de terror. Alabado también por su personal poesía, desde los franceses Charles Baudelaire y Mallarmé hasta el americano Walt Whitman o los argentinos Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, que no han ahorrado palabras de elogio y admiración por su singular creación literaria, tal vez única. Sin embargo, en torno a su figura moral como escritor, su editor oficial, Rufus Griswold, creó una leyenda denigrante y difamatoria, falsificando incluso documentos, lo que dañó su imagen en su patria, Estados Unidos. Por ello, fue mucho más apreciado en Europa (sobre todo por parte de escritores franceses e ingleses) después de 1870.

Se ha dicho a menudo que hay dos personalidades en Edgar A. Poe: el escritor de cuentos fantásticos, en los que prima el reino de la imaginación, y el escritor de relatos de misterio, en los que sobresalen las operaciones de una facultad razonadora y lógica. Sin embargo, se trata de dos caras del mismo prisma de su personalidad.

En su vida de escritor, Poe hace un viaje mágico al reino de la imaginación. Allí hay una montaña con una doble pendiente: la dirección ascendente hacia un espacio de lo más sublime y misterioso («El dominio de Arnheim»), y el descenso y caída hacia las profundidades de un abismo oscuro e insondable («El pozo y el péndulo»). Y a pesar de despreciar a los filósofos que hablan de hechos reales («una caterva de tiranos llenos de prejuicios…», diría de ellos), como hace en su ensayo «Eureka», busca con ansiedad, no obstante, la armonía complementaria entre la observación empírica y científica propia de un detective («La carta robada») por una parte, y el libre vuelo de la fantasía por la otra. Dice el crítico Günther Blöcker: «Lo que le distingue y lo que le hace parecer "moderno", en sentido estricto, es la combinación de horror y cálculo, el golpe de vista matemático de lo espantoso». El terror tecnológico de la máquina inquisitorial («El pozo y el péndulo»), la exactitud empírica del investigador ambicioso («El escarabajo de oro») se contraponen y se complementan en su acercamiento al mundo.

¿De dónde brota ese anhelo de saber y conocer más allá de los límites inexorables que la naturaleza impone? Tal vez, de su destino trágico. El joven Edgar se vio en la acuciante necesidad de crearse para sí un mundo de libertad propio por medio de sus obras. Su refugio en la intoxicación alcohólica y en el delirio estupefaciente no era sino una justificación de su última libertad, pues no le era suficiente su apego a la poesía ni el embrujo que su ficción le causaba. Atormentado por su propia existencia precaria, por el mundo lleno de horror, quiere demostrar que el arte de la deducción del intelecto humano es capaz de resolver la ecuación más compleja, los más irresolubles enigmas y criptogramas («El escarabajo de oro»). Dice en «El pozo y el péndulo»: «No me había confundido en mis cálculos. No había resistido en vano. Por fin sentí que era libre». La clarividencia casi matemática, el cálculo objetivo y la fría racionalidad científica, parece decirnos Poe, es a menudo una envoltura que encierra arcanos que nos pueden aterrar. Ya lo había dicho años antes Goya: «El sueño de la razón produce monstruos». Monstruos de sádica violencia, de atroces venganzas («El tonel de amontillado»), que cocina en su mente de «poeta maldito» solitario, pero al tiempo, que ansía ser leído y querido por la

multitud de sus lectores (tan marginados como él) para infundir en ellos el terror que él sentía en su turbulenta existencia.

Su vida

Edgar Allan Poe nació en Boston en 1809, hijo de actores de teatro que fallecieron cuando aún era un niño de corta edad. Edgar y sus dos hermanos, Henry y Rosalie, separaron sus vidas tras esta desgracia y fueron adoptados por distintos familiares. Edgar fue adoptado por su tío John Allan, comerciante de Richmond, Virginia. Cuando tenía tan solo seis años fue con sus tíos a Londres, donde estudió en un colegio de Chelsea, y permaneció en Inglaterra cinco años. De vuelta a América, continuó sus estudios hasta entrar en la Universidad de Virginia a los 17 años. Allí comenzó a publicar poemas y a llevar una vida de austeridad, ya que su adinerado tío apenas le daba suficiente dinero para vivir. Aunque se sabe que fue un buen alumno de latín y francés, pronto sucumbió al alcohol y al juego, y, en menos de un año, tuvo que abandonar sus estudios. Su tío le retiró su apoyo, de modo que se alistó en el ejército durante dos años e incluso estuvo por un breve período de tiempo en la Academia Militar de West Point, de donde sería expulsado. Pero no todo es negativo en su biografía, pues hay un retazo de altruismo rayano en el heroísmo romántico (siguiendo el modelo de su admirado Lord Byron) que a menudo se silencia en su biografía. Edgar quiso alistarse, aunque sin éxito, en el ejército polaco movido por el levantamiento de ese país contra la tiranía rusa. Tuvo que quedarse frustrado en Nueva York, mientras los libertadores polacos afrontaban la batalla de Varsovia entre un baño de sangre.

Se dirigió, pues, a Nueva York en 1831, donde vivió en la penuria, y publicó algunas poesías, al tiempo que envió a varios periódicos sus cuentos, que fueron rechazados. Edgar no tenía trabajo ni amigos, y su tío no respondió a sus cartas en las que le solicitaba ayuda. Es más, John Allan murió en 1834 sin dejar ni un solo dólar de su rica herencia a Edgar. Huyendo de la pobreza extrema que padeció en la gran urbe, pronto decidió buscar fortuna en la más provinciana ciudad de Baltimore, donde vivió entre 1831-1835. Aunque apenas tuvo ingreso alguno para vivir, inició su colaboración con el periódico *Saturday Courier*, de Filadelfia, que le publicó algunos cuentos.

Al fin, en 1835 consiguió en Richmond un empleo de editor asistente en el periódico *Southern Literary Messenger* tras ganar un premio con un relato. En 1836 se casó con su prima, Virginia Clemm, de 13 años de edad. Durante esos dos años de trabajo, el periódico creció en ventas, de modo que pasó de 500 a 3.500 ejemplares. Sin embargo, debido a las pésimas condiciones de su mal remunerado trabajo, abandonó ese empleo y se fue primero a Nueva York, de nuevo, y luego a Filadelfia en 1838. Escribió por entonces *The Narrative of Arthur Gordon Pym*. En Filadelfia le dieron el trabajo de coeditor de la revista *Burton's Gentlemen's Magazine*, donde demostró ser un riguroso pero brillante crítico y reseñador de libros. Escribió su primer volumen de relatos «góticos» en 1839: *Tales of the Grotesque and Arabesque*, aunque no le reportó ganancia alguna a su maltrecho bolsillo. Al poco tiempo, y debido a su carácter antisocial causado por el alcohol, fue despedido para refugiarse en otra revista, *Graham's Magazine*, de la que fue coeditor, cuando estaba ya en el apogeo de su capacidad creadora. Durante el período de dos años de edición de esta revista, sus ejemplares aumentaron más del triple.

A pesar del éxito editorial, Poe abandona la revista porque desea editar una por cuenta propia. Pero fracasó en el intento. Y tampoco tuvo mucho éxito con la venta de sus relatos cortos. El que más dinero le reportó (unos 100 dólares) fue «The Gold Bug», que ascendió en un año a la fabulosa cifra de 300.000 ejemplares. Buscó de nuevo trabajo y lo consiguió como editor de *The Broadway Journal*, de Nueva York. En poco más de un año volvió a estar desempleado, debido a la situación ruinosa del periódico. Por entonces, su mujer había enfermado y en 1847 falleció. El estado depresivo de Poe duró varios meses.

En 1849 inició una vida de vagabundo urbano entre Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Richmond, sin asentarse definitivamente en un lugar y malviviendo como un pordiosero y de la caridad de amigos y allegados. A finales de ese mismo año, tras ser recogido inconsciente en la

calle, según unas fuentes, y en un prostíbulo de la ciudad de Baltimore, según otras, fallecía días después en el hospital de esa ciudad en cuyo cementerio yace enterrado. No se sabe con certeza la causa de su muerte temprana a la edad de 40 años: hay quienes la atribuyen al alcohol, que le causaría una embolia; otros, al consumo de estupefacientes; otros, a la tuberculosis, a la cólera o a la rabia, y, en fin, hay quienes no descartan el suicidio.

En su tumba actual puede leerse la inscripción en piedra, colocada en una ceremonia de homenaje en 1875, con las palabras de su famoso poema «The Raven» («El cuervo»): *Quoth the raven, nevermore*, «dijo el cuervo, nunca más».

Su obra

Su obra es muy variada y original; carece de la suficiente unidad y consistencia de otros contemporáneos, como N. Hawthorne, F. Cooper y H. Melville, quienes suelen ser considerados más clásicos, menos experimentales. Precisamente por eso, es la obra narrativa y poética más rica en experiencias, más creativa y versátil estéticamente.

Ha ejercido a lo largo del tiempo una influencia arrolladora tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo, y sus lectores son los de más amplia gama. Sus relatos aparecen en la literatura popular, en los medios actuales de comunicación social, como el cine o la televisión, así como en otros medios estéticos, como las artes plásticas o la música.

El famoso escritor inglés, D. H. Lawrence, dictamina con palabras proféticas el papel de escritor emblemático y misterioso que Poe tiene para muchos: «Los moralistas siempre se han preguntado en vano por qué han tenido que escribirse los "morbosos" cuentos de Poe. Tenían que escribirse porque las cosas viejas necesitan perecer y desintegrarse, porque hay que acabar con la antigua psique blanca antes de que ocurra ninguna otra cosa. El hombre debe incluso despojarse de sí mismo. Esto es un proceso doloroso, a veces terrible».

En efecto, se ha reconocido que los mejores relatos de Poe son góticos, un género que estaba en alza en su época. Todavía resonaban los ecos de las novelas góticas inglesas decimonónicas, como *El monje*, *El castillo de Otranto* o el propio *Frankenstein*, en las que se abordaban los arcanos de la vida y la muerte. Rastreamos asimismo la huella que dejó en él la lectura de los románticos ingleses, sobre todo S. T. Coleridge (*La rima del viejo marinero*), Lord Byron y Alfred Tennyson, sus mundos arcanos e imaginativos. Un crítico español, J. L. Palomares, señala que la atmósfera hipnótica de Poe se asemeja al héroe solitario de Byron, Manfred, «el joven que siente aversión por la vida, a la par que desdeña formar parte del rebaño, aunque sea en calidad de líder, y prefiere merodear desamparado entre los lobos y los leones».

En su obra, publicada primero en revistas periódicas —llegó incluso a crear una propia, *The Penn Magazine* (luego llamada *The Stylus*)— dio en el clavo con lo que sus lectores buscaban al utilizar elementos de las ciencias parapsicológicas y otras pseudociencias especializadas, como la frenología, la fisionomía, la criptografía, etcétera, que estaban en auge en la cultura popular del momento. En estas existía gran interés por la muerte y todo lo que la rodeaba, incluidos sus efectos físicos en las personas, sin duda herencia del romanticismo gótico anterior.

Edgar pretendía vivir exclusivamente de la literatura cuando pocos se atrevieron a hacerlo en su tiempo. En 1943 publicó una selección de sus narraciones, pero no se vendieron bien. Al menos, su famoso relato «The Gold Bug» («El escarabajo de oro») le reportó nada menos que cien dólares, pero eso fue excepcional, ya que apenas le alcanzaba para mantener a su familia con sus colaboraciones en revistas. Según algunos biógrafos, llegó a vender 300.000 ejemplares de este relato, todo un *bestseller* para su época, pero le duró poco el dinero.

La influencia tanto de su poesía como de su narrativa fue poderosa en escritores de su época, sobre todo en Francia. Cree Harold Bloom (1985) que Poe fue siempre sobrevalorado por los críticos y poetas franceses. Ya hemos mencionado que su poema «The Raven», de 1845, tuvo un rotundo éxito. También fue leída con admiración su obra crítica, especialmente en *La filosofía de la composición*, donde opina que todo poema debe ante todo sugerir y evocar, con lenguaje ambiguo y titubeante, antes que indicar referencias claras con un sentido lógico, porque ese

significado sugerido y soterrado conduce al lector a la búsqueda de la interpretación personal y a la vivencia única. Así, la figura del cuervo sugiere un símbolo con alusiones veladas al misterio y a la muerte, cuyos ecos se atisban en no pocas obras literarias inglesas.

Cuentos extraordinarios

Edgar Allan Poe

1. El barril de amontillado

Había soportado lo mejor que pude los innumerables agravios de Fortunato, pero cuando pasó al insulto juré vengarme. Los que conocéis bien el carácter que tengo no iréis a suponer, sin embargo, que lo que hice fue lanzar amenazas. Pero *al final* vería la venganza. Este era un asunto ya definitivamente aclarado, si bien la conclusión final misma con que había resuelto el asunto excluía toda idea de riesgo. No solo debía yo infligir un castigo, sino que debía hacerlo con impunidad. Un agravio queda sin reparar si la retribución alcanza al propio reparador. Igualmente queda sin reparar cuando el vengador ya no se muestra como tal a quien le ha hecho el agravio.

Han de saber que ni de palabra ni de obra había dado a Fortunato motivo alguno para dudar de mi buena voluntad. Seguí, como era mi costumbre, sonriendo en su presencia, y a él ni se le pasó por la mente siquiera que mi sonrisa era *ahora* debida a que yo estaba pensando en su inmolación.

Tenía un punto débil este Fortunato, aunque en otros aspectos era un hombre muy respetado e incluso temido. Se jactaba de ser un buen *catador* de vinos. Pocos italianos tienen el auténtico espíritu del experto. En la mayoría de los casos adoptan una fingida pose de entusiasmo halagador que se acomode a la ocasión, para así engañar a los *millonarios* británicos y austríacos. En cuestión de pintura y de joyas, Fortunato era, al igual que sus paisanos, un charlatán, pero en lo que a vinos de solera se refiere, hablaba con sinceridad. En este aspecto no difería yo, en realidad, mucho de él —yo mismo era experto en cosechas de caldos italianos y compraba en abundancia siempre que podía.z

Fue hacia la hora del oscurecer de una tarde en que se celebraba la locura del carnaval cuando encontré a mi amigo. Me abordó con excesiva cordialidad, pues había estado bebiendo. Iba vestido de saltimbanqui. Llevaba un traje ceñido y de rayas y se tocaba la cabeza con un gorro cónico con cascabeles. Me dio tanta alegría verlo que

pensé que nunca le había estrechado la mano con tanta fuerza.

Así me dirigí a él:

—Mi querido Fortunato, tengo suerte al conocerte. ¡Qué excelente aspecto tienes hoy! El caso es que me han mandado un barril[1] de lo que se entiende que es amontillado, pero tengo mis dudas.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Amontillado, un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno carnaval!

—Tengo serias reservas —repliqué —, y además, he sido tan tonto que pagué el precio de auténtico amontillado sin haberte consultado antes. No había forma de encontrarte y tenía miedo de perder una buena oferta.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y quiero salir de ellas.

—¡Amontillado!

—Como estás ocupado, voy a ir a buscar a Luchresi. Si hay alguien que tenga buen criterio, es él. El me dirá…

—Luchresi no sabe distinguir entre un amontillado y un jerez.

—Y sin embargo, hay estúpidos que aprecian tanto su paladar como el tuyo.

—¡Venga, vayamos!

—¿Adónde?

—A tu bodega.

—No, amigo mío. No quiero abusar de tu amabilidad. Veo que hoy tienes compromisos. Luchresi…

—No tengo ningún compromiso, vayamos.

—No, amigo mío. No es por el compromiso, sino por el fuerte resfriado que tienes. La humedad de la bodega es insufrible y está cubierta de una capa de salitre.

—A pesar de todo, vayamos. El resfriado carece de importancia. ¡Amontillado! Te han estafado. Y en cuanto a Luchresi, no sabe distinguir un jerez de un amontillado.

Mientras decía esto, Fortunato me cogió del brazo y, tras ponerme una máscara de seda negra y echarme encima una capa *roquelaure*,[2] tuve que soportar que me condujera a toda prisa a mi *palazzo*.[3]

No se hallaban en casa los criados. Se habían esfumado para celebrar esas fechas divirtiéndose. Yo les había dicho que no iba a volver hasta por la mañana, por lo que les di órdenes explícitas de no moverse de casa. Yo sabía muy bien que estas órdenes bastaban para asegurar la

inmediata desaparición de todos y cada uno de ellos tan pronto como yo volviera la espalda.

Saqué dos antorchas de sus hachones y, tras darle una a Fortunato, le guié encorvado por varios aposentos hasta la arquería que conducía a las criptas de la bodega. Descendí por una larga y sinuosa escalera, pidiéndole que tuviera cuidado al seguirme. Al fin, llegamos al pie de los escalones y nos vimos uno al lado del otro en el húmedo terreno de las catacumbas de los Montresor.

Los pasos de mi amigo eran inseguros y los cascabeles de su gorro tintineaban al andar.

—¿El barril? —preguntó él.

—Está algo más allá —contesté—, pero observa las telarañas blancas que relucen en las paredes de la cueva.

Se volvió hacia mí y me miró a los ojos, con sus órbitas empañadas destilando el flujo de la embriaguez.

—¿Salitre? —preguntó finalmente.

—Salitre —respondí —. ¿Cuánto tiempo llevas con ese catarro?

—¡Ag, ag, ag! ¡Ag, ag, ag! ¡Ag, ag, ag! ¡Ag, ag, ag!

A mi pobre amigo le fue imposible contestar durante largos minutos.

—No pasa nada —dijo él, al fin.

—Vamos —dije muy resuelto—. Nos volvemos, lo que más vale es tu salud. Eres rico, respetado, admirado, amado. Eres feliz, como lo fui yo antaño. A ti te echarían de menos, al contrario que a mí. Volvamos, si no quieres enfermar, que no quiero culparme de ello. Además, está Luchresi.

—¡Basta! —repuso él—. La tos no tiene importancia, no me va a matar. De tos no me voy a morir.

—Claro, claro —repliqué yo—, la verdad es que no tenía intención de alarmarte sin motivo. Pero deberías tomar las debidas precauciones. Un trago de este Medoc nos protegerá de las humedades.

Entonces abrí el cuello de una botella que había yo sacado de una larga fila de entre otras que estaban tumbadas sobre el moho.

—Bebe —sugerí yo—, ofreciéndole el vino.

Se llevó la botella a los labios, mirando de soslayo. Se detuvo y asintió con confianza, mientras tintineaban los cascabeles de su gorro.

—Brindo —dijo— por los enterrados que descansan a nuestro alrededor.

—Y yo por que tengas una larga vida.

Él volvió a cogerme del brazo y continuamos andando.

—Estas bodegas —observó— son enormes.

—Los Montresor —repliqué— eran una familia importante y numerosa.

—No recuerdo vuestro escudo.

—Un gran pie *d'or*, en campo de *azure*.[4] El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos colmillos están hincados en el talón.

—¿Y el lema?

—*Nemo me impune lacessit*.[5]

—¡Bien! —exclamó él.

El vino chispeaba en sus ojos y los cascabeles tintineaban. Mi propia fantasía se encendía con el Medoc.[6] Habíamos pasado por largas paredes de esqueletos apilados, entremezclados entre barriles y botas, hasta llegar a los pasadizos más recónditos de las catacumbas. Volví a pararme y esta vez me permití el atrevimiento de tomar a Fortunato del brazo por encima del codo.

—¡El salitre! —comenté—. Mira cómo aumenta. Cuelga de las bóvedas como el musgo. Estamos ahora bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Vámonos, regresemos antes de que sea demasiado tarde. Tu tos…

—No importa —dijo él—, continuemos. Pero primero, otro trago del Medoc.

—Abrí una garrafilla de De Grave[7] y se la ofrecí. La vació de un solo trago. Le refulgían los ojos con intenso brillo. Echó una carcajada y arrojó la botella al aire haciendo un gesto que no logré entender.

Me quedé mirándole perplejo. Él repitió el gesto, que era grotesco.

—¿Es que no comprendes? —dijo él.

—Pues, no —contesté.

—Entonces no perteneces a la hermandad.

—¿Cómo?

—Tú no eres de los masones.

—Sí, sí —repliqué yo—, claro que sí.

—¿Tú masón? ¡Imposible!

—Masón —contesté.

—Una señal —dijo—, a ver, una señal.

—Aquí la tienes —contesté, al tiempo que sacaba de debajo de los pliegues de mi capa una paleta de albañil.[8]

—Estás de broma —exclamó retrocediendo unos pasos—. Pero vamos a ver ese amontillado.

—De acuerdo —repliqué yo; volví a guardar la herramienta bajo la capa y le ofrecí de nuevo el brazo, sobre el que se apoyó con fuerza y proseguimos el camino en busca del amontillado. Atravesamos una serie

de arquerías bajas, descendimos, continuamos andando para volver a descender hasta llegar a una profunda cripta en la que el aire estaba tan enrarecido que hacía que la llama de nuestras antorchas casi se extinguiera.

En el extremo más alejado de la cripta se veía otra menos espaciosa. En sus muros se habían colocado restos humanos, apilados hasta la bóveda situada encima de nosotros, a la manera de las grandes catacumbas de París. Tres de los lados de esta cripta interior estaban todavía decorados de esta manera. Los huesos del cuarto lado se habían derrumbado y yacían esparcidos por el suelo, formando en un sitio concreto un buen montón. En el interior de la pared ahora al descubierto por el desplazamiento de los huesos pudimos ver otra cripta o recinto, interior también, de unos cuatro pies de profundidad por tres de anchura y seis o siete de altura. No parecía haberse construido con una finalidad concreta, sino que simplemente formaba el intervalo entre dos de los colosales soportes de la bóveda de las catacumbas y su parte trasera era uno de los muros circundantes de sólido granito de las mismas.

En vano, Fortunato, levantando su antorcha casi apagada, se empeñaba en escrutar lo hondo del recinto. La mortecina luz no nos dejaba ver hasta dónde alcanzaba su profundidad.

—¡Adelante! —dije yo —. Ahí dentro se encuentra el amontillado. En cuanto a Luchresi…

—Ese es un ignorante —interrumpió mi amigo, al tiempo que avanzó vacilante mientras yo le seguía detrás pegado a sus talones. En unos instantes había llegado al final de la cripta y viendo que la roca impedía su avance, se quedó quieto, preso de estúpida perplejidad. Un momento después lo tenía yo encadenado a la roca de granito. En su superficie había dos argollas de hierro, dispuestas horizontalmente y a unos dos pies de distancia entre sí. De una de éstas pendía una cadena corta, y de la otra un candado. Tras echarle alrededor de la cintura los eslabones, amarrarlo fue ya una tarea de segundos. Él estaba demasiado estupefacto para oponer resistencia alguna. Después de sacar la llave, retrocediendo salí de ese recóndito nicho.

—Pasa la mano por la pared —dije yo—. No puedes evitar sentir el salitre. En realidad está *muy* húmeda. Una vez más déjame suplicarte que nos volvamos. ¿No? Entonces no me queda otro remedio que dejarte. Pero antes debo prestarte cuantas pequeñas atenciones estén a mi alcance.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, aún no recuperado de su

estupor.

—Es verdad —repliqué yo—, el amontillado.

Mientras hablaba me encaminé al montón informe de huesos antes mencionado. Retirándolos a un lado, pronto destapé una buena cantidad de piedra de construcción y mortero. Con estos materiales y con la ayuda de mi paleta de albañil comencé a tapiar con energía la entrada a la cripta.

Apenas hube puesto la primera fila de ladrillos, advertí que Fortunato comenzaba a despejarse un tanto de su embriaguez. La primera señal en este sentido fue un apagado quejido emitido desde la oquedad de la cripta. *No era* el quejido de un hombre ebrio. Después se hizo un silencio prolongado y persistente. Puse la segunda fila, y la tercera y después la cuarta. Entonces oí la enfurecida agitación de la cadena. El ruido duró unos minutos, durante los cuales, para poder escuchar con más satisfacción, dejé la tarea y tomé asiento sobre el montón de huesos. Cuando remitió al fin aquel chirriar, volví a coger la paleta y acabé sin interrupciones la quinta, la sexta y la séptima fila. Al llegar el muro a la altura de mi pecho, volví a hacer un descanso y, alzando la antorcha por encima de la obra de albañilería, iluminé débilmente la figura humana que se hallaba dentro.

De repente, de la garganta del encadenado brotó una retahíla de fuertes alaridos agudos, que me hicieron retroceder bruscamente. Por unos instantes vacilé temblando. Desenvainando mi florete, comencé a tantear con él el interior de la cripta, pero una rápida reflexión me sosegó. Puse la mano sobre el sólido muro de las catacumbas y que quedé satisfecho. Volví a acercarme al muro para replicar a los chillidos del que gritaba. Les hice eco, los imité e incluso los superé en volumen y en fuerza. Al hacer esto, el que gritaba se quedó callado.

Era ya medianoche y mi obra estaba tocando a su fin. Había terminado la octava, la novena y la décima fila. La undécima y última estaba a punto de concluirse, pues no quedaba nada más que una piedra que colocar y pegar con argamasa. Me costó levantarla, y la coloqué en su sitio solo a medias. Y entonces salió de la cripta una risa baja que me puso los pelos de punta. A continuación se oyó una voz melancólica que me costó reconocer que perteneciera al noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! Una broma muy buena, en verdad. Una excelente broma. Nos vamos a reír de ella en tu mansión (¡Je, je, je!) tomando nuestro vino. ¡Je, je, je!

—¡El amontillado! —exclamé.

—¡Je, je, je! ¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero ¿no se está haciendo

ya tarde? ¿No nos estarán esperando en la casa el Sr. Fortunato y los demás? Vámonos ya.

—Sí —dije yo—, salgamos.

—¡*Por el amor de Dios, Montresor*!

—Sí —dije yo—, ¡por el amor de Dios!

Pero en vano esperé a escuchar una respuesta a estas palabras. Estaba cada vez más impaciente. Volví a llamar:

—¡Fortunato!

Sin respuesta. De nuevo llamé:

—¡Fortunato!

Tampoco hubo respuesta. Pasé una antorcha por el hueco que aún quedaba y la dejé caer dentro. En respuesta solo pude oír el tintineo de los cascabeles. Me comenzaba a sentir enfermo. Era producido por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a poner fin a mi tarea. Coloqué con tesón la última piedra en su sitio y la fijé con argamasa. Volví a amontonar contra la nueva construcción el muro de huesos. Durante medio siglo, ningún mortal los ha removido. ¡*Requiescat in pace*!

1. Hay diferentes formas en español para llamar el objeto designado por *cask* en inglés; entre otros: *barril*, *barrica*, *tonel*, *cuba*, *bota*. Unos se utilizan más en un lugar de España que otros. El tipo de vino «amontillado» procede del topónimo cordobés de Montilla, ciudad en la que se elabora ese tipo de vino blanco.

2. Especie de capa de abrigo que llegaba hasta las rodillas, de uso común en Francia en la época de Luís XIV. Su nombre se debe al duque de Roquelaure.

3. En italiano, «mansión» o «casa solariega», más próxima al francés *chateau* que al «palacio» en español.

4. En los escudos o blasones, y poéticamente, azul.

5. En latín significa: «Nadie me hiere impunemente». Es un lema escocés.

6. El Medoc está en Aquitania, una de las zonas vitivinícolas por excelencia de Francia.

7. Vino procedente de una zona próxima a Burdeos, Les Graves de Aquitania, con suelos de grava. Al mismo tiempo, el autor hace un juego de palabras con la palabra «grave», que en inglés significa «tumba».

8. La masonería tiene su origen en los gremios de constructores de catedrales en la Edad Media. De ahí su nombre en francés y el que tengan en su escudo ciertos símbolos, como la paleta de albañil y el compás.

Notas y actividades

Notas

Este relato fue publicado en la antología *Godey's Lady's Book*, en 1846. Se trata de la trama de un crimen perfecto por parte de un asesino vengativo e inteligente. Se ha intentado ver en estas fascinantes páginas la sed de venganza personal de Poe contra ciertas personas del mundo editorial. La envidia de Montresor por Fortunato es el *leitmotiv* o hilo conductor de esta historia. El escudo familiar de los nobles Montresor, en el que un pie aplasta a una serpiente reza así: «Nadie me hiere impunemente», lema del escudo escocés y de la Orden del Cardo (flor morada con pinchos, que es el símbolo nacional).

Este relato menciona también la masonería, que estaba de actualidad en su tiempo, sobre la que se discutía mucho, pues se le criticaba que fuera una sociedad cerrada (con ya siglos de antigüedad), indiferente a la religión. Incluso el Papa Clemente VII lanzó una bula en pleno siglo xviii condenándola como «logia» o asociación secreta y peligrosa por su poder frente a la religión. A pesar de todo, la logia exige a sus miembros las virtudes de la caridad, la moralidad de conducta y la obediencia a las leyes del país. Se dice que es la continuación de los caballeros templarios medievales. La primera logia en América se fundó en el siglo xviii y hay personajes ilustres de la política que han sido miembros.

Para centrar la historia se desplaza mentalmente a terrenos vitivinícolas franceses y españoles, pues en América la enología no era su fuerte y el alcoholismo estaba muy penado en la sociedad puritana protestante, como el propio Poe pudo experimentar en carne propia.

Actividades

1.
Contesta:

–
¿Por qué jura vengarse el narrador de Fortunato?
–
¿Cuál era el punto débil de Fortunato?
–
¿De qué nacionalidad era Fortunato?
–
¿Cuál es el tema de discusión entre el narrador y Fortunato?
–
¿Qué ocurre?
–
¿Dónde acaba Fortunato?
–
¿Qué hace el narrador?

2.
Describe cómo eran las bodegas de los Montresor.

3.
Indaga cómo se denominan los distintos tipos de «contenedores» para el vino u otras bebidas (cava, etc.) en tu región: barril, barrica, tonel, pipa, cuba, etc. A veces depende del tamaño y de si son de roble, de barro o de acero.

4.
Busca los nombres que puedas de las prendas de vestir invernales: abrigo, chaquetón, capa, chambergo, anorak, zamarra, etc. e indaga en el diccionario etimológico de dónde proceden.
5.
¿Conoces muchos escudos de linajes antiguos o familias nobiliarias? En casi todos los pueblos hay alguno, y muchos más en las ciudades, si tienes curiosidad en observarlos. Describe los cuarteles (división del campo o dentro del escudo) y los símbolos de ese escudo: osos, lobos, navíos, estrellas, etcétera; lo que dicen de ese linaje y de la historia local.
6.
Lee en Internet la historia de la masonería.

2. El pozo y el péndulo

Impia tortorum longas hic turba furores
Sanguinis innocui, non satiata, aluit.
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro,
Mors ubi dira fuit vita salusque patent.[9]

Cuarteta compuesta para las puertas de un mercado erigido en el sitio del Club Jacobino de París.

Sentía ansias y náuseas mortales tras aquella prolongada agonía y, cuando al fin me desataron y me permitieron sentarme, noté que mis sentidos me abandonaban. La sentencia —la terrible sentencia de muerte — fue lo último que alcanzaron a percibir claro mis oídos. Después de esto, las voces inquisitoriales parecían fundirse en un solo murmullo impreciso y monótono. Ello evocó en mi alma la idea de revolución —quizá por la asociación en mi mente con el vago traqueteo de la rueda de un molino—. Esto solo duró unos momentos, porque al poco dejé ya de oír nada. Sin embargo, durante un rato, sí vi; pero —¡cuán terriblemente exagerados!— vi los labios de los jueces de negras togas, que estaban blancos —tan blancos como la hoja sobre la que pergeño estas letras— y de finos resultaban grotescos; finos por la intensa expresión de firmeza, de inmutable resolución, de riguroso desprecio por la aflicción humana. Vi que las sentencias de lo que era para mí el destino todavía eran emitidas por aquellos labios. Los vi hacer muecas con una expresión mortífera. Vi cómo articulaban las sílabas de mi nombre y me estremecí porque no salía de ellos sonido alguno. Vi también durante unos momentos de horror delirante el suave y casi imperceptible ondear de las colgaduras color azabache que revestían las paredes de la sala. Y luego centré la atención en siete altos candelabros que había sobre la mesa. Al principio tenían un aspecto amable y parecían esbeltos ángeles blancos que me salvarían; pero luego, de repente, una náusea fatal invadió mi espíritu y sentí temblar cada fibra de mi cuerpo como si le hubiera tocado un cable de una pila galvánica, al tiempo que las formas angelicales se volvían espectros informes con

cabezas llameantes, y entendí que no recibiría de ellos ayuda alguna. Y entonces invadió mi imaginación, cual si fuera una clara nota musical, el pensamiento de cuán dulce descanso brindaría la tumba. Este pensamiento me llegó de forma sigilosa y furtiva, y transcurrió algún tiempo sin que lo apreciara plenamente; pero cuando, finalmente, mi espíritu pudo realmente sentirlo y apreciarlo, se esfumaron ante mis ojos, como por arte de magia, las figuras de los jueces; los candelabros se desvanecieron como el humo; sus llamas se apagaron totalmente; sobrevino la más negra oscuridad; todas las sensaciones parecían engullidas hacia una vertiginosa caída como si fuera la del alma hacia el Hades.[10] Luego se hizo el silencio, la quietud y la noche en el universo.

Me había desmayado, pero no me atrevería a decir que estaba por completo inconsciente. No trataré de definir, ni siquiera de describir, lo que de consciencia me quedaba. Sin embargo, no toda la había perdido. En el sueño más profundo, ¡no! En el delirio, ¡no! En el desmayo, ¡no! En la muerte, ¡no! Incluso en la tumba *no* se pierde todo. Si no, el hombre no tendría inmortalidad. Despertando del más profundo de los sopores, rompemos la tela delicada de *algún* sueño. Pero un momento después (tan frágil puede haber sido esa tela) no recordamos aquello que hemos soñado. En la recuperación de la consciencia se dan dos fases: primero, la del sentido de lo mental o espiritual; segundo, la del sentido de la existencia física. Parece muy probable que si, al alcanzar la segunda fase, pudiéramos recordar las impresiones de la primera, encontraríamos que estas impresiones hablan de recuerdos del espacio vacío del más allá. Y ese espacio vacío ¿qué es? ¿Cómo distinguir al menos sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que llamé la primera fase no son voluntariamente recordadas, ¿no nos vienen, sin embargo, y después de mucho tiempo, espontáneamente, al tiempo que nos preguntamos de dónde proceden? Quien no se haya desmayado nunca, no habrá visto extraños palacios y rostros alucinantemente familiares en el fulgor de las ascuas de carbón; ni habrá contemplado flotando en el aire las tristes visiones que la mayoría no ve; ni meditará sobre el perfume de alguna flor nueva; ni su cerebro se asombrará ante el sentido de un compás musical que nunca antes le había llamado la atención.

Entre frecuentes y tenaces empeños por recordar; entre las más serias pugnas por atrapar algún vestigio del estado de aparente aniquilación en el que mi alma había caído, ha habido momentos en que he soñado con el triunfo; ha habido períodos, aunque muy breves, en que he evocado recuerdos que la razón lúcida posterior me asegura que podían hacer

referencia solo al estado de aparente inconsciencia. Estas sombras de recuerdos hablan, de forma un tanto vaga, de altas figuras que me cogieron y me llevaron en silencio hacia abajo —abajo y aún más abajo — hasta que se apoderó de mí un horrible mareo ante la sola idea de un descenso interminable. Hablan también de un impreciso horror en el propio corazón a cuenta de la serenidad antinatural de este. Luego me invade una sensación de repentina inmovilidad que se adueña de todo; como si aquellos que me llevaban cogido (¡qué espantoso séquito!) hubieran sobrepasado en su descenso los límites de lo sin límites, y se tomaran un descanso ante lo tedioso de su tarea. Tras esto asalta mi mente la sensación de lo llano y de humedad; y luego ya todo es *locura*, la locura de una memoria atareada entre cosas prohibidas.

De repente volvieron a mi alma el movimiento y el sonido, el movimiento vehemente del corazón y el sonido de su latir en mis oídos. Luego siguió una pausa en la que todo queda en suspenso. Después, de nuevo el sonido y el movimiento y el tacto —una sensación cosquilleante recorriéndome el cuerpo—. Luego la mera conciencia de la existencia, sin pensamiento, un estado que duró tiempo. Más tarde, de forma súbita, el pensamiento, y un terror escalofriante, y un denodado esfuerzo por comprender mi verdadero estado. Después, un poderoso deseo de hundirme en la insensibilidad. Luego un rápido renacer del alma y un afortunado empeño por moverme. Y ya una memoria completa del proceso, de los jueces, de las colgaduras negras, de la sentencia, de mi estado febril, de mi desmayo. Luego el olvido total de todo lo que le siguió; de todo ello he podido hacer memoria vagamente con el tiempo y con no pocos denodados esfuerzos.

Hasta ese instante no había abierto los ojos. Sentí que estaba tendido en el suelo de espaldas y desatado. Extendí la mano que cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. La mantuve así, a mi pesar, durante largos minutos, intentado imaginarme dónde podía estar y qué me había ocurrido. Anhelaba, pero no me atrevía, hacer uso de mi sentido de la vista. Sentía un gran temor ante la primera mirada a los objetos de alrededor. No era porque temía mirar cosas horribles, sino que me aterraba que no hubiera *nada* que ver.

Finalmente, lleno de una horrible angustia, abrí los ojos con rapidez. Mis peores pensamientos fueron entonces confirmados. Me rodeaba la negrura de la eterna noche. Me esforcé en tomar aliento. La intensidad de la oscuridad parecía oprimirme y sofocarme. La atmósfera era insufrible y pesada. Continué tumbado en silencio e hice un esfuerzo por hacer uso de mi razón. Me puse a recordar los métodos inquisitoriales e

intenté, a partir de ellos, deducir mi estado real. Había sido ya dictada la sentencia, pero me parecía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces. No obstante, ni por un momento pensé que estuviera realmente muerto. Tal suposición, a pesar de lo que leemos en relatos literarios, es completamente contradictoria con la existencia real. Pero, ¿dónde y en qué estado me encontraba yo? Sabía que los condenados a muerte perecían en los llamados *autos da fé*[11] con frecuencia, y se había celebrado uno de ellos la misma noche del día en que fui juzgado. ¿Me habían devuelto tal vez a mi calabozo hasta la siguiente ejecución, que no iba a tardar muchos meses en celebrarse? De inmediato pensé que eso no podía ser. Había una demanda urgente de víctimas. Además, mi mazmorra, al igual que el resto de las celdas de los condenados en Toledo, tenía el suelo de piedra y no carecía de luz.

De pronto, una horrible idea impulsó la sangre en torrentes hacia el corazón, volviendo a caer durante unos momentos en un estado de insensibilidad. Al reponerme, en seguida me puse en pie, temblando de forma convulsiva en cada fibra del cuerpo. Alargué desesperado los brazos a un lado y a otro en todas direcciones. No topé con nada; sin embargo, tenía miedo dar un paso por temor a tropezarme contra las paredes de la *tumba*. De todos mis poros brotaban goterones de sudor corriéndome por la frente hasta detenerse ya frío. La agonía de la incertidumbre se volvió ya insoportable, así que con toda precaución comencé a dar un paso adelante con los brazos extendidos y los ojos fuera de sus órbitas, esperando captar algún débil rayo de luz. Continué dando aún más pasos, pero a mi alrededor no hallé otra cosa que la oscuridad y el vacío. Respiré más tranquilo. Parecía evidente que el mío no era, por lo menos, el más espantoso de los destinos.

Y entonces, mientras avanzaba adelante con paso cauteloso, mil vagos rumores asaltaron en tropel mi memoria sobre las atrocidades de Toledo. De las mazmorras se contaban cosas muy extrañas —siempre las tuve por fabulaciones—, pero, aun así, extrañas y demasiado horripilantes para repetirlas en voz alta. ¿Me abandonaron allí para perecer de hambre en este subterráneo mundo de tinieblas; o qué destino aún más cruel me esperaba? Que el resultado sería la muerte y una muerte más amarga aún de lo habitual, de eso no me cabía la menor duda, puesto que conocía demasiado bien el carácter de mis jueces. Eran el modo y la hora lo que me tenía preocupado y angustiado.

Mis manos extendidas encontraron al fin un sólido escollo. Se trataba de una pared, que parecía de mampostería de piedra muy lisa, viscosa y fría. Comencé a seguirla, pisando con toda la precaución y desconfianza

que me habían sugerido antiguos relatos. Este procedimiento, no obstante, no me brindaba los medios para averiguar las dimensiones de mi mazmorra, pues podría darle toda la vuelta y volver al punto de partida sin darme cuenta de ello; tan perfectamente uniforme parecía la pared. Busqué, en vista de ello, el cuchillo que había llevado en el bolsillo cuando me condujeron a la sala inquisitorial, pero había desaparecido; mis ropas las habían cambiado por un sayo de áspera estameña. Había pensado meter la hoja en una pequeña grieta de la mampostería, con el fin de identificar mi punto de partida. El grado de dificultad, sin embargo, apenas era tanto, si bien, debido al estado alterado de mi imaginación, me pareció insuperable al principio. Rasgué un trozo del dobladillo del sayo y lo coloqué bien extendido y en ángulo recto respecto a la pared. De este modo, al recorrer a tientas el perímetro del calabozo, me toparía finalmente con este trapo. Esto, al menos, era lo que yo creía; pero no había contado con la extensión del calabozo, ni con mi propia debilidad. El suelo estaba húmedo y resbaladizo. Avancé tambaleándome durante un rato hasta que tropecé y me caí. La excesiva fatiga me obligó a permanecer postrado y no tardé en caer rendido de sueño allí mismo.

Al despertarme y estirar un brazo encontré a mi lado un trozo de pan y un jarro con agua. Estaba demasiado agotado como para reflexionar sobre esta circunstancia, de modo que comí y bebí con avidez. Poco después reanudé la vuelta alrededor de la mazmorra y, con gran esfuerzo, llegué, por fin, hasta donde se encontraba el trozo de estameña. Hasta el momento en que caí, había contado cincuenta y dos pasos y, al reanudar la vuelta, había contado cuarenta y ocho más cuando encontré el trozo de tela. Por tanto, eran en total cien pasos; y contando una yarda por cada dos pasos, calculé que el circuito de la mazmorra tendría cincuenta yardas. Sin embargo, me había topado con muchos ángulos en el muro, de modo que no pude adivinar la forma de la cripta; porque no podía sino suponer que se trataba de una cripta.

Carecía de un objetivo —y más aún, de esperanza— al realizar estas pesquisas; pero una vaga curiosidad me incitó a seguir con ellas. Dejando la pared, resolví cruzar el área de mi mazmorra. Al principio procedí con extrema precaución, pues el suelo, a pesar de parecer formado de material sólido, tenía un limo traicionero. Sin embargo, al cabo de un buen rato, cobré ánimos y sin vacilación pisé con firmeza, empeñado en cruzar en una línea lo más recta posible. Había ya avanzado así unos diez o doce pasos, cuando el resto del dobladillo rasgado del sayo se me enredó en las piernas. Lo pisé y caí de bruces.

Debido a la confusión que siguió a mi caída, no me percaté en ese momento de un detalle un tanto sorprendente y que, no obstante, unos segundos más tarde, mientras aún yacía en el suelo, captó mi atención. Se trataba de lo siguiente: tenía la barbilla apoyada en el suelo del calabozo, pero no así los labios ni la parte superior de la cabeza, que, aunque aparentemente se encontraban a menor altura que la barbilla, no tocaban nada. Al mismo tiempo, parecía tener la frente bañada en un vapor pegajoso y mis fosas nasales percibían el olor característico de setas putrefactas. Alargué el brazo y me estremecí al descubrir que había caído al borde mismo de un pozo circular, cuyo tamaño, desde luego, no tenía medios para averiguarlo en ese momento. Tanteando la mampostería por debajo del borde conseguí desprender un pequeño fragmento y lo dejé caer al abismo. Durante unos segundos escuché cómo, en su precipitado descenso, chocaba contra las paredes de la sima; finalmente, se oyó un ruido apagado al caer al agua, seguido de ecos sonoros. Al tiempo me llegó un sonido como de un rápido abrirse y cerrarse de una puerta por encima de mí, mientras hubo un débil pero súbito destello de luz en medio de aquella oscuridad que se apagó de repente.

Vi muy claro el destino que me tenían preparado y me alegré del oportuno accidente que me había ayudado a librarme del mismo. Un paso más antes de caer y el mundo ya no me habría visto más. Y la muerte que acababa de burlar tenía ese mismo carácter que yo consideraba fantasioso e incoherente en los relatos que había oído contar sobre la Inquisición. A las víctimas de su tiranía no les quedaba otra alternativa que o bien una muerte con todas las más horrendas agonías físicas o bien la muerte con todas las más espantosas torturas morales. Era esta última la que me habían reservado. Debido a la larga tortura tenía resentidos los nervios hasta el punto de temblar al oír el sonido de mi propia voz, convirtiéndome así en la víctima adecuada para el tipo de tortura que me aguardaba.

Volví a reemprender, a tientas y temblando por todo el cuerpo, el camino de vuelta a la pared, resuelto a fallecer allí antes que correr el riesgo aterrador de los pozos, que ahora en mi imaginación suponía ubicados por doquier alrededor de mi mazmorra.

En otro estado de ánimo hubiera tenido el valor suficiente para acabar de una vez con esta deprimente situación lanzándome a uno de esos abismos, pero en aquellos momentos yo era el más perfecto cobarde. Tampoco podía olvidar lo que había leído acerca de esos pozos: que la extinción súbita de la vida no formaba parte de su más

espeluznante plan.

Un estado de nerviosismo me mantuvo despierto durante largas horas, pero finalmente me rindió el sueño. Al despertarme encontré otra vez a mi lado, como anteriormente, un trozo de pan y un jarro de agua. Me consumía una sed abrasadora, así que vacié de un solo trago todo el jarro. Debía de contener alguna sustancia el agua, pues apenas acabé de beber, me embargó una pesada somnolencia. Caí en un profundo sueño, parecido al sueño de la muerte. Ignoro, claro está, cuánto pudo durar, pero, cuando volví a abrir los ojos, los objetos que me rodeaban ya eran visibles. A la luz de una extraña luminosidad sulfurosa, cuyo origen no pude adivinar al principio, vi las dimensiones y el aspecto de mi mazmorra.

En cuanto a sus medidas, estaba muy equivocado. La circunferencia de sus paredes no sobrepasaba las veinticinco yardas. Este hecho me causó durante unos minutos una serie de angustias triviales; y en verdad, eran triviales, porque ¿qué podía tener menos importancia, en las circunstancias que me rodeaban, que las simples dimensiones de mi mazmorra? Pero mi mente ponía un inusitado interés en cosas banales, de modo que me dedicaba con terco empeño a buscar una explicación al error que había cometido en mis mediciones. Finalmente, la verdad se me reveló clarificadora. En mi primer intento de exploración había contado, hasta el momento en que me caí, cincuenta y dos pasos. Debía haber estado a un paso o dos del trozo de tela; de hecho, había casi dado toda la vuelta a la mazmorra. Después me quedé dormido, y al despertarme debí de haber vuelto sobre mis pasos, por lo que supuse que el perímetro del recinto tenía casi el doble de su verdadero tamaño. Dada la confusión en que estaba sumido no pude observar que había comenzado la vuelta teniendo la pared a la izquierda y que, al terminar, la tenía a la derecha.

También me había engañado en lo que respecta a la forma del recinto. Al tantear el camino me había tropezado con muchos ángulos, por lo que deduje que era muy irregular; tan potente es el efecto causado por la oscuridad total sobre quien se despierta del letargo o del sueño. Los ángulos eran simplemente los que corresponden a unas ligeras depresiones o nichos situados a intervalos irregulares. La forma general de la prisión era cuadrada. Lo que había tomado por obra de mampostería parecía ahora ser de hierro u otro metal en grandes planchas cuyas suturas o juntas causaban las depresiones. La superficie entera de este recinto metálico estaba toscamente pintada con toda laya de imágenes horripilantes y repulsivas, fruto de la superstición

nigromante de los monjes. Las paredes estaban repletas y desfiguradas por imágenes de demonios amenazantes, con formas esqueléticas y otras que eran realmente más aterradoras. Observé que las líneas del contorno de aquellas monstruosidades estaban bastante marcadas, pero que los colores parecían desteñidos y borrosos, como si les hubiera afectado la humedad ambiental. También reparé entonces en el suelo, que era de piedra. En el centro del mismo se abría un pozo circular de cuyas fauces me había librado, si bien era el único que había en toda la mazmorra.

Todo esto lo vi confusamente y con mucho esfuerzo, pues mi estado físico había cambiado mucho durante el sueño. Ahora yacía acostado de espaldas cuan largo era sobre una suerte de bastidor de madera bajo. Estaba bien amarrado a este con una larga guita parecida a un cíngulo. Lo tenía enrollado en torno a mis miembros y a mi cuerpo, de manera que me dejaba libres solo la cabeza y el brazo izquierdo para que pudiera, no sin hacer un enorme esfuerzo, alcanzar la comida que ponían en el suelo a mi lado en un plato de barro. Advertí horrorizado que se habían llevado el jarro. Digo horrorizado porque me consumía una sed insufrible. Al parecer, estimular esta sed era el objetivo de mis verdugos, pues la comida del plato era carne con fuertes condimentos.

Miré hacia arriba y examiné el techo de la mazmorra. Tenía una altura de unos treinta o cuarenta pies y estaba construido igual que las paredes laterales. En uno de sus paneles me llamó poderosamente la atención una figura muy extraña. Era la figura pintada del Tiempo, tal como se suele representar, salvo que, en lugar de una guadaña, sostenía en la mano lo que, a primera vista, creí que era el dibujo de un enorme péndulo como los que se ven en los relojes antiguos. Había algo, sin embargo, en el aspecto de aquella máquina que me llevó a mirarla con mayor detenimiento. Mientras la observaba directamente hacia arriba (pues estaba situada justo encima de mí), se me antojó que se movía. Un instante después esta impresión se confirmó. Su oscilación pendular era breve y, por supuesto, lenta. La observé durante unos minutos, un tanto temeroso pero lleno de asombro. Cansado, al fin, de observar ese monótono balanceo, me puse a mirar lo demás objetos que había en la celda.

Me llamó la atención un ligero ruido y al mirar al suelo vi cruzando por él a varias ratas enormes. Habían salido del pozo que se hallaba a mi derecha al alcance de mi vista. Incluso entonces, mientras las miraba, subían en tropel, apresuradamente, con ojos voraces, atraídas por el olor de la carne. Me costó mucho trabajo y esfuerzo ahuyentarlas.

Debió de transcurrir media hora, o incluso una hora (porque no pude

calcular el tiempo con exactitud) hasta que volví a levantar la vista hacia arriba. Lo que vi entonces me dejó confuso y atónito. El vaivén del péndulo había aumentado casi una yarda su recorrido. En consecuencia, había aumentado mucho su velocidad. Pero lo que más me consternó fue pensar que había descendido de forma perceptible. Entonces observé —no es menester decir con qué espanto— que su extremo inferior estaba formado por una media luna de brillante acero de un pie de largo aproximadamente de una punta del cuerno a la otra; los cuernos y el filo inferior apuntaban hacia arriba estaban claramente tan afilados como los de una navaja. Al igual que una navaja, parecía macizo y pesado, y se ensanchaba desde el mismo filo hasta formar arriba una estructura ancha y sólida. Estaba colgada de un pesado vástago de cobre y todo el artilugio silbaba al balancearse en el aire.

Ya no albergaba duda alguna sobre la suerte que me tenía preparada el ingenio torturador de los monjes. Los agentes inquisitoriales tenían conocimiento de mi descubrimiento del pozo —el pozo, cuyos horrores habían sido reservados para un objetor tan osado como yo—; el *pozo*, típico del infierno y considerado, según los rumores, como la última Thule[12] de todos sus tormentos. Me había salvado de caer en el más fortuito de los accidentes, y sabía que sorprender o atrapar a la víctima para el suplicio constituía una parte importante de todo lo que de grotesco tenía la muerte en aquellas mazmorras. Habiéndome librado de caer, no entraba en los planes demoníacos el arrojarme al abismo. De modo que, (no habiendo otra alternativa) me aguardaba una muerte distinta y más benigna. ¡Más benigna! Casi me eché a reír en mi agonía al pensar en el uso que evocaba ese término.

¿De qué sirve contar las horas y horas de horror pavoroso observando la rápida oscilación de aquella maquinaria de acero? Pulgada a pulgada, línea a línea, efectuando un descenso apreciable solo a intervalos que me parecían años —¡más abajo, cada vez más abajo!—, pasaron los días, puede que pasaran varios días antes de que empezara a oscilar tan cerca de mí que me abanicaba con su aliento acre. El olor del afilado acero penetraba violento en mi nariz. Yo rezaba, cansando al cielo con mis súplicas, para que el descenso fuera más rápido aún. Me volví frenéticamente loco, y realicé enormes esfuerzos para ponerme delante del balanceo del temible alfanje. Y luego, recobré de pronto la calma y quedé tendido sonriendo a la muerte llena de fulgor, como un niño ante un juguete precioso.

Siguió otro intervalo de absoluta insensibilidad; duró muy poco, porque al recobrar el sentido, no se había producido un descenso

apreciable del péndulo. Pero podía haber durado mucho tiempo, pues sabía que había demonios que observaron mi desmayo, y que podían haber detenido la oscilación a su antojo. Al volver en mí, me sentí también muy —más aún, indescriptiblemente— desmayado y débil, como si hubiera pasado un largo período de inanición. Incluso en medio de tales angustias, la humana naturaleza ansiaba alimento. Con un penoso esfuerzo alargué el brazo izquierdo hasta donde me permitían las ataduras y arrebaté los pocos restos que las ratas me habían dejado. Al llevarme a la boca un trozo, me cruzó por la mente un vago pensamiento de alegría —de esperanza, diría. Pero ¿qué mínimo asomo de esperanza podía tener *yo*? Era, como digo, un pensamiento poco preciso —el hombre tiene muchos de ese tipo, que nunca llegan a su plenitud—. Sentí que era de alegría, de esperanza; pero sentí también que se había desvanecido antes de tomar forma. En vano me empeñé en completarlo, en recobrarlo. El prolongado sufrimiento casi había aniquilado todas las facultades ordinarias de mi mente. No era más que un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo formaba ángulo recto con respecto a mi cuerpo tendido. Vi que la hoja estaba diseñada para cruzar por la zona del corazón. Rasgaría la tela de mi sayo; repetiría esta operación una vez y otra vez. A pesar del enorme trayecto recorrido (unos treinta pies o más), y la fuerza silbante con que descendía, capaz hasta de romper estas paredes de hierro, lo único que conseguiría hacer durante unos minutos, era solo rasgar mi sayo. Y en tal pensamiento me detuve. No me atrevía a ir más allá de esta reflexión. En ella permanecí con morosa obstinación, como si con tal obstinación pudiera detener allí mismo el descenso del filo acerado. Me puse a pensar en el sonido de la afilada cuchilla al atravesar mi vestimenta, en la extraña y excitante sensación que la fricción de la tela produce en los nervios. No dejaba de pensar en todas esas frivolidades hasta que me rechinaron los dientes.

Más y más abajo… No cesaba de bajar. Con frenética excitación me puse a comparar su velocidad de bajada con la lateral. ¡A la derecha, a la izquierda se alejaba con el chillido de un alma condenada! ¡Y volvía hacia mi corazón con el sigiloso andar del tigre! Yo ora reía ora gritaba, según me dominara una u otra idea.

¡Más abajo —era evidente—, implacablemente más abajo! ¡Ya oscilaba a tres pulgadas de mi pecho! Luché con fuerza, con furia, para soltar el brazo izquierdo, pues estaba libre tan solo desde el codo hasta la mano. Podía alcanzar esta solo haciendo un gran esfuerzo desde el plato, colocado junto a mi lado, hasta la boca, pero no más allá. De

haber podido romper las ligaduras por encima del codo, hubiera agarrado el péndulo y hubiera intentado detenerlo. ¡Hubiera sido lo mismo que intentar detener un alud! ¡Abajo, incesantemente, inevitablemente más y más abajo! Yo jadeaba y luchaba angustiado a cada balanceo. Convulsivamente me encogía en cada oscilación. Mis ojos seguían el vaivén hacia fuera y arriba con la angustia de la más absurda desesperación; espasmódicamente se cerraban solos en el descenso, aunque la muerte hubiera sido un alivio, ¡oh, cuán inefable alivio! Aun así, yo temblaba por todo el cuerpo al pensar que la más ligera caída del mecanismo lanzaría aquella afilada y reluciente hacha sobre mi pecho. Era la esperanza la que hacía a mis nervios estremecerse, y encogerse a mi cuerpo. Era la esperanza; esa esperanza que sale vencedora en el potro de tortura, que susurra al condenado a muerte incluso en las mazmorras de la Inquisición.

Calculé que unas diez o doce oscilaciones más harían que el acero llegara a tocarme la ropa; y tras esta observación, se apoderó de repente de mi ánimo toda la intensa y densa serenidad de la desesperación. Por primera vez en muchas horas —o quizás días— pude *pensar*. Me asaltó la idea de que la correa o cíngulo que me sujetaba todo alrededor era una sola pieza. Ningún otro cordel me ataba. Por eso, el primer corte de la afilada hoja semicircular, efectuado en cualquier parte de la correa, la rompería de tal forma que yo la desataría de mi cuerpo utilizando la mano izquierda. Pero ¡cuán espantosa era, en tal caso, la proximidad del acero! El resultado de la más mínima lucha, ¡cuán letal! ¿Cabía alguna posibilidad, además, de que los esbirros del torturador no hubieran previsto e impedido tal posibilidad? ¿Era probable que las ligaduras cruzaran mi pecho en la trayectoria del péndulo? Temeroso de ver frustrada mi débil y —era evidente— última esperanza, levanté la cabeza lo suficiente para observar con claridad el pecho. El cíngulo rodeaba fuertemente mis miembros y mi cuerpo en toda las direcciones, excepto en la trayectoria del péndulo mortífero.

Apenas había dejado caer de nuevo la cabeza en su anterior postura, cuando se produjo en mi mente una especie de *flash* que no puedo describir de otra manera como algo parecido a la evanescente porción de aquella idea de liberación a la que he aludido anteriormente, y de la cual solo una parte bailaba confusamente en mi cerebro cuando me llevaba la comida a mis labios febriles. Allí estaba ahora toda aquella idea completa —débil, apenas coherente, apenas definida—, pero al fin completa. Procedí de inmediato, con la energía que la desesperación proporciona, a intentar llevarla a cabo.

Hacía ya varias horas que las proximidades del bajo armazón sobre el que yacía se hallaban literalmente plagadas de ratas. Eran salvajes, osadas, voraces. Sus ojos rojos me miraban fijamente como si solo esperaran que me quedara inmóvil para convertirme en su presa. «¿Qué tipo de alimento —pensé — estarán acostumbradas a comer en este pozo?».

A pesar de todos mis esfuerzos por impedirlo, habían devorado el contenido del plato, menos unos pocos restos. Yo me había habituado al vaivén casi mecánico de la mano hacia el plato y, al final, la uniformidad inconsciente del movimiento le había restado eficacia. Impulsados por su instintiva voracidad, los repugnantes roedores no hacían más que clavarme en los dedos sus dientes afilados. Con los restos de carne grasienta y sazonada en exceso froté con fuerza las ataduras hasta donde pude llegar; luego, alzando la mano del suelo, me quedé completamente inmóvil y contuve el aliento.

Al principio, los voraces animales se asustaron miedosos ante ese repentino cambio al cesar el movimiento. Retrocedieron alarmados y un buen número de ellos se refugió en el pozo. Pero fue solo un momento. No en vano había tenido en cuenta su voracidad. Al ver que no me movía, una o dos de las más osadas saltaron al armazón y olisquearon el cíngulo. Esta pareció ser la señal para el ataque general. Desde la boca del pozo salieron corriendo en manada. Se agarraban a la madera corriendo por ella y saltaban a centenares sobre mí. El movimiento regular del péndulo no les molestaba en absoluto. Esquivando su impacto, se ocupaban frenéticas de las ligaduras untadas. Se apretaban, se apiñaban sobre mí formando montones cada vez más grandes. Se retorcían sobre mi garganta y sus hocicos fríos buscaban mis labios. Me sentí abrumado por el peso de aquella plaga. Un asco que nadie en el mundo podría describir me sofocaba el pecho y me helaba con espesa viscosidad el corazón. Pero después de un minuto presentí que la lucha se acabaría. Claramente sentí que las ligaduras se aflojaban. Supe que debían ya de estar cortadas en más de un punto. Sin embargo, permanecí inmóvil con una fuerza de voluntad sobrehumana.

Y es que no había errado en mis cálculos ni había sufrido en vano. Al fin sentí que estaba *libre*. El cíngulo colgaba cortado en tiras alrededor de mi cuerpo. Pero la fuerza acompasada del péndulo se cernía sobre mi pecho. Ya había partido la estameña del sayo que vestía. Incluso había cortado la camisa interior de lino. Dos veces más pasó oscilando y sentí un dolor agudo que recorría todos mis nervios. Pero había llegado ya el momento de escaparse. Con solo agitar la mano, mis liberadores salieron

huyendo en tropel. Con un movimiento continuado (cauteloso, horizontal, hacia atrás y lento) me deslicé y me liberé del abrazo de las ligaduras y del alcance del enorme alfanje. Al menos, de momento *estaba libre*.

¡Libre y en las garras de la Inquisición! Apenas había saltado de mi camastro de tortura al suelo de piedra de la prisión, la oscilación de la máquina infernal cesó, y yo la contemplé subiendo, como tirada por una fuerza invisible, y perderse a través del techo. Esa fue una lección que me llenó el ánimo de desesperanza. Me estaban espiando, sin duda alguna, todos mis movimientos. ¡Libre! En realidad, no había sino escapado de la muerte en una forma de agonía para ser entregado a algo peor que la muerte en otra forma. Pensando esto, recorrí nervioso con los ojos los muros de hierro que me retenían allí encerrado. Entonces, algo inusitado —un cambio, era obvio—, que al principio no pude apreciar con claridad, ocurrió en ese cuarto. Durante los largos minutos en que estuve abstraído y lleno de ensueños y de temblores, me perdí en vanas conjeturas sin hilazón ni coherencia alguna. Durante ese tiempo me di cuenta, por vez primera, de cuál era la procedencia de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de una media pulgada de ancho que se extendía alrededor de la mazmorra por la parte baja de los muros, que, de esa forma, parecían, y lo estaban, completamente separados del suelo. Traté, aunque en vano, de mirar a través de la abertura.

Al ponerme de nuevo en pie, de pronto se me encendió una luz interior acerca del misterio del cambio que experimentara la celda. Ya he comentado que, aunque los contornos de las figuras en las paredes eran bastante claros, sin embargo los colores parecían borrosos y difuminados. Estos colores tenían ahora o estaban tomando un asombroso e intensísimo brillo que otorgaban a aquellas espectrales y diabólicas imágenes un aspecto que podrían hacer temblar a nervios más templados que estos míos.

Unos ojos diabólicos, de una viveza feroz y espantosa, me escrutaban desde mil direcciones, desde las que ninguno era visible antes y brillaban con el fulgor siniestro de un fuego que yo no podía forzar a mi imaginación a considerarlo como irreal.

¡*Irreal*! ¡Hasta cuando respiraba venía a mi nariz el aliento del vapor de hierro candente! ¡Un olor sofocante inundaba la prisión! A cada momento crecía un fulgor más intenso en los ojos que contemplaban mi agonía. Sobre los horrores pintados de sangre se esparcía un tono más rico de rojo carmesí. ¡Yo jadeaba, buscaba el aliento! No cabía duda

alguna sobre el plan de mis verdugos —¡oh, tan despiadados!, ¡oh, los más demoníacos de los hombres!—. Me retiré huyendo del metal candente hasta el centro de la celda. Mientras pensaba en la feroz destrucción que me amenazaba, la idea de frescura del pozo me invadió el alma como un bálsamo. Me lancé hacia su letal brocal y dirigí hacia abajo mis ojos en tensión. El resplandor del techo en llamas iluminaba sus más ocultos recovecos. No obstante, durante un terrible instante, mi espíritu se negó a comprender el significado de lo que veía. Finalmente, penetró, forzó su entrada en mi alma, se grabó a fuego en mi atemorizada razón. ¡Oh, si tuviera voz para contarlo! ¡Oh, horror, cualquier horror salvo ese! Con un grito me aparté del brocal del pozo y escondí la cara entre las manos llorando amargamente.

El calor aumentó rápidamente y volví a alzar los ojos temblando como en un acceso de fiebre. Se había realizado un segundo cambio en la celda —mas ahora el cambio afectaba a la *forma*—. Como la vez anterior, en vano intenté apreciar o entender lo que estaba ocurriendo. Pero no me quedé en la duda mucho tiempo. La venganza inquisitorial se había acelerado ante mi doble escapada, y no se podía enredar más tiempo con el Rey del Terror. La celda había sido hasta entonces cuadrada. Descubrí ahora que dos de sus ángulos de hierro se habían vuelto agudos; los otros dos, por lo tanto, obtusos. La terrible diferencia pronto se incrementó rápido con un gruñido sordo, o gemido quejumbroso. En un instante la estancia había cambiado la forma por la de un rombo. Pero la alteración no paró aquí —yo ni esperaba ni deseaba que se detuviera—. Podía haber apretado contra mi pecho las rojas paredes, como si fueran una mortaja de eterna paz. «¡La muerte —dije—, cualquier muerte menos la del pozo!» ¡Imbécil de mí! ¿No me había dado cuenta de que el objetivo del hierro candente era justo el de empujarme *dentro del pozo*? ¿Podría yo resistir su calor? Y si lo hiciera, ¿podría soportar su presión? Mas ahora, el rombo se hacía cada vez más y más plano, con una rapidez que no me daba tiempo a reflexionar. Su centro y, por supuesto, su mayor anchura caían justo encima del abismo abierto. Retrocedí, pero las paredes se cerraban empujándome irresistiblemente hacia adelante. Al fin no quedaba ya para mi abrasado y retorcido cuerpo ni una pulgada de suelo firme de la prisión. Así que no luché más, pero la agonía de mi alma se desahogó en un fuerte, prolongado grito final de desesperación. Sentí que me tambaleaba al borde mismo; aparté los ojos.

¡Se produjo un murmullo discordante de voces humanas! ¡Resonó muy alto un sonido como de muchas trompetas! ¡Hubo un terrorífico

chirrido como de mil truenos! Las ardientes paredes retrocedieron rápido! Un brazo alargándose cogió el mío al caer, desmayado, al abismo. Era el del General Lasalle.[13] Las tropas francesas habían entrado en Toledo. La Inquisición pasó a manos de sus enemigos.

9. Traducción del latín: «Aquí la muchedumbre impía nutrió con sangre inocente sus odios sin saciarse. Ahora ya nuestro país salvado y la caverna fúnebre destruida, allí donde la horrenda muerte reinaba, ahora prevalecen la vida y la salud».

10. En la mitología griega, el Hades es el «infierno», lugar lúgubre situado tras un lago al que se accede en barca guiada por Caronte, tras pagar un óbolo (moneda).

11. En el original, Poe escribió *autos de fe*. Eran conocidos los juicios de la Inquisición española o autos de fe (de ahí su ubicación en Toledo), donde el acusaod debía, con frecuencia mediante tortura, confesar sus desviaciones de costumbres o creencias y delatar a los vecinos para ser castigados.

12. (La última) *Thule* en la antigüedad romana era una isla mítica situada al «norte de occidente», o límite del orbe celeste, según el filósofo Séneca en su Medea. Se ha tomado como «la última prueba» y la tierra ideal, donde todos los sueños se hacían realidad. Aquí la traducción más castiza diría: «era el no va más».

13. Antoine C. L. Lasalle (1775-1809) fue un general francés de Napoleón que destacó como estratega en las campañas de Italia, Egipto y España. Murió en la campaña de Austria.

Notas y actividades

Notas

Este relato tiene un fuerte componente psicológico: paranoia (manía persecutoria), sadomasoquismo etc. El protagonista cae, sin juicio previo, víctima de la persecución inquisitorial, en las mazmorras de la Inquisición de Toledo. Solamente puede burlar los malvados ingenios de la institución con su propia inteligencia, calculando con sangre fría las posibilidades de supervivencia y adelantándose a las perversas maquinaciones del artilugio (el péndulo) infernal con que se enfrenta en el pozo de su mazmorra.

Actividades

1.
Describe las mazmorras de esta narración. Dibújalas.
2.
Expresa con tus palabras lo que cree el protagonista que ha sentido mientras estaba desmayado y cómo se siente una vez que despierta.
3.
¿Qué hace exactamente el protagonista para intentar salir de la mazmorra donde está? ¿Dónde cae?
4.
¿Cómo es el péndulo que visiona? Dibújalo.
5.
Anota algunas frases del texto que denoten la agonía y el tormento del protagonista.
6.
¿Cómo consigue que las ratas rompan las ligaduras?
7.
Resume lo que ocurre al final.
8.
Busca la entrada «Inquisición» o «autos de fe» para ilustrarte sobre la larga historia de esa nefasta institución que velaba por la ortodoxia religiosa en España durante siglos: acusaciones, delaciones, recantaciones, castigos, etcétera, cuando los «judíos» eran perseguidos y exilados.
9.
La palabra «cíngulo» tiene connotaciones religiosas, pues los usan los sacerdotes. Es una cuerda a modo de cinturón con borlones a los extremos para ceñir los hábitos religiosos. Busca sinónimos de cuerda, incluidos localismos, y sus usos diversos: cordaje, correa, cinturón, guita, soga, etc.
10.
La expresión «rojo carmesí» es normal en español. Hay muchos otros matices de colores con esa forma lingüística de yuxtaposición: «blanco satin», «verde esmeralda», «azul cobalto». Busca más que conozcas y describe el color en cuestión.

3. El gato negro

No espero ni solicito para el más terrible y, sin embargo, sencillo relato que hoy me dispongo a redactar que se le conceda crédito alguno. Loco, en verdad, estaría si tuviera esa esperanza, tratándose de un caso en el que hasta mis sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y les aseguro que no estoy soñando —ni mucho menos—. Pero pronto voy a morir y hoy quisiera desahogar mi alma. El objetivo inmediato que pretendo es presentar ante todo el mundo, de forma llana, resumida y sin más comentarios, una serie de meros acontecimientos domésticos. Entre sus consecuencias está el hecho de que estos sucesos me han aterrorizado, me han torturado, me han aniquilado. Pero no intentaré darles una explicación. A mí, no me han aportado sino horror, y a muchos les parecerán más *estrafalarios* que terribles. A partir de ahora, tal vez aparezca alguna mente que reduzca mis fantasmas a algo corriente y normal; una mente más serena, más lógica y mucho menos emocional que la mía, que va a percibir, en las circunstancias que con espanto describo aquí, nada más que una normal sucesión de causas y efectos de lo más naturales.

Desde mi niñez me distinguí por mi carácter dócil y afectuoso. La dulzura de mi talante era tal, que me convertí en objeto de las burlas de mis compañeros. Sentía una especial predilección por los animales, y mis padres me complacieron dándome una gran variedad de animalitos domésticos. Con ellos pasaba la mayor parte del tiempo y nunca estaba más feliz que cuando les echaba de comer o los acariciaba. Este extraño carácter mío se acrecentó a medida que yo iba creciendo y, ya en mi madurez, constituyó una de mis mayores fuentes de placer. Para aquellos que han sentido afecto por un perro fiel e inteligente me ahorraré el esfuerzo de explicarles la naturaleza y la intensidad del gratificante gozo que eso proporciona. Hay algo en el cariño desinteresado y abnegado de un animal que llega directo al corazón de quien ha tenido ocasión frecuente de poner a prueba la mezquina

amistad y la endeble fidelidad del simple *Hombre*.[14]

Me casé joven y tuve la dicha de encontrar en mi mujer un carácter que, en general, congeniaba con el mío. Observando ella mi afición a los animales domésticos, no perdió ocasión alguna de traerme aquellos que me eran más agradables. Tuvimos pájaros, peces de colores,[15] un hermoso perro, conejos, un monito y *un gato*.

Este último era un animal hermoso y de gran tamaño, enteramente negro, y además inteligente hasta extremos asombrosos. Al hablar de su inteligencia, mi esposa que, en el fondo, era bastante supersticiosa, mencionaba con frecuencia la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros brujas disfrazadas. No es que se tomara esto siempre en *serio*; si menciono el asunto, es tan solo porque casualmente ha salido justo ahora a relucir el tema.

Pluto[16] —tal era el nombre del gato— era mi animal favorito y compañero de juegos. Solo yo lo alimentaba y dondequiera que fuera de la casa me seguía. Incluso me costaba trabajo impedir que me siguiera por la calle.

Nuestra amistad duró, de esta guisa, varios años, durante los que mi temperamento y mi carácter, por mediación del diablo Intemperancia, habían sufrido —me avergüenza confesarlo— un cambio radical hacia peor. Cada día me iba volviendo más huraño, más irritable, más indiferente a los sentimientos de los demás. Llegué a tratar a mi esposa con palabras soeces. Incluso llegué, al final, a utilizar la violencia contra ella. Mis animalitos, por supuesto, sufrieron el cambio de mi talante. No solo los desatendí, sino que me comporté cruelmente con ellos. Sin embargo, por Pluto sentía aún suficiente afecto y consideración que me impedía maltratarlo, pero no tuve, en cambio, escrúpulo alguno en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro cuando, por casualidad o por afecto, se cruzaban en mi camino. Pero mi enfermedad me iba venciendo —sí, porque ¿qué enfermedad hay peor que el alcohol?— y con el tiempo incluso Pluto, que ya estaba envejeciendo, y por lo tanto un poco malhumorado, comenzó a sentir los efectos de mi mal temperamento.

Una noche, al volver a casa bastante ebrio de una de mis correrías por la ciudad, se me metió en la cabeza que el gato me evitaba. Lo agarré, pero él, espantado de mi violenta acción, me hizo con los dientes una pequeña herida en la mano. Al instante, toda la furia de un demonio se apoderó de mí. Ya no me conocía a mí mismo. De repente, mi alma original pareció salir volando de mi cuerpo, y una más que diabólica maldad, empapada en ginebra, hizo estremecerse a cada una de las

fibras de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas,[17] lo abrí, agarré del cuello al pobre animal, y ¡deliberadamente le saqué un ojo de su cuenca! Siento vergüenza, consternación y estremecimiento cuando escribo ahora esta odiosa atrocidad.

Cuando la mañana me devolvió el normal raciocinio, cuando se disiparon los vapores de la embriaguez nocturna sentí una sensación mitad de horror, mitad de remordimiento por el delito del que era culpable. Pero era, a lo sumo, un sentimiento endeble y ambiguo, que en nada me afectaba al alma. De nuevo recaí en los excesos etílicos, y pronto ahogué en vino todo recuerdo de aquella acción.

Mientras tanto, el gato se recobró poco a poco. La cuenca vacía del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto horrible, pero no parecía ya sufrir dolor alguno. Como de costumbre, daba vueltas por la casa, pero, como cabía esperar, huía aterrorizado cuando yo me aproximaba. Yo conservaba aún bastante de mi antiguo afecto como para sentir pena ante el evidente rechazo del animal que tanto me había querido antes. Pero este sentimiento pronto cedió paso a la irritación. Y a continuación vino, como apuntando a mi final e irremisible perdición, el espíritu de la perversidad. Tal espíritu ni siquiera lo explica la filosofía. Sin embargo, aún más seguro de que mi alma vive, lo estoy de que esa *perversidad* es uno de los impulsos primitivos del corazón humano, una de esas invisibles facultades, o sentimientos, que rigen y guían el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cientos de veces realizando una acción vil o vulgar sin otra razón que la de saber que no debería realizarla? ¿No poseemos una constante inclinación, muy a pesar de nuestro mejor juicio, a infringir aquello que es *ley*, simplemente porque sabemos que lo es? Este espíritu de perversidad, repito, vino a asistir a mi perdición final. Fue esta ansia inexplicable del alma de *autocastigarse*, de ejercer violencia sobre su propia naturaleza, de hacer el mal solo por el mal mismo, lo que me empujó a continuar y a consumar finalmente la tortura que había infligido al inocente animal. Una mañana deslicé, a sangre fría, un nudo corredizo por su cuello y lo colgué de la rama de un árbol; lo ahorqué con los ojos llenos de lágrimas y con el más amargo dolor de corazón. Lo colgué porque sabía que me había amado y porque sentí que no me había dado motivo alguno de ataque. Lo ahorqué porque al hacerlo estaba cometiendo un pecado; un pecado mortal que estaba poniendo en peligro mi alma inmortal, de tal modo que la colocaba —si tal cosa pudiera ocurrir— más allá del alcance, incluso, de la misericordia infinita del más misericordioso y más terrible Dios.

Por la noche de ese día en que se cometió ese acto de crueldad me

despertó del sueño un grito de «¡fuego!». Las cortinas de mi cama estaban en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad mi mujer, un criado y yo mismo pudimos escapar del incendio. La destrucción fue total. Todas mis riquezas materiales se esfumaron y, desde ese día, me resigné a la desesperanza.

No voy a caer en la tentación de establecer una relación de causa-efecto entre el desastre y la atrocidad. Pero voy a detallar una serie encadenada de hechos, y no deseo dejar de lado siquiera un posible eslabón. El día que siguió al incendio fui a visitar las ruinas. Las paredes se habían derrumbado todas excepto una. Tal excepción resultó ser un tabique interior, no muy grueso, que se ubicaba en mitad de la casa y contra el que se apoyaba la cabecera de mi cama. El enlucido de yeso había resistido aquí, en buena medida, la acción del fuego —un hecho que yo atribuí a que lo habían puesto recientemente. En torno a ese tabique se había reunido un gran gentío, y muchos parecían examinar con minuciosa y viva atención una parte concreta del mismo. Las palabras «¡extraño!», «¡raro!», entre otras expresiones similares, despertaron mi curiosidad. Me aproximé allí y contemplé, como esculpido en *bajorrelieve*, sobre la superficie blanca, la figura de un *gato* gigantesco. La reproducción había sido realizada con una exactitud verdaderamente maravillosa. Había una cuerda alrededor del cuello del animal.

Cuando contemplé al principio esta visión, pues no podría considerarla de otra manera, mi asombro y mi terror eran absolutos. Pero finalmente, la reflexión vino en mi auxilio. El gato —recordé— había sido colgado en un jardín que lindaba con la casa. Debido a la alarma de fuego, este jardín se había llenado inmediatamente de gente. Alguno de ellos debió de haber cortado la cuerda del animal colgado del árbol y haberlo arrojado, a través de una ventana abierta, a mi dormitorio. Esto lo habían hecho probablemente con el propósito de despertarme. El derrumbe de otros tabiques había aplastado a la víctima de mi crueldad hasta mezclarla con el yeso recién extendido, cuya cal, unida a las llamas y al amoníaco del cadáver, había formado el retrato tal como lo veía.

Sin embargo, aunque de esta forma diera explicaciones inmediatas a mi razón, si no del todo a mi conciencia, del sorprendente hecho recién descrito, tal incidente no dejó de causar una honda impresión en mi mente. Durante meses no pude librarme del fantasma del gato y durante este tiempo volvió a invadir mi espíritu un vago sentimiento que parecía, pero no era, remordimiento. Llegué incluso a lamentar la

pérdida del animal, y a buscar en mi entorno, de entre los barrios inmundos que por entonces frecuentaba, otro animal de compañía de la misma especie, y de aspecto algo semejante, que ocupara su lugar.

Una noche en que estaba sentado y medio aturdido, en un antro de lo más deleznable, atrajo súbitamente mi atención un objeto negro que estaba colocado sobre la tapa de uno de los grandes toneles de ginebra, o de ron, que constituían el mobiliario más importante del lugar. Había estado mirando fijamente la tapa de este tonel durante unos minutos y lo que me sorprendía era el hecho de que no hubiera reparado antes en el objeto situado encima. Me acerqué y lo toqué con la mano. Era un gato negro, un ejemplar muy grande, tan grande como Pluto; y se asemejaba mucho a él en todo, salvo en un rasgo. Pluto no tenía un solo pelo blanco en ninguna parte de su cuerpo, pero este gato mostraba una mancha grande e informe de color blanco que cubría casi toda la zona del pecho.

Al tocarlo, se levantó de inmediato, ronroneó en voz alta, se restregó contra mi mano y parecía encantado de que le prestara atención. Se trataba, pues, del animal que andaba buscando. Al momento le propuse al dueño del lugar comprárselo; pero el hombre dijo no ser dueño de él, nada sabía de él, no lo había visto nunca. Proseguí con mis caricias y, cuando me dispuse a ir a casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Le permití hacerlo; de vez en cuando me agachaba a acariciarlo según íbamos andando. Cuando llegamos a casa, el animal se hizo pronto a la vida doméstica, y al poco se convirtió en el gran favorito de mi mujer.

En cuanto a mí, pronto comencé a sentir manía por él. Era justo lo contrario de lo que había previsto; pero —no sé cómo ni por qué ocurrió — su afecto evidente hacia mí me molestaba y me enojaba bastante. Poco a poco, estos sentimientos de disgusto y enojo dieron paso a la amargura del odio. Yo procuraba no ver al animal; un cierto sentido de vergüenza y el recuerdo de mi cruel fechoría de antaño me impedían maltratarlo físicamente. Durante semanas no lo golpeé ni lo maltraté de ninguna forma. Pero poco a poco, muy gradualmente llegué a mirarlo con un desprecio indecible, y a escapar a hurtadillas de su odiosa presencia, como quien huye de un aliento apestoso.

Lo que, sin duda, aumentó mi odio por el animal fue el descubrir, a la mañana siguiente de llevármelo a casa, que también le faltaba uno de los ojos, como a Pluto. Tal incidente, no obstante, solo sirvió para que se encariñara más con él mi mujer, quien, como ya he dicho, poseía en sumo grado esa humanidad de sentimientos que otrora había sido el

rasgo distintivo de mi personalidad, así como fuente de muchos de mis más sencillos y puros placeres. Sin embargo, cuanto mayor era mi aversión hacia el gato, más parecía crecer el afecto del gato por mí. Seguía mis pasos con una persistencia que sería difícil de hacer comprender al lector. Dondequiera que me sentara, se acurrucaba bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome de sus odiosas caricias. Si me levantaba para pasear, se metía entre mis pies casi haciéndome caer, o, clavando sus largas y afiladas uñas en mi ropa, trepaba por ella de esta forma hasta el pecho. En esos momentos, aunque me habría gustado liquidarlo de un golpe, me contenía en parte el recuerdo de mi anterior crimen, pero, sobre todo, —déjenme confesarlo— el *miedo* atroz que le tenía.

Este miedo no era exactamente el que se tiene a un daño físico y, sin embargo, no sabría exactamente cómo definirlo de otra forma. Casi me avergüenza admitir —sí, incluso en esta celda carcelaria, casi me avergüenza admitirlo— que el espanto y el pavor que me inspiraba el animal se había acrecentado por una de las más simples quimeras que concebirse pueda. Mi mujer me había llamado la atención más de una vez sobre el detalle de la mancha de pelo blanco —de la que he hablado— y que constituía la única diferencia visible entre este extraño animal y el que yo había liquidado. Recordará el lector que esa mancha, aunque era extensa, al principio era muy indefinida. Pero, gradualmente, a pasos casi imperceptibles (que durante mucho tiempo mi razón se resistía con fuerza a admitir por fantasiosos) había terminado por adquirir una precisa nitidez de contornos. Era la imagen de un objeto cuya sola mención me hace temblar; y por esta causa, sobre todo, odiaba y temía al monstruo; y de *haberme atrevido*, me habría deshecho de él. Como decía, era la auténtica imagen de una cosa odiosa y siniestra: ¡de la horca! ¡Oh, tétrica y terrible máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!

Y entonces, en verdad me convertí en un ser desgraciado que sobrepasaba en desdicha a todo el género humano. ¡Y *una bestia irracional*, cuyo congénere había aniquilado yo sin piedad; *una bestia irracional* que provocara en mí —en mí, que soy un hombre creado a la imagen y semejanza del Altísimo— tanta y tan insoportable angustia! ¡Ay, que ni de día ni de noche volví a conocer la bendición del reposo! Durante el día, el animal no me dejaba en paz ni un momento, y durante la noche me despertaba sobresaltado, a cada hora, de sueños de indecible pavor, para sentir el aliento caliente de la cosa en mi rostro y su enorme peso (encarnación de una pesadilla de la que no era capaz de

escapar) oprimiéndome eternamente el *corazón*.

Bajo de la presión de tales tormentos, sucumbió lo poquísimo de bueno que en mí quedaba. Los pensamientos malignos se habían convertido en mis únicos aliados, los más oscuros y más malignos pensamientos. Mi habitual temperamento taciturno se transformó en odio a todas las cosas y a toda la humanidad; mientras que mi resignada esposa, ¡ay!, era la más habitual y la más paciente de las víctimas de los ataques de ira repentinos, frecuentes e incontrolables por los que ahora de forma ciega me dejaba llevar.

Un día, ella me acompañó, con motivo de un recado doméstico, al sótano del viejo edificio donde nos vimos obligados a vivir debido a nuestra pobreza. El gato me siguió por las empinadas escaleras abajo, y me enojé en grado sumo al hacerme casi caer de bruces. Levantando un hacha y olvidándome, en mi estado de ira, del pánico infantil que hasta entonces había detenido mi mano, traté de asestar con fuerza un golpe al animal que, por supuesto, hubiera resultado mortal al instante, de haber acertado como yo quería. Pero este golpe fue detenido por la mano de mi mujer. Lleno de un furor más que demoníaco, debido a la intromisión, solté el brazo que ella me agarraba y hundí el hacha en su cráneo. Cayó muerta en el acto, sin un gemido.

Una vez cometido este horrendo crimen, me dispuse deliberadamente a la tarea de ocultar el cuerpo de inmediato. Sabía que no podría sacarlo de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de ser visto por los vecinos. Me asaltaron varias ideas. En cierto momento pensé en cortar el cadáver en fragmentos diminutos y luego destruirlos en el fuego. En otro momento, lo que se me ocurrió fue cavar una tumba en el suelo del sótano. Otra vez sopesé la posibilidad de arrojarlo al pozo del patio, o de embalarlo en una caja, como si fuera una mercancía, con todos los preparativos habituales, y después llamar a un mozo para llevárselo de casa. Finalmente, di con una idea que consideré mucho más eficaz que ninguna de las anteriores. Decidí emparedarla en el sótano —como se cuenta que hacían los monjes de la Edad Media con sus víctimas.

A tal fin, el sótano era el lugar idóneo. Tenía unas paredes poco sólidas y no hacía mucho que lo habían enlucido entero con un yeso basto, que no se había llegado a endurecer debido a la humedad ambiental. Aún más, en una de las paredes había un saliente producido por una falsa chimenea o fogón, que había sido rellenado para que se pareciera al resto del sótano. No dudé ni un instante que me sería fácil retirar los ladrillos de ese lugar, colocar el cadáver y tapiarlo todo de nuevo como antes, de modo que ninguna mirada pudiera detectar nada

sospechoso.

Y no me engañaba en estas cábalas. Con ayuda de una palanca arranqué fácilmente los ladrillos y, habiendo colocado con cuidado el cuerpo contra la pared de dentro, lo sostuve en esa posición, mientras, con no mucho esfuerzo, volví a colocar toda la estructura tal como estaba anteriormente. Tras haberme hecho con mezcla de argamasa, con todas las cautelas posibles preparé un mortero que no podría distinguirse del anterior, y lo apliqué con mucho esmero sobre el nuevo tabicado. Acabada la tarea, quedé satisfecho con el resultado. La pared no presentaba el menor indicio de haber sido manipulada. Recogí del suelo los escombros con sumo cuidado. Miré a mi alrededor con aire triunfante, y dije para mis adentros: «Al menos en este caso, mi trabajo no ha sido en vano».

El siguiente paso que di fue buscar al animal que había sido el causante de tanta desdicha, porque había tomado ya, por fin, la firme determinación de darle muerte. De haberme encontrado con él en aquel momento, no habría habido duda alguna de su suerte. Pero parecía que el astuto animal se había alarmado de la violencia de mi anterior enojo, y se abstuvo de aparecer por allí, dado mi estado de ánimo. Es imposible describir o imaginar la profunda, la bendita sensación de alivio que la ausencia de tan odiosa criatura provocó en mi ánimo. No hizo acto de presencia en toda la noche; y de este modo, al menos por una noche desde que lo traje a casa, dormí profunda y tranquilamente; sí, ¡*dormí* incluso sintiendo el peso del crimen sobre mi conciencia!

Transcurrieron el segundo y el tercer día sin que apareciera mi torturador. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡El monstruo, aterrorizado, había huido de la vivienda para siempre! ¡No lo volvería a ver nunca más! ¡Mi dicha era indescriptible! El sentimiento de culpa por mi execrable acto apenas me inquietaba. Se habían hecho algunas indagaciones, pero ya habían sido debidamente contestadas. Incluso se había emprendido un registro, pero, por supuesto, nada habían encontrado. Consideré que mi futura felicidad estaba asegurada.

Al cuarto día del asesinato, una brigada de policías se presentó de forma inesperada en casa y procedió de nuevo a hacer una rigurosa investigación de la vivienda. Confiado, sin embargo, en la imposibilidad de dar con el lugar de ocultamiento, no sentí la menor turbación. Los agentes me pidieron que les acompañara en la búsqueda. No dejaron ni un rincón sin examinar. Finalmente, por tercera o cuarta vez, descendieron al sótano. No me temblaba ni un solo músculo. Mi corazón latía pausadamente como el de aquel que duerme con la conciencia

tranquila. Recorrí el sótano de punta a cabo. Iba cruzado de brazos y deambulaba tranquilamente de un lado para otro. Los policías estaban plenamente satisfechos y se dispusieron a marcharse. El júbilo de mi corazón era tan intenso que no podía reprimirlo. Ardía en deseos de decir tan solo una palabra, a modo de triunfo, y redoblar la confianza de ellos en mi inocencia.

—Señores —dije al fin, cuando la brigada subía la escalera—. Me complace haber disipado sus sospechas. Les deseo mucha salud y un poco más de cortesía. Y a propósito, señores, esta, esta es una casa muy bien construida. (En el deseo ferviente de decir algo que sonara a casual, apenas me daba cuenta de lo que estaba diciendo.) Puedo asegurar que es una casa *excelentemente* construida. Estas paredes —¿ya se van ustedes, señores?—, estas paredes están sólidamente levantadas.

Entonces, guiado por la simple locura del atrevimiento, golpeé con fuerza con un bastón que llevaba en la mano justo sobre la misma parte del tabique tras la cual se hallaba el cadáver de la esposa de mis entrañas.

¡Pero quiera Dios protegerme y librarme de las garras del Archienemigo! ¡En cuanto se extinguió el eco de mis golpes, me contestó una voz desde dentro de la tumba! Era un grito quejumbroso, primero sofocado y quebrado, como el sollozo de un niño, que rápidamente se convirtió en un largo, penetrante y prolongado chillido, totalmente anormal e inhumano; un aullido, un alarido lastimero, mitad de horror y mitad de triunfo, como el que podría haber surgido solo del infierno, proferido al unísono por las gargantas de los condenados en su agonía y de los demonios que gozan de la condenación.

De mis propios pensamientos es absurdo decir nada. Desmayado, me fui tambaleando hasta la pared opuesta. Durante un instante, la brigada de agentes que estaba en la escalera se quedó sobrecogida por el terror y la angustia. A continuación, una docena de robustos brazos arremetieron contra el muro. Se desplomó al instante. El cadáver, ya muy descompuesto y lleno de sangre coagulada, se mantenía erguido ante los ojos de los presentes. Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y su único ojo refulgente, estaba agazapada la odiosa bestia cuya astucia me había inducido al crimen y cuya voz delatora me había traicionado entregándome al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo dentro de la tumba!

14. El término *hombre* es aquí el término general tomado del masculino para «género

humano», al igual que en inglés *man*. En cambio, en alemán, entre otras lenguas, hay un término, *mensch*, que se diferencia del masculino *mann* y *weib* y no induce a ambigüedad.

15. Los peces de colores suelen ser de color dorado o anaranjado. En inglés, *goldfish* es más limitador, aunque tenga la misma referencia.

16. En la mitología griega, Pluto es el dios de la riqueza (de ahí «plutócrata»), hijo de Pasión y de la diosa Deméter. Zeus lo dejó ciego para que repartiera por igual a todos los mortales. A menudo, está representado por la imagen de un niño que porta el cuerno de la abundancia. Véase la palabra Plutón en un diccionario de mitología y el relato de Poe: «El diablo de la perversidad».

17. Instrumento ya inservible hoy en día. Era una navaja para sacar punta a las plumas naturales cuando se gastaban debido al frecuente uso.

Notas y actividades

Notas

El relato se publicó por vez primera en el periódico *United States Saturday Post*, en 1843. El gato como símbolo del mal tiene una larga tradición en Occidente. En la supersticiosa Edad Media llegó incluso a representar a Satanás al visitar la tierra, siendo el animal de compañía de las brujas. En el Romanticismo se puso de moda como animal literario por excelencia, por su aire misterioso, sus ojos relucientes y su aparente serenidad. Poe mismo tuvo en casa ese animal doméstico. Pero en realidad el gato es aquí la víctima de los desvaríos y alucinaciones, por no hablar de los instintos criminales del narrador. De nuevo tenemos el tema del «crimen perfecto» planeado fríamente por un asesino inteligente y calculador. En su interior, el propio narrador lucha contra sus insatisfacciones y frustraciones acrecentadas por el alcoholismo, y trama una venganza inmolando al inocente animal, por el que sentía gran afecto. El gato es el ojo acusador, su propia conciencia, capaz de examinar su psique desviada y enloquecida. Su maldad psicopática le lleva a asesinar a su propia esposa, pues sus instintos asesinos solo la policía puede detenerlos, que aparece inesperadamente para restablecer el orden y la justicia y castigar la maldad.

Actividades

1.
¿Qué nos anticipa el protagonista en el primer párrafo de la narración?
2.
Describe el carácter del protagonista.
3.
Investiga sobre por qué se considera popularmente que los gatos negros dan mala suerte.
4.
¿Por qué el protagonista maltrata a los animales?
5.
¿Qué le hizo al gato negro?
6.
Expresa con tus palabras lo que ocurrió en la casa.
7.
El protagonista encuentra otro gato negro, aunque con una mancha blanca en el pecho. Expresa la relación que mantiene con él y los sentimientos que le produce.
8.
Resume el final del relato.
9.
Expresa tu opinión intentando explicar la causa de una actitud tan deplorable por parte del protagonista.
10.
¿Cómo se denominan las distintas razas de animales domésticos que conoces? Por ejemplo, un perro: galgo, perdiguero, mastín, pastor alemán, etc. ¿Cuáles son sus orígenes?
11.

¿Qué virtudes o defectos se asocian con los animales? Por ejemplo, más ciego que un murciélago, lento como una tortuga, etc.

4. El escarabajo de oro

¡Eh! ¡Eh! ¡Este tipo baila como un poseso!
Le ha picado la tarántula.

All in the Wrong

Hace ya muchos años trabé una buena amistad con un tal Mr. William Legrand. Era descendiente de una antigua familia protestante de hugonotes[18] y en tiempos había poseído una gran fortuna; pero una serie de desgracias le habían dejado en la miseria. Para evitar la humillación que suele acompañar a tales desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la Isla de Sullivan,[19] cercana a Charleston, en el Estado de Carolina del Sur.

Esta isla es muy especial. Apenas hay en ella más que arena del mar y tiene unas tres millas de largo. Su anchura no sobrepasa en ningún lugar un cuarto de milla. Se halla separada de tierra firme por un arroyo apenas visible, que fluye lentamente entre la maleza pantanosa de cañas y lodo, hábitat preferido por la focha de las marismas.[20]

La vegetación, como cabe esperar, es rala, o al menos de escasa altura. No se observan árboles de apreciable tamaño. Cerca ya de la punta oeste, donde se alza el Fuerte Moultrie,[21] además de algunas construcciones pobres, alquiladas durante el verano por los que escapan del calor sofocante de Charleston, podemos, de hecho, encontrar tiesos palmitos. Sin embargo, la isla entera, a excepción de la punta oeste y una franja de playa blanca y dura al borde del mar, se halla cubierta de espesos matorrales de arrayán, tan estimado por los horticultores ingleses. Estos arbustos con frecuencia alcanzan aquí quince o veinte pies de alto y forman una espesura casi impenetrable que impregna el aire con su fragancia.

En el más recóndito lugar de esta espesura, y no lejos de la punta oriental y más alejada de la isla, Legrand se había construido una pequeña cabaña en la que habitaba cuando, de manera casual, lo conocí. En poco tiempo entablamos una buena amistad, pues este hombre

solitario poseía cualidades que despertaban el interés y la estima. Observé que tenía una gran cultura y una inteligencia excepcional, aunque estaba afectado de misantropía y le dominaban bruscos cambios de humor en los que alternaba la euforia y la melancolía. Poseía muchos libros, aunque rara vez los leía. Sus principales distracciones eran la caza y la pesca, o simplemente vagar por la playa y entre los arrayanes buscando conchas o ejemplares de insectos. Su colección de estos últimos podría haberle dado envidia al mismo Swammerdamm.[22]

En estas excursiones solía salir acompañado de un viejo negro llamado Jupiter, que había sido manumitido ante los reveses económicos de la familia. Pero ni con amenazas ni con promesas le habían convencido de que abandonara lo que consideraba su derecho a asistir, dondequiera que fuese, a su joven *massa* Will.[23] Y hasta es más que probable que los parientes de Legrand, al tener a este por un tanto atolondrado, se las ingeniaran para inculcar ese obstinado deber en Júpiter, con el propósito de asegurar la vigilancia y custodia del vagabundo.

Rara vez son crudos los inviernos en la latitud de la isla Sullivan, y en el otoño es un caso raro tener que encender fuego por necesidad. Sin embargo, hacia mediados de octubre de 18…, amaneció un día inesperadamente frío. Justo aquel día antes de la puesta del sol me abrí paso entre la espesa vegetación hacia la cabaña de mi amigo, a quien llevaba sin visitar varias semanas. Vivía yo por aquel entonces en Charleston, a nueve millas de distancia de la isla, y los medios de transporte de ida y vuelta distaban mucho de ser los que hay hoy en día. Al llegar a la cabaña llamé con los nudillos, como solía hacer, y al no oír respuesta alguna, busqué la llave en su habitual escondrijo, abrí con ella la cerradura y entré. En la chimenea ardía un espléndido fuego acogedor. Esto era una novedad, y desde luego, en modo alguno desagradable. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los troncos de leña chisporreantes y esperé pacientemente la llegada de mis anfitriones.

Volvieron poco después de anochecer y me dieron una bienvenida muy cordial. Júpiter, sonriendo de oreja a oreja, se puso a preparar muy afanoso unas fochas para cenar. A Legrand le había dado uno de sus ataques —¿con qué otra palabra podía decirlo?— de entusiasmo. Había encontrado un molusco bivalvo desconocido que significaba un nuevo género, y lo que es más, había perseguido y apresado, con la ayuda de Júpiter, un *scarabaeus*[24] que creía era totalmente desconocido, y con respecto al cual deseaba saber mi opinión por la mañana.

—¿Y por qué no esta misma noche? —pregunté frotándome las

manos junto al fuego y mandando al diablo en mi interior a los *scarabaei* y toda su ralea.

—¡Ay, si hubiera sabido antes que usted estaba aquí! —dijo Legrand —, pero hace tanto que no nos vemos. ¿Y cómo iba yo a prever que vendría usted de visita precisamente esta noche? De vuelta a casa me topé con el teniente G, destacado en el fuerte, y fui tan tonto que le dejé el escarabajo. De modo que hasta mañana no podrá usted verlo. Quédese aquí esta noche, y mandaré a Júpiter por él al amanecer. ¡Es la cosa más hermosa de toda la creación!

—¿Cuál? ¿El amanecer?

—¡No, qué tontería, el escarabajo! Es de un color dorado brillante, del tamaño aproximadamente de una nuez, con dos manchitas negras como el azabache, una en un extremo posterior del dorso y la otra, algo más alargada, en el otro extremo. Las *antenas* son…

—Ná tién de latón,[25] *massa* Will, se l'he dicho mil veses —interrumpió Júpiter—. El bicho es d'oro masiso, to él d'oro, por fuera y por dentro, meno las'ala. No vi bicho nunca la mitá de pesao en mi vida.

—Sí, supongo que sí, Jup —replicó Legrand algo más serio de lo que, a mi parecer, requería el caso—. ¿Es esa una razón para dejar quemarse las fochas? El color —y se volvió hacia mí— bastaría para justificar la idea de Júpiter. Nunca habrá usted visto un reflejo metálico más brillante que el emitido por los élitros; pero no podrá emitir una opinión hasta mañana. Entretanto, puedo darle una idea aproximada de su forma.

Y diciendo esto, se fue a sentar junto a una mesita, en la que había pluma y tinta, aunque no papel. Se puso a buscarlo en un cajón, pero no encontró ninguno.

—No importa —dijo al fin—. Esto me sirve.

Y sacó del bolsillo del chaleco un trozo de lo que creo era un folio de papel muy sucio, y con la pluma se puso a trazar en él un rápido bosquejo. Mientras tanto, yo continuaba sentado junto al fuego, ya que aún sentía mucho frío. Una vez acabado el dibujo, me lo pasó sin levantarse. Al cogerlo, se oyó un fuerte gruñido seguido de arañazos en la puerta. Jupiter fue a abrir, y se precipitó dentro un enorme perro Terranova, que era de Legrand, saltando sobre mis hombros y deshaciéndose en caricias, una forma de pagarme las atenciones que le había dispensado en anteriores visitas. Cuando se hartó de juguetear, le eché un vistazo al papel y, a decir verdad, me quedé realmente perplejo ante lo que mi amigo había dibujado.

—¡Vaya! —exclamé tras contemplarlo unos minutos—. Este sí que es

un *scarabaeus* extraño y original, lo reconozco. En mi vida había visto nada semejante, a no ser un cráneo o una calavera con los que tiene más parecido que otra cosa que yo haya contemplado antes.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. Pues, sí, en fin, algo de eso tiene, sin duda, en el papel. Las dos manchas negras de arriba parecen unos ojos, ¿no? y la más larga de abajo es como una boca. Parece que el descrito aquí es una síntesis de ambos, y para remate, la figura entera tiene forma ovalada.

—Tal vez sea así —repliqué—, pero me temo, Legrand, que no es usted un gran artista. Debo esperar a ver el propio escarabajo si quiero hacerme una idea de cómo es en realidad.

—Bueno, no sé —dijo él un poco molesto—. No dibujo tan mal, o por lo menos, *debería* hacerlo. He aprendido de buenos maestros y me jacto de no ser un torpe.

—Pero, querido amigo, entonces está usted de broma —repliqué yo —. Este es un *cráneo* bastante bien hecho. Es más, yo diría que es un excelente *cráneo*, siguiendo las ideas vulgares de tales ejemplares de la anatomía, y que su *scarabaeus* debe de ser el más raro ejemplar del mundo si se le parece. Vamos, que incluso podemos inventar una atractiva historia de superstición aprovechando esa coincidencia. Es de suponer que va a llamar al insecto *scarabaeus caput hominis*, o algo por el estilo. Existen muchas etiquetas de esa clase en las Historias Naturales. Pero ¿dónde están las *antenas* de las que usted hablaba?

—¡Las *antenas*! —exclamó Legrand, a quien el asunto parecía ponerle en un estado de nerviosismo inexplicable—. Tiene que ver usted las *antenas*, seguro que sí. Las dibujé tan claras como las del propio insecto original, y supongo que eso es suficiente.

—Vaya, vaya —contesté—; tal vez lo haya hecho usted, pero, a pesar de eso, sigo sin verlas.

Le tendí el papel sin más comentarios para no provocar su mal genio, pero estaba muy sorprendido del cariz que había tomado el asunto. Su mal humor me estaba dejando desconcertado; y en lo que atañe al dibujo del bicho, estoy seguro de que no había allí *antena* visible alguna, y el parecido del conjunto con el perfil normal de una calavera era asombroso.

Recogió malhumorado el papel, y estaba ya a punto de estrujarlo para arrojarlo al fuego, cuando tras una mirada casual al dibujo, algo pareció atraer poderosamente su atención. En cuestión de segundos le vino a la cara un intenso rubor, para volverse a continuación extremadamente pálida. Durante unos minutos continuó examinando

detenidamente el dibujo sentado en el sillón. Finalmente, se levantó y, cogiendo una vela de la mesa, se fue a sentar sobre un arcón marinero que estaba en el rincón más retirado del salón. También allí volvió a examinar con nerviosismo el papel, dándole vueltas en todos los sentidos. No pronunció, sin embargo, una sola palabra, y su proceder me dejó totalmente estupefacto, pero creí prudente no irritar con comentario alguno su creciente enojo. Poco después sacó del bolsillo de la chaqueta una cartera, guardó el papel en ella con sumo cuidado y depositó ambos en un escritorio que cerró bien con llave.

Entonces empezó a adoptar un comportamiento más sosegado, pero ya se había casi esfumado todo aquel apasionamiento del principio. Más que malhumorado, sin embargo, parecía abstraído. A medida que la tarde iba pasando, él se iba quedando cada vez más absorto en sus ensueños, de los que ninguna ocurrencia mía pudo sacarlo. Mi intención había sido quedarme esa noche en la cabaña a dormir, como solía hacer, pero en vista del talante de mi anfitrión, pensé que lo más conveniente era marcharme. Él no me animó a quedarme, pero al despedirme, me estrechó la mano con una cordialidad inusitada.

Como un mes más o menos después de esto (sin que volviera a ver a Legrand en ese intervalo), recibí en Charleston la visita de su criado Júpiter. Nunca había visto tan deprimido al bueno del negro, lo que me hizo temer que le hubiera ocurrido alguna desgracia grave a mi amigo.

—Bueno, Jup —le dije—, ¿qué ha ocurrido?, ¿cómo está tu amo?

—Pue, pa decir la verdá, *massa*, no está tan bien como debería.

—¿Que no está bien? ¡Cuánto siento oírte eso! ¿Qué mal le aqueja?

—¡Eso, eso é! No se queja nunca de ná, pero tá mu malo de toa manera.

—*Muy* malo dices, Júpiter. ¿Por qué no me lo has dicho de inmediato? ¿Está guardando cama?

—No, eso no. No está guardando nada. Eso me da mu mala'spina. Estoy mu preocupao po mi pobre *massa* Will.

—Júpiter, vamos a ver si entiendo de lo que estás hablando. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha contado lo que le duele?

—Pa qué, *massa*; no merece la pena marearse con eso. Er *massa* Will dice que no le pasa ná. Pero, entonce, no sé po'qué va d'aquí p'allá con la cabeza baja y los'hombro levantao, y má blanco qu'un ganso. Ni sé po'qué se pasa to'l rato haciendo sifras.

—¿Haciendo qué, Júpiter?

—Haciendo sifras con los monos n'una pizarra; la cosa má rara qu'en mi vía he visto. M'etá dando miedo, se lo digo a usté. No puedo quitale

el ojo un momento d'encima. L'otro día se me largó ante de salí er sol y anduvo por ahí to el santo día. Tenía preparao un garrote pa darle una buena zurra a la vuerta. Pero soy tan tonto que luego despué no tuve el való. ¡Traía má mala cara!

—¿Sí? ¿Cómo? ¡Ah, sí! En realidad, creo que es mejor que no seas tan estricto con el pobre hombre. No lo castigues, no lo podrá soportar. Pero ¿tienes la menor idea de lo que le ha causado esa enfermedad, o mejor dicho, ese cambio de conducta? ¿Pasó algo desagradable desde la última vez que os vi?

—No, *massa*, no ha habío ná malo desde entonce. Fue ante d'eso, se lo digo. Fue er mismo día qu'estuvo usté allí.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Pue, *massa*, estoy hablando der bicho. Y na más.

—¿El qué?

—El escarabajo. Estoy seguro qu'er bicho ese d'oro l'ha picao al *massa* Will n'algún lao de la cabeza.

—¿Y qué razones tienes, Júpiter, para llegar a esa conclusión?

—¡Menúa pinza tiene, *massa*, y menúa boca tamién! Nunca he visto un escarabajo má raro. Patea y pica tó lo que se l'acerca. Er *massa* Will l'agarró primero, pero tuvo que soltarlo enseguía otra vé, sabe' usté. Entonce le debió picar. No me gustó ná la boca del bicho, por eso no quise agarralo con el deo; pero lo cogí con un pedazo papel que m'encontré. Lo lié en un papé y le metí otro pedazo en la boca. Asín lo hice.

—¿Y piensas, entonces, que a tu amo le mordió de verdad un escarabajo y que la mordedura le causó el trastorno?

—No pienso ná d'eso; lo sé. ¿Qué's lo que le hace soñar tanto con el oro, si no e porque le mordió er bicho d'oro? Es lo que s'oye antes d'ahora de los escarabajos d'oro.

—¿Y cómo sabes que sueña con el oro?

—¿Cómo lo sé? Pos porque habla d'eso durmiendo. Por eso lo sé.

—Bueno, Jup, quizá tengas razón. Pero dime, ¿a qué feliz circunstancia debo el honor de tu visita hoy?

—¿Qué pasa, *massa*?

—¿Has traído algún mensaje de parte de Mr. Legrand?

—No, *massa*, traigo ése troso de papé.

Y Júpiter me entregó una nota escrita que rezaba así:

Mi estimado:

¿A qué se debe que no le haya visto desde hace tiempo? Espero que no haya hecho la tontería de enfadarse por cualquier pequeña brusquerie[26] de mi parte. Pero no, eso es poco

probable.

Desde que le conocí me ha invadido un gran desasosiego. Tengo algo que contarle, si bien ignoro aún cómo decírselo, o incluso si debería hacerlo.

No me he sentido del todo bien estos últimos días, y el pobre y viejo Jup me irrita, casi hasta los límites de lo soportable, a causa de sus atenciones bien intencionadas. No se lo va a creer, pero había preparado el otro día un gran garrote para darme una buena paliza por haberme escapado y pasado el día en solitario en los montes fuera de la isla. Estoy convencido que fue mi aspecto enfermizo lo que salvó de aquella tunda.

No he aumentado nada la colección de mi gabinete desde que nos vimos.

Si le es posible, de alguna forma, estar disponible, venga acá acompañado de Júpiter. Haga usted por venir. Deseo verle esta noche por asuntos de importancia. Le aseguro que es de suma importancia.

Siempre suyo,
William Legrand

Había algo en el tono de esa nota que me produjo gran inquietud. Todo su estilo era claramente distinto del de Legrand. ¿Con qué estaría soñando? ¿Qué nueva chifladura se había adueñado de su agitada mente? ¿Qué «asunto de suma importancia» podía tener *él* que abordar? El relato de Júpiter no auguraba nada bueno. Tenía miedo de que la continua angustia de la mala fortuna hubiera acabado por trastornarle a mi amigo un tanto la razón. Así pues, sin vacilar un momento, me dispuse a acompañar al negro.

Al llegar al embarcadero me llamó la atención una guadaña y tres palas, que parecían nuevas, que estaban en el fondo de la barca en la que nos disponíamos a embarcar.

—¿Qué quiere decir todo esto, Jup? —pregunté.

—Esa e' una guadaña, *massa*, y palas.

—Está claro; pero ¿qué hacen aquí?

—La guadaña y la pala que *massa* Will se empeñó en que yo le comprara en la ciudá y que m'an costao un dinerá del demonio.

—Pero, a ver, ¿qué va a hacer, por todos los diablos, tu «massa Will» con guadañas y palas?

—Eso é má de lo que yo sé, y qu'el diablo me lleve si no creo qu'é tamién má de lo que sabe él. Pero tó eso é cosa del scrabajo.

En vista de que no iba a obtener nada claro de Júpiter, cuya mente parecía estar obsesionada con «el scrabajo», me subí al bote y desplegué la vela. Una brisa favorable y fuerte nos empujó con rapidez hasta una pequeña ensenada hacia el norte del Fuerte Moultrie, y luego andando unas dos millas llegamos hasta la cabaña. Serían entonces las tres de la tarde. Legrand nos estaba esperando ya muy impaciente. Me agarró de la mano con una *ansiedad* nerviosa tal que me asustó y vino a confirmarme las sospechas que ya albergaba. Su semblante tenía una

palidez espectral y sus ojos hundidos brillaban de forma nada natural. Tras interesarme brevemente sobre su salud, le pregunté, a falta de otro tema del que hablar, si el tenient G le había devuelto ya el *scarabaeus*.

—¡Ah, sí! —replicó poniéndose muy colorado—. Me lo devolvió a la mañana siguiente. Por nada del mundo me separaría del *scarabaeus*. ¿Sabe usted que Júpiter tiene toda la razón con respecto a él?

—¿En qué sentido? —pregunté albergando lúgubres presentimientos.

—En suponer que se trataba de un bicho de oro *auténtico* —dijo con un gesto de honda seriedad, lo cual me dejó harto sobrecogido.

—Este escarabajo me va a dar la suerte —continuó con una sonrisa triunfante— de reintegrarme en las posesiones de mi familia. ¿Es, pues, tan extraño que yo lo aprecie tanto? Puesto que la Fortuna ha tenido a bien concederme este regalo, solo tengo que utilizarlo adecuadamente para llegar hasta el oro, del cual esto no es sino una señal. ¡Júpiter, tráeme ese *scarabaeus*!

—¡Cómo! ¿El bicho, *massa*? No me gustaría meterme en jaleos por el bicho. Debe agarrarlo usté mismo.

Entonces Legrand se levantó con un gesto serio y señorial, y me trajo el insecto de un frasco de cristal donde lo había metido. Se trataba de un hermoso *scarabaeus*, y desconocido por aquél entonces para los naturalistas. Evidentemente fue un gran hallazgo desde un punto de vista científico. Tenía dos manchas negras redondas cerca de un extremo del caparazón, y una larga cerca del otro extremo. Los élitros eran excesivamente duros y brillantes, con toda la apariencia del oro bruñido. Tenía un peso muy considerable, y, teniendo todo esto en cuenta, no podía reprocharle a Júpiter que emitiera su opinión al respecto; pero, a fe mía que yo no alcanzaba a entender cómo podía Legrand compartir aquella opinión.

—He mandado a buscarlo a usted —dijo él en tono grandilocuente una vez que hube acabado de examinar el escarabajo—. Y lo he hecho porque necesito su consejo y ayuda para apoyar los designios del Destino y del escarabajo.

—Mi querido Legrand —exclamé interrumpiéndole—. Evidentemente no está usted bien, y lo mejor sería que tomara unas mínimas precauciones. Váyase usted a la cama, que yo me quedaré con usted unos pocos días, hasta que se recupere. Tiene usted fiebre y…

—Tómeme el pulso —dijo él.

Se lo tomé, y la verdad es que no encontré el menor indicio de fiebre.

—Pero puede que esté usted enfermo y, sin embargo, no tenga fiebre. Permítame que por esta vez le dé consejo médico. Lo primero que ha de

hacer es guardar cama. Lo siguiente…

—Se equivoca usted —interrumpió él—. No me encuentro mal para estar bajo los efectos de esta alteración emocional. Si de veras se preocupara por mi bienestar, me aliviaría de este estado de nerviosismo.

—¿Y cómo debo hacerlo?

—Es muy fácil. Júpiter y yo vamos a hacer una expedición a las montañas, situadas en tierra firme, y para ello necesitaremos la ayuda de alguien de confianza. Usted es el único en el que podemos confiar. Tanto si tenemos éxito como si no, se calmará la alteración que usted advierte ahora en mí.

—Siento vivos deseos por complacerle de la manera que sea —repliqué—, pero ¿significa eso que el maldito insecto tiene algo que ver con su expedición a las montañas?

—Así es.

—Entonces, Legrand, no cuente conmigo para empresa tan absurda.

—Lo lamento, de veras lo lamento, pues tendremos que intentarlo nosotros solos.

—¡Ustedes solos! ¡Este hombre no está en sus cabales! Pero, vamos a ver, ¿cuánto tiempo se propone ausentarse?

—Es probable que toda la noche. Vamos a salir de inmediato para regresar, en cualquier caso, al amanecer.

—¿Y me promete usted, por su honor, que cuando se le pase ese capricho y se solucione el asunto ese del escarabajo (¡válgame Dios!) a su entera satisfacción, va a volver usted a casa y seguirá mis consejos sin rechistar, como los de su médico?

—Sí, prometido. Y ahora partamos, porque no hay tiempo que perder.

Con el ánimo apesadumbrado acompañé a mi amigo. Nos pusimos en camino hacia las cuatro Legrand, Júpiter, el perro y yo. Júpiter llevaba la guadaña y las palas e insistió él mismo en cargar con todo ello, más por temor —creo yo— de poner cualquiera de esas herramientas al alcance de su amo que por un exceso de diligencia o de afán de servicio. Su actitud era harto testaruda, y las únicas palabras que escaparon de sus labios durante todo el viaje fueron: «ese maldito bicho». En cuanto a mí, estaba al cargo de un par de linternas; mientras que, por su parte, Legrand se limitaba a llevar el *scarabaeus* atado con un trozo de cordel, balanceándolo de un lado a otro al caminar en plan hechicero. Al ver esta última prueba que evidenciaba el trastorno mental de mi amigo, apenas pude contener las lágrimas. Pensé, no obstante, que sería preferible seguirle el juego, al menos de momento, o hasta que pudiera

yo adoptar medidas más efectivas con alguna probabilidad de éxito. Mientras tanto, me esforcé, aunque en vano, en sonsacarle el objetivo de la expedición. Una vez que había logrado convencerme para que lo acompañara, parecía poco dispuesto a conversar sobre cualquier otro tema de menor importancia, y no concedía otra respuesta a todas mis preguntas sino un «¡ya veremos!».

Atravesamos el istmo situado en la punta de la isla en una barca, y, ascendiendo el empinado terreno de la orilla de la tierra firme, continuamos en dirección noroeste, a través de un terreno excesivamente árido y desolado, donde no se veía rastro de huellas humanas. Legrand avanzaba con decisión, deteniéndose solamente unos instantes, aquí y allá, para consultar lo que parecían ciertos hitos que había colocado él mismo en una ocasión anterior.

Caminamos así durante unas dos horas, e iba a ponerse el sol cuando nos adentramos en una zona muchísimo más desolada que cuantas habíamos pasado. Era una suerte de meseta cercana a la cumbre de una montaña casi inaccesible, cubierta de espesa vegetación desde la base hasta el pico, y moteada de enormes riscos que parecían yacer esparcidos por el terreno. Muchos de ellos no se precipitaban hacia los valles tan solo gracias a la contención de los árboles en que se apoyaban. Había profundos barrancos en varias direcciones que daban al paisaje un aspecto de una solemnidad aún más austera.

La plataforma natural a la que habíamos subido estaba densamente cubierta de zarzas, que, como pronto descubrimos, nos habrían ofrecido un escollo insalvable de no ser por la guadaña. Júpiter, por orden de su amo, se dedicó a despejar el camino hasta los pies de un tulípero enormemente alto que se alzaba sobre la plataforma junto a unos ocho o diez robles, sobrepasándolos a todos, y también a todos los demás árboles que hasta entonces había visto, tanto por la belleza de su follaje y su forma, como por la ancha extensión de su ramaje y su majestuoso aspecto. Cuando llegamos al árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y le preguntó si creía que podría trepar por él. El viejo negro quedó un tanto vacilante ante tal pregunta, y no respondió durante unos instantes. Finalmente, se acercó al enorme tronco, y lentamente anduvo a su alrededor examinándolo con detenimiento. Tras haber acabado de examinarlo, dijo simplemente:

—Sí, *massa*, Jup ha trepao to árbol que haya visto en su vida.

—Entonces, arriba lo más rápido posible, pues pronto estará demasiado oscuro para ver lo que hacemos.

—¿Cuánto debo subir, *massa*? —preguntó Júpiter.

—Primero trepa por el tronco principal, que luego ya te diré por dónde debes seguir. Y ten aquí. ¡Para! Llévate el escarabajo.

—¡El bicho, *massa* Will, er bicho d'oro! —gritó el negro, retrocediendo alarmado—. ¿Pá qué tengo que subir er bicho al árbol? ¡Amos, ni loco!

—Si tú, Jup, un negro así de grande, tienes miedo de agarrar un pequeño escarabajo muerto e inofensivo, pues puedes llevártelo cogido de esta cuerda, pero si te niegas a subirlo de una forma u otra, me veré en la necesidad de romperte la cabeza con esta pala.

—¿A qué viene eso, *massa*? —dijo Jup, claramente avergonzado y servil—. Siempre está riñendo al viejo negro. Solo estaba de broma. ¡Yo tener miedo al bicho! ¡Qué más me da el escarabajo! —Mientras decía esto cogió con cuidado la cuerda por un extremo, y, manteniendo el insecto lo más alejado posible de sí que pudo, se dispuso a trepar al árbol.

En sus primeros años, el tulípero, o *liriodendron tulipiferum*, el árbol más imponente de los bosques americanos, tiene un tronco especialmente liso, y se eleva a menudo a una gran altura sin echar ramas laterales. Pero, cuando alcanza su madurez, la corteza se vuelve rugosa y con nudos, mientras muchas ramas cortas brotan del tronco. Así que, en este caso, la dificultad de trepar por él era más aparente que real. Abrazando todo lo que podía el enorme cilindro con brazos y piernas, asiendo con sus manos algunas protuberancias y apoyando los dedos de los pies descalzos sobre otras, Júpiter, después de casi caerse una o dos veces, logró por fin encaramarse a la primera horquilla importante, y entonces pareció considerar que todo el empeño se había acabado prácticamente. El riesgo de la empresa se había terminado, en efecto, aunque el trepador se hallaba a unos sesenta o setenta pies del suelo.

—¿Pa'ónde tiro ahora, *massa* Will? —preguntó.

—Sigue por la rama más grande, la de este lado —dijo Legrand. El negro le obedeció con presteza y sin evidente dificultad. Y subió cada vez más alto hasta que su figura encogida dejó de verse entre el denso follaje que le rodeaba. Pronto se pudo oír su voz exclamando:

—¿Cuánto me queda toavía por subir?

—¿A qué altura estás? —preguntó Legrand.

—Toy tan alto —replicó el negro— que puedo ver el cielo por'entre la copa del árbol.

—Olvídate del cielo, y escucha lo que te digo. Mira para abajo y cuenta las ramas que veas debajo de ti por esta parte. ¿Cuántas ramas

has pasado?

—Una, do, tre, cuatro, cinco, *massa*; he pasao cinco ramas grandes por este lao.

—Entonces sube una rama más.

Al cabo de unos minutos se volvió a oír su voz, que anunciaba que había llegado a la séptima rama.

—Ahora, Jup —gritó Legrand con evidente nerviosismo—, necesito que te abras camino por esa rama lo más que puedas. Si ves algo extraño, dímelo.

Desde ese momento, cualquier duda, por pequeña que fuese, que pudiera albergar sobre la locura de mi pobre amigo se disipó por completo. No tenía más opción que considerarle afectado por la demencia, y empecé a sentir verdadera impaciencia por llevarlo de nuevo a casa. Mientras sopesaba qué era lo mejor que se podía hacer, se oyó de nuevo la voz de Júpiter:

—Me da mieo seguir p'alante por esta rama; está muerta casi entera.

—¿Dices que es una rama muerta, Júpiter? —gritó Legrand con voz temblorosa.

—Sí, *massa*, má muerta q'un fiambre, se l'aseguro; buena solo pa los gusanos.

—¿Qué debo hacer, por amor de Dios? —preguntó Legrand, visiblemente afectado por una gran desazón.

—¿Qué debe hacer? —dije yo, contento de tener la opción de decir algo—. Pues irse a casa y meterse en la cama. ¡Vámonos ya! Pórtese como un buen chico. Se está haciendo tarde y, además, recuerde su promesa.

—Júpiter —gritó él sin hacerme el más mínimo caso—, ¿me oyes?

—Sí, *massa* Will, l'oigo mu clarito.

—Entonces, haz una prueba en la rama con tu navaja, y mira a ver si está muy podrida.

—¿Podría, *massa*? Seguro del tó —replicó el negro al momento—, pero aún podría estarlo más. Podría intentarlo un poco má por sta rama yo solo, eso é verdá.

—¿Tú solo? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, quiero decí'er bicho. Es un scarabajo mu pesao. Creo que si lo dejo caer, la rama no se romperá solo con el peso d'un negro.

—¡Maldito bribón! —gritó Legrand, claramente más aliviado—. ¿Qué pretendes diciéndome esas tonterías? Te juro que si sueltas ese insecto, te retuerzo el pescuezo. ¡Atiéndeme, Júpiter! ¿Me estás oyendo?

—Sí, *massa*, no tiene que gritar a pobre negro de esa manera.

—¡Bien, ahora escúchame! Si avanzas todo lo que puedas por la rama sin arriesgarte y sin soltar el insecto, te regalo un dólar de plata en cuanto bajes.

—Pues allá voy, *massa* Will, claro que sí —replicó de inmediato el negro—. Ya mismo estoy al final.

—¡Ya mismo allí! —casi gritó Legrand—. ¿Dices que estás ya mismo al final de esa rama?

—Me falta un poco, *massa*, —¡Ooooh…, el señor s'apiade de mi alma! ¿Qué é esto qu'ay en el árbol?

—¡Y bien! —gritó Legrand muy emocionado—. ¿De qué se trata?

—Pues, no es más que una calavera; alguien se dejó la cabeza por aquí arriba, y los cuervos s'han comío toíta la carne.

—¡Una calavera, dices! ¡Muy bien! ¿Cómo está atada a la rama? ¿Qué la sostiene a ella?

—Vale, massa, voy a mirar. Pues esto sí que es algo curioso, palabra. Hay un clavo grande bien clavao en la calavera que es lo que la sujeta al árbol.

—Pues ahora, Júpiter, haz justo lo que yo te diga. ¿Me estás oyendo?

—Sí, *massa*.

—Presta atención, entonces. Busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Uyy! ¡Anda, esta sí qu'es buena! Pues no le queda ningún ojo.[27]

—¡Qué tonto eres! ¿Tú distingues tu mano derecha de la izquierda?

—Pues claro que sí. La mano izquierda es con la que corto la leña.

—¡Por supuesto, como que eres zurdo! Y tu ojo izquierdo está en el mismo lado que tu mano izquierda. Ahora supongo que podrás encontrar el ojo izquierdo de la calavera o el lugar que ocupaba antes. ¿Lo has encontrado?

Se hizo un largo silencio. Finalmente preguntó el negro:

—¿Está el ojo izquierdo de la calavera p'al mismo lao que la mano izquierda de la calavera?; porque la calavera no tiene ni pizca de mano. ¡No importa! Ya tengo el ojo izquierdo; aquí está el ojo izquierdo. ¿Q'hago ahora con él?

—Deja pasar el escarabajo por él hasta donde te dé la cuerda, pero ten cuidado de que no se te suelte la cuerda.

—Yas'tá hecho tó eso, *massa* Will; ha sío una cosa mu fácil pasar er bicho por el abujero. ¡Mírelo desd'abajo!

Durante toda esta conversación no veíamos nada de Júpiter, pero el escarabajo que él se había afanado en bajar se veía ahora en el extremo de la cuerda, y brillaba, como una bola de oro bruñido, los últimos rayos del crepúsculo. Algunos de ellos iluminaban aún débilmente el

promontorio en el que nos hallábamos. El *scarabaeus* pendía muy visible de las ramas, y si lo hubiera dejado caer, habría caído a nuestros pies. Legrand cogió de inmediato la guadaña, y despejó con ella un espacio en círculo, de unas tres o cuatro yardas de diámetro, justo debajo del insecto. Una vez realizado esto, ordenó a Júpiter que soltase la cuerda y bajase del árbol.

Clavando una estaca en el suelo con gran precisión, justo sobre el lugar donde había caído el insecto, mi amigo sacó de su bolsillo una cinta métrica. Después de atar un extremo de esta al punto del árbol más cercano a la estaca, la desenrolló hasta alcanzarla, y continuó desenrollándola en la dirección ya señalada por los dos puntos del árbol y la estaca, a una distancia de unos cincuenta pies. Mientras tanto, Júpiter despejaba las zarzas del camino con la guadaña. Sobre ese lugar exacto clavó una segunda estaca, y, tomándola como centro, trazó un rudimentario círculo de unos cuatro pies de diámetro. Entonces cogió Legrand una de las azadas, le dio una a Júpiter y otra a mí, y nos pidió que nos pusiéramos a cavar lo más deprisa posible.

A decir verdad, nunca he sentido un placer especial por semejante pasatiempo y, en aquel momento preciso, de buena gana hubiera renunciado, puesto que la noche se echaba encima y me sentía muy cansado con el ejercicio que había hecho. Pero no vi el modo de escurrir el bulto, y temía que mi negativa podría alterar la serenidad de mi pobre amigo. La verdad es que, si hubiera podido contar con la ayuda de Júpiter, no habría dudado en intentar llevar al lunático a casa por la fuerza, pero conocía demasiado bien el talante del viejo negro como para esperar que me ayudara, en cualquier circunstancia que surgiera, llegado el caso de que hubiera una disputa con su amo. No me cabía la menor duda de que este último se había contagiado de algunas de las innumerables supersticiones sureñas sobre tesoros enterrados, y de que su fantasía había recibido confirmación con el hallazgo del *scarabaeus*, o quizá, con la obstinación de Júpiter en considerar que era «un escarabajo de oro de verdad». Cualquier mente propensa a la demencia se dejaría seducir fácilmente por tales sugerentes quimeras, especialmente si coincidían con alguno de sus prejuicios favoritos. Entonces me vinieron a la memoria las palabras de ese pobre hombre relativas a que el escarabajo era la «señal de su fortuna». Me sentía, en general, tristemente fastidiado y perplejo, pero decidí, al fin, hacer de la necesidad virtud, es decir, cavar de buena gana y así convencer cuanto antes al visionario, con pruebas palpables, de lo engañoso de sus opiniones.

Una vez encendidas las linternas, nos pusimos a trabajar con un ahínco digno de mejor causa. Como la luz iluminaba a nuestras personas y herramientas, no pude sino pensar cuán pintoresco grupo hacíamos y cuán extraña y sospechosa debía parecer nuestra tarea a cualquier intruso que, por casualidad, se hubiera tropezado en nuestro camino.

Cavamos sin respiro durante dos horas. Apenas se habló y lo que causaba nuestra principal molestia eran los ladridos del perro, que mostraba excesivo interés en nuestra labor. Llegó un punto en que se hizo tan bullicioso que comenzamos a temer que diera la alarma a los que merodeaban por los alrededores. Aunque, más bien, esto era lo que Legrand temía, porque, en lo que a mí respecta, me habría encantado cualquier interrupción que me hubiese permitido llevar a casa al maníaco. El ruido al fin acabó siendo acallado eficazmente por Júpiter, quien, saliendo del hoyo con deliberada obstinación, amordazó al animal con uno de sus tirantes, para luego volver a su faena con una risa socarrona.

Cuando ya había pasado el tiempo mencionado, habíamos alcanzado una profundidad de cinco pies, y aún no aparecía el menor rastro de tesoro. A continuación hicimos un descanso, y comencé a albergar la esperanza de que la farsa estuviera tocando a su fin. Legrand, no obstante, aunque evidentemente muy desconcertado, se enjugó la frente pensativo y reinició la faena. Habíamos cavado el círculo entero de cuatro pies de diámetro y ya rebasamos el límite, aumentando la profundidad dos pies más. Seguía sin aparecer nada. El buscador de oro, a quien sinceramente compadecía, salió por fin del hoyo, con la más amarga desilusión reflejada en su rostro, y procedió con lentitud y de mala gana a ponerse la chaqueta que se había quitado al comienzo. Mientras, me abstuve de hacer comentarios. Júpiter, a una señal de su amo, comenzó a recoger sus herramientas. Hecho lo cual, y habiendo quitado el bozal al perro, emprendimos el regreso a casa en profundo silencio.

Habíamos dado, quizá, una docena de pasos en esa dirección cuando Legrand, profiriendo un juramento, se abalanzó sobre Júpiter y le agarró por el cuello. El negro, atónito, abrió los ojos y la boca al máximo, soltó las palas y cayó de rodillas.

—¡Bribón! —dijo Legrand silbando las sílabas por entre los dientes apretados—, ¡maldito villano negro, te ordeno que hables!, ¡contéstame al instante sin mentir!, ¿cuál, te digo, cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Oh, Dios mío, *massa* Will!, ¿no tá claro que este es mi ojo izquierdo? —gritó aterrorizado Júpiter, poniéndose la mano sobre el

órgano de visión derecho, y manteniéndola allí con desesperada obstinación, como si de pronto temiera que su amo intentara arrancárselo.

—¡Me lo suponía! ¡Lo sabía! ¡Hurraaa! —vociferó Legrand, y soltó al negro y dio brincos y cabriolas para asombro de su criado, quien, alzándose sobre sus rodillas, nos miraba alternativamente a su amo y a mí en silencio.

—¡Venga, debemos volver! —dijo Legrand—. El juego no se ha acabado aún —y volvió a tomar el camino hacia el tulípero.

—¡Júpiter —dijo cuando hubimos llegado hasta el pie del árbol—, ven aquí! ¿Estaba la calavera clavada a la rama con la cara hacia fuera o con la cara hacia la rama?

—La cara estaba pa' fuera, *massa*, pa que los cuervos pudieran llegar bien a los ojos, sin estorbo.

—Bien, entonces, ¿dejaste caer el escarabajo por este ojo o por éste? —mientras decía esto, Legrand tocó los ojos de Júpiter.

—Era este, *massa*, el ojo iquierdo, como uté me dijo —e indicaba su ojo derecho el negro.

—Eso es suficiente; vamos a intentarlo de nuevo.

Entonces, mi amigo, en cuya locura veía ahora —o me imaginaba que veía— ciertos indicios de método, levantó la estaca que marcaba el sitio en que había caído el escarabajo y la clavó tres pulgadas hacia el oeste de su antigua posición. Llevando ahora la cinta métrica desde el punto más cercano al tronco hasta la estaca, como antes, y extendiéndola en línea recta hasta una distancia de cincuenta pies, señaló un punto que distaba varias yardas del sitio donde habíamos estado cavando.

Alrededor del nuevo punto trazó ahora un círculo, un poco más grande que la vez anterior, y volvimos a coger las palas para trabajar. Yo estaba tremendamente cansado, pero, sin saber a ciencia cierta qué había causado mi cambio de opinión, ya no sentía tanta aversión por la tarea impuesta. Comencé a sentir un interés inexplicable, más aún, una inquietud. Quizá había algo en el comportamiento excéntrico de Legrand: cierto aire de premonición o de intencionalidad, que me impresionaba. Excavé con ganas, y de cuando en cuando me sorprendía buscando, con algo que se asemejaba mucho a la expectación, el tesoro soñado, cuya visión había trastornado a mi desgraciado amigo. En un momento en que tales fantasías mentales más me dominaban, y cuando ya llevábamos trabajando quizá una hora y media, de nuevo nos interrumpieron los furiosos ladridos del perro. Su intranquilidad, al principio, había sido evidentemente resultado de su naturaleza

juguetona o caprichosa, pero ahora cobraba un tono más serio y airado. Cuando Júpiter volvió a intentar ponerle un bozal, el animal ofreció una resistencia furiosa, y saltó dentro del hoyo y se puso a escarbar nerviosamente con las uñas. En unos segundos había dejado al descubierto un montón de huesos humanos, que formaban dos esqueletos completos, entremezclados con varios botones de metal, y lo que parecía ser lana polvorienta y podrida. Uno o dos golpes de pala voltearon la hoja de un gran cuchillo español, y, al seguir cavando, salieron a la luz tres o cuatro monedas sueltas de oro y de plata.

Al verlas, apenas pudo Júpiter contener su alegría, pero el semblante de su amo tenía un aire de profunda decepción. Sin embargo, nos mandó que continuáramos nuestro trabajo, y aún estaba con la palabra en la boca, cuando tropecé y caí hacia adelante al haberse enganchado la puntera de mi bota en una gran anilla de hierro que estaba medio enterrada en la tierra suelta.

Entonces comenzamos a trabajar con ahínco, y jamás había experimentado antes diez minutos de más intensa emoción. Durante este lapso de tiempo casi habíamos dejado al descubierto un cofre oblongo de madera, que, por su perfecto estado de conservación, y su asombrosa dureza, había sido sometido a algún proceso químico, quizá el del bicloruro de mercurio. El cofre medía tres pies y medio de largo, por tres de ancho, y dos y medio de alto. Estaba fuertemente protegido con flejes de hierro forjado, remachados, que formaban una especie de enrejado alrededor. A cada lado del cofre, junto a la tapa, había tres anillas de hierro, seis en total, que podían asir firmemente seis personas. Nuestros supremos esfuerzos unidos solo sirvieron para desplazar muy levemente el cofre de su emplazamiento. Vimos en seguida cuán imposible era mover algo tan pesado. Por suerte, las dos únicas sujeciones que poseía la tapa eran dos cerrojos corredizos. Nerviosos, los corrimos temblando y jadeando. Al instante, apareció resplandeciendo ante nuestros ojos un tesoro de incalculable valor. Al proyectarse los rayos de las linternas en el hoyo, se reflejaron hacia arriba brillos y destellos procedentes de un confuso montón de oro y de joyas, que deslumbraron por completo nuestros ojos.

No puedo describir qué sentimientos me embargaban al contemplar aquello. Por supuesto el asombro era el predominante. Legrand se hallaba agotado por el nerviosismo y apenas habló algo. El semblante de Júpiter había palidecido, durante unos minutos, tanto como puede hacerlo, y hasta donde la naturaleza lo permite, el rostro de un negro. Parecía estupefacto, como fulminado por un rayo. Al rato cayó de

rodillas en el hoyo y, sepultando sus brazos desnudos en el oro hasta los codos, se quedó en esa postura, como disfrutando el placer de un baño. Al fin, exclamó exhalando un profundo suspiro, como en un monólogo:

—¡Y tó ésto viene del 'scarabajo d'oro!, ¡er bonito 'scabajo d'oro!, ¡er pobrecito bicho d'oro, que yo insultaba de ese modo tan malvao! ¿No te da vergüenza, negro? ¡Amos, qué me dice tú a eso!

Fue menester, al fin, que advirtiera tanto al amo como al criado que era conveniente sacar el tesoro de allí. Se estaba haciendo tarde ya y era importante que nos pusiéramos manos a la obra si queríamos poner todo a resguardo antes del amanecer. Resultaba difícil decir qué se debería hacer y pasamos mucho tiempo deliberando, tan confusas teníamos todos las ideas. Finalmente, acabamos aligerando el cofre de peso y sacando dos tercios de su contenido, pudiendo así, con no poco trabajo, sacarlo del hoyo. Depositamos entre las zarzas los objetos que fuimos sacando y pusimos de guardián al perro, al que Júpiter mandó que, bajo ningún pretexto, se moviera del sitio ni que ladrara hasta que volviéramos. Entonces salimos hacia la cabaña a toda prisa con el cofre, llegando allí sanos y salvos, pero tras ímprobos esfuerzos, a la una de la madrugada. Agotados como estábamos, no se podía humanamente hacer más en ese momento. Descansamos hasta las dos y cenamos. Acto seguido, salimos hacia las montañas, provistos de tres resistentes sacos que, por suerte, se hallaban en la cabaña. Algo antes de las cuatro llegamos al hoyo, dividimos el resto del botín entre nosotros lo más equitativamente posible y, dejando los hoyos sin rellenar, volvimos a partir hacia la cabaña, en la que, de nuevo, depositamos nuestra carga de oro, justo cuando los primeros rayos del alba brillaban por oriente sobre las copas de los árboles.

Estábamos para entonces completamente destrozados, pero la gran tensión del momento nos impedía descansar. Tras un sueño inquieto de unas tres o cuatro horas de duración, nos levantamos de común acuerdo para examinar nuestro tesoro.

El cofre estaba lleno a rebosar, así que empleamos todo el día y gran parte de la noche siguiente en evaluar su contenido. No parecía haber en él algo que indicara orden o plan establecido. Estaba todo amontonado de forma aleatoria. Tras haber clasificado todo con cuidado, resultaba que estábamos en posesión de una fortuna aún mayor de lo que al principio suponíamos. En monedas había más de cuatrocientos cincuenta mil dólares. Estimamos el valor de las piezas lo más exactamente que pudimos por la cotización de la época. No existía ni una partícula de plata. Todo era de oro antiguo y de gran variedad:

dinero francés, español y alemán, además de unas cuantas guineas inglesas y algunas fichas de juego que nunca habíamos visto antes. Había varias monedas de gran tamaño y pesadas, tan gastadas que no se podía leer nada de su inscripción. No había una sola moneda americana. Nos resultó más difícil valorar las joyas que encontramos. Había diamantes, algunos de extraordinario tamaño y pureza; en total, ciento diez, y ninguno de ellos pequeño; dieciocho rubíes de notable brillo; trescientas diez esmeraldas, todas ellas muy bellas, y veintiún zafiros, además de un ópalo. Estas piedras habían sido todas arrancadas de sus monturas y arrojadas al cofre sueltas. Las monturas mismas, que escogimos de entre el resto del oro, parecían haber sido golpeadas con martillos, como para impedir su identificación. Además de todo esto, había una enorme cantidad de adornos de oro macizo: casi doscientas sortijas y pendientes de mucho peso, lujosas cadenas, treinta si mal no recuerdo, ochenta y tres crucifijos muy grandes y pesados, cinco incensarios de gran valor, una fantástica taza de ponche de oro, adornada con hojas de parra y figuras de bacantes[28] ricamente engastadas, además de dos empuñaduras de espada exquisitamente repujadas, y muchos otros pequeños objetos que no alcanzo a recordar. El peso de todo ello superaba las trescientas cincuenta libras *avoirdupois*,[29] y en esta tasación no van incluidos ciento noventa y nueve soberbios relojes de oro, tres de los cuales valdrían unos quinientos dólares cada uno. Muchos eran antiquísimos, y carecían de valor como aparatos de relojería, puesto que sus maquinarias habían sufrido corrosión, en mayor o menor grado. Sin embargo, todos estaban ricamente adornados con pedrería, y las cajas eran de gran valor. Aquella noche valoramos el contenido entero del cofre en un millón y medio de dólares, y una vez separamos la quincalla y las joyas, algunas de las cuales nos quedamos para uso personal, nos dimos cuenta de que habíamos infravalorado bastante el tesoro.

Cuando, por fin, concluimos nuestro inventario, y se había apaciguado un tanto la intensa emoción de aquellos momentos, Legrand, que notó que yo estaba muerto de impaciencia por conocer la solución de este enigma tan extraordinario, pasó a explicar con todo detalle las circunstancias relacionadas con él.

—Recordará —dijo él— la noche en que le mostré el improvisado dibujo que hice del *scarabaeus*. Recordará también que me molestó mucho que usted insistiera en que mi dibujo se parecía mucho a una calavera. Cuando al principio afirmó usted esto, creí que estaba bromeando, pero después me vinieron a la memoria las curiosas

manchas del dorso del insecto, y reconocí que su observación tenía, de hecho, cierto fundamento. No obstante, me irritó que se burlara de mis facultades de dibujante, pues me consideran un buen artista, y, por lo tanto, cuando usted me mostró el trozo de pergamino, estuve a punto de estrujarlo y de arrojarlo muy enojado al fuego.

—El trozo de papel, quiere usted decir —dije yo.

—No, aquello tenía toda la apariencia de papel, y al principio supuse que lo era. Pero cuando me puse a dibujar en él, descubrí en seguida que era un trozo de pergamino muy fino. Estaba todo muy sucio, como recordará usted. Pues bien, cuando me disponía a estrujarlo, mi mirada se fijó casualmente en el dibujo que usted había estado examinando, y ya puede imaginarse mi perplejidad al percibir, en efecto, la figura de una calavera justo donde creía haber dibujado el insecto. Durante unos instantes me quedé tan atónito que no pude reflexionar con precisión. Vi que mi dibujo tenía muchos detalles diferentes de este, aunque existiese cierto parecido a grandes rasgos. Al rato cogí una vela, y tomando asiento al otro extremo de la habitación, me puse a mirar más atentamente el pergamino. Al darle la vuelta, vi mi propio dibujo en el reverso, tal como yo lo había realizado. Mi primera impresión fue, entonces, de mera sorpresa ante la verdaderamente notable semejanza de trazo, ante la curiosa coincidencia que conllevaba el hecho de que, sin yo saberlo, hubiese una calavera en la otra cara del pergamino, justo debajo de mi figura del *scarabaeus*, y que esta calavera se pareciera tanto a mi dibujo no solamente en el trazo, sino también en el tamaño. Le aseguro que lo sorprendente de esta coincidencia me dejó verdaderamente estupefacto durante un momento. Este es el efecto habitual de tales coincidencias. La mente se esfuerza en establecer una relación, una secuencia de causa y efecto, y, al verse incapaz de hacerlo, sufre una especia de parálisis transitoria. Pero cuando me recobré de este estupor, poco a poco me empecé a convencer de algo que me asustó incluso más que la propia coincidencia. Comencé a recordar de forma clara e inequívoca que no había ningún dibujo sobre el pergamino cuando hice mi esbozo del *scarabaeus*. Estaba absolutamente convencido de ello, pues recordé que le había dado vueltas de un lado y de otro, buscando el espacio más limpio. Si la calavera hubiera estado allí, no podría haberme pasado desapercibida, por supuesto. Aquí había, por cierto, un misterio que me sentía incapaz de explicar; pero, aun desde ese primer momento, parecía brillar débilmente dentro de los más remotos y secretos aposentos de mi entendimiento, a modo de luciérnaga, una idea de la verdad, de la que la aventura de anoche vino

a ser una magnífica demostración. Me levanté enseguida y, poniendo el pergamino en lugar seguro, dejé toda posterior reflexión para cuando me encontrase a solas.

»Cuando usted se fue y Júpiter se quedó profundamente dormido, me dediqué a investigar más metódicamente el asunto. En primer lugar consideré la manera en que el pergamino había llegado a mi poder. El sitio en que descubrimos el *scarabaeus* se hallaba en la costa de tierra firme, a una milla aproximadamente al este de la isla, pero a corta distancia sobre el nivel de la pleamar. Al cogerlo me dio un picotazo tan fuerte que tuve que soltarlo. Júpiter, con su acostumbrada precaución, antes de agarrar el insecto, que había salido volando hacia él, buscó a su alrededor una hoja, o algo parecido, con que atraparlo. En ese preciso momento, sus ojos, y también los míos, se fijaron en el trozo de pergamino, que entonces tomé por papel. Estaba medio enterrado en la arena, con una esquina sobresaliendo. Cerca del sitio donde lo encontramos vi los restos del casco de lo que parecía haber sido una chalupa de un barco. Los restos del naufragio debían haber llevado allí bastante tiempo, ya que apenas podía notarse el parecido con el armazón de una lancha.

»Pues bien, Júpiter recogió el pergamino, envolvió en él al insecto y me lo entregó. Poco después nos volvimos a casa y, en el camino, nos encontramos con el teniente G. Le enseñé el insecto y me rogó que le permitiese llevarlo al fuerte. Asentí y lo introdujo en el bolsillo de su chaleco, sin el pergamino en el que había sido envuelto y que había conservado yo en la mano mientras él lo miraba. Quizá temió que cambiase de opinión y pensó que era mejor asegurarse el trofeo enseguida; ya sabe usted lo entusiasmado que está por todo aquello relacionado con la historia natural. Al mismo tiempo debí haber guardado, sin darme cuenta, el pergamino en mi propio bolsillo.

»Recordará usted que cuando me acerqué a la mesa con objeto de hacer un bosquejo del escarabajo, no encontré papel alguno donde suelo tenerlo guardado. Miré en el cajón y no había ninguno allí. Rebusqué en mis bolsillos, esperando hallar una antigua carta, cuando mi mano dio con el pergamino. Le describo de forma detallada la manera en que llegó a mi poder, pues las circunstancias me impresionaron con una fuerza especial.

»Sin duda me considerará usted fantasioso, pero ya había establecido yo una especie de *relación*. Acababa de unir dos eslabones de una gran cadena. Había una lancha abandonada en la playa, no lejos de la lancha había un pergamino, *no un papel*, y en él dibujada una calavera. Se

preguntará usted, naturalmente: ¿dónde está la relación? Y yo le respondo que la calavera, o cabeza de la muerte, es el famoso emblema de los piratas. La bandera con la calavera se iza en todos los combates.

»Como le decía, se trataba de un trozo de pergamino y no de papel. El pergamino es duradero, casi imperecedero. Rara vez se confían al pergamino asuntos de poca monta, ya que no se adapta tan bien como el papel a las simples necesidades cotidianas del dibujo o de la escritura. Esta reflexión me indujo a pensar que la calavera tenía algún significado, alguna importancia. Tampoco se me pasó por alto la *forma* del pergamino. Aunque faltaba una de sus esquinas por causa de algún accidente, se podía ver que la forma original era oblonga. En efecto, se trataba de una de esas tiras que podían haberse empleado para un memorándum, una nota de algo que se desea recordar largo tiempo o conservar con cuidado.

—Pero —interrumpí yo— dice usted que la calavera no estaba en el pergamino cuando hizo el dibujo del insecto. ¿Cómo, entonces, relaciona usted la lancha con la calavera, puesto que esta, según sus propias palabras, debe de haber sido dibujada (solo Dios sabe cómo o por quién) en algún momento posterior a su dibujo del *scarabaeus*?

—¡Ah! En torno a esto gira todo el misterio, aunque tuve relativamente poca dificultad en solucionar el secreto en aquel momento. Mis pasos iban sobre seguro, y solo podían conducirme a un resultado. Más o menos razoné así: Cuando dibujé el *scarabaeus*, no aparecía ninguna calavera en el pergamino. Cuando terminé el dibujo se lo entregué a usted, y le observé atentamente hasta que me lo devolvió. No fue *usted*, por tanto, quien había dibujado la calavera, ni estaba presente nadie que lo hiciera. Luego, no había sido realizada por un ser humano. Y, sin embargo, allí estaba dibujada.

»A esas alturas de mis reflexiones, puse todo el empeño en recordar, y recordé *de hecho*, con claridad meridiana, cada incidente ocurrido en el intervalo en cuestión. El tiempo era gélido (¡qué extraña y feliz casualidad!) y el fuego llameaba en la chimenea. Había entrado en calor con el ejercicio y me senté junto a la mesa. Usted, en cambio, había arrimado una silla a la chimenea. Justo cuando le entregué el pergamino en la mano, y usted se encontraba examinándolo, Wolf, el perro terranova, entró y saltó sobre sus hombros. Lo acarició usted con la mano izquierda y lo apartó de sí, mientras que dejaba caer descuidadamente la derecha, que sostenía el pergamino, entre sus rodillas y muy cerca del fuego. Por un momento pensé que la llama lo había alcanzado, y estuve a punto de advertírselo, pero, antes de que

pudiera hablar, ya lo había retirado usted y se había puesto a examinarlo. Cuando sopesé todos estos detalles, no dudé ni un momento que el calor había sido el agente que había hecho aparecer sobre el pergamino la calavera que en él veía dibujada. Usted sabe de sobra que existen preparados químicos, y han existido desde tiempo inmemorial, con los que es posible escribir tanto en papel como en vitela, de tal manera que los caracteres se hagan visibles solamente al ser sometidos a la acción del fuego. En algunas ocasiones se emplea el zafre[30] disuelto en *agua regia* y diluido en cuatro veces su peso en agua, lo que da como resultado un tinte verde. El régulo de cobalto, disuelto en alcohol de nitro, da un color rojo. Estos colores desaparecen en un mayor o menor intervalo de tiempo al enfriarse el material sobre el que se ha escrito, pero reaparecen al volver a aplicarles calor.

»Entonces me puse a examinar minuciosamente la calavera. Los contornos, es decir, los del dibujo que estaba más próximo al borde de la vitela, se podían *distinguir* con mayor nitidez que los otros. Estaba claro que la acción del calor había sido imperfecta o desigual. Encendí inmediatamente fuego y sometí al intenso calor cada una de las partes del pergamino. Al principio, el único efecto fue resaltar las desvaídas líneas de la calavera, pero, al proseguir con el experimento, apareció en la esquina de la tira, diagonalmente opuesta al sitio en que estaba esbozado el dibujo de la calavera, la figura de lo que tomé al principio por una cabra. Tras un examen más minucioso, no obstante, me convencí de que se había intentado dibujar un cabritillo.

—¡Ja, ja! —me reí—, seguro que no tengo derecho a reírme de usted. Un millón y medio de dólares es un asunto demasiado serio para tomarlo a risa. Pero no irá usted a establecer un tercer eslabón en la cadena; no querrá usted encontrar ninguna especial conexión entre sus piratas y una cabra. Mire usted, los piratas no tienen nada que ver con las cabras, que solo a un granjero le interesarían.

—Pero si le he dicho que la figura *no* era la de una cabra.

—Bueno, pues la de un cabrito, que viene a ser más o menos lo mismo.

—Casi, pero no del todo —dijo Legrand—. Habrá usted oído hablar del Capitán Kidd.[31] Enseguida advertí que la figura del animal era una especie de firma simbólica o jeroglífica. Y digo firma, porque el sitio que ocupa en la vitela inspiraba esa idea. La calavera de la esquina diagonalmente opuesta tenía, de igual manera, todo el aspecto de una estampilla o sello. Pero me tenía molesto y desconcertado la ausencia de todo lo demás, el cuerpo de mi imaginado documento, el texto para mi

contexto.

—Supongo que esperaba encontrar una carta entre el sello y la firma.

—Algo por el estilo. Lo cierto es que me sentí irresistiblemente dominado por el presentimiento de que era inminente una enorme fortuna. No puedo precisar por qué. Quizá, después de todo, se trataba de un deseo más que de una verdadera convicción, pero, ¿sabe que las absurdas palabras de Júpiter, aquello de que el escarabajo era de oro macizo, afectaron enormemente a mi imaginación? Y después estaba esa serie de accidentes y coincidencias; eran *tan* extraordinarias. ¿Se da usted cuenta de lo fortuito que fue que todos estos acontecimientos ocurriesen en el *único* día de todo el año en que ha hecho, o ha podido hacer, el suficiente frío para encender fuego, y que sin el fuego o sin la intervención del perro en el preciso momento en que él apareció nunca habría podido yo percatarme de la calavera y, por tanto, ser el dueño de ese tesoro?

—Pero prosiga. Me tiene en ascuas.

—Bueno, pues habrá usted oído, por supuesto, las muchas historias que corren por ahí, esos cientos de rumores vagos que circulan sobre tesoros que Kidd y sus compinches enterraron en algún lugar del Atlántico. Tales rumores deben haber tenido algún fundamento real. Y el hecho de que los rumores hayan perdurado tanto tiempo y con tanta persistencia solo puede deberse, a mi juicio, a la circunstancia de que el tesoro escondido todavía permanecía *sepultado*. Si Kidd hubiera ocultado su botín durante algún tiempo, y lo hubiera recuperado más tarde, difícilmente nos habrían llegado esos rumores en su forma actual tan invariable. Se dará usted cuenta de que estas historias tratan todas sobre buscadores de tesoros, y no sobre descubridores de tesoros. Si por casualidad el pirata hubiera recuperado su botín, entonces el asunto se habría terminado. Me parecía que algún accidente —digamos, la pérdida de un memorándum que indicaba su ubicación— le había privado de los medios de recuperarlo, y que este accidente había sido conocido por sus seguidores, quienes, de otro modo, nunca podrían haber oído en absoluto que tal tesoro había sido escondido, y quienes, afanándose en vano, debido a intentos desorientados de recuperarlo, primero habían dado origen, y después difusión general, a las noticias que hoy día son tan corrientes. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de algún tesoro importante que haya sido desenterrado a lo largo de la costa?

—Nunca.

—Pero es bien sabido que el botín acumulado por Kidd era inmenso. Di por supuesto, por tanto, que la tierra aún lo acogía; de modo que no

se sorprenderá mucho si le digo que albergaba la esperanza, que rayaba en la certidumbre, de que el pergamino, encontrado en circunstancias tan extrañas, contenía implícito el indicio perdido del lugar en el que estaba depositado.

—Y entonces, ¿cómo prosiguió usted?

—Expuse de nuevo la vitela al fuego, después de haberlo avivado, pero nada apareció. Entonces pensé que era posible que la capa de mugre tuviese que ver algo con el fracaso; así pues, limpié escrupulosamente el pergamino vertiendo sobre él agua caliente y, una vez hecho esto, lo coloqué en una cazuela de latón, con la calavera boca abajo, y puse el recipiente en un horno de carbón incandescente. A los pocos minutos, la cazuela estaba hirviendo intensamente, retiré la tira y, para gran alegría mía, la encontré manchada por varios sitios con algo que se asemejaba a números puestos en fila. La volví a colocar en la cacerola y la dejé allí un minuto más. Al sacarla, presentaba el mismo aspecto que va usted a ver ahora.

En ese momento, Legrand, habiendo recalentado el pergamino, me lo pasó para examinarlo. Los siguientes caracteres aparecían toscamente inscritos, en tinta roja, entre la calavera y la cabra:

53‡‡†x305))6*;4826)4‡.)4‡);806*;48x8960))85;1‡(;:‡*8x83(88)5*x;46);88*96*?;8)*
‡(;485);5*x2:*‡(;4956*2(5*-4)8¶8*;4069285);)6x8)4‡
‡;1(‡9;48081;8:8‡1;48x85;4)485x528806*81(‡9;48;(88;4(‡?34;48)4‡;161;:188;‡?;

—Pero —dije yo devolviéndole la tira— sigo tan a oscuras como antes. Si todas las joyas de Golconda dependieran de mi resolución de este enigma, estoy completamente seguro de que sería incapaz de conseguirlas.

—Y sin embargo —dijo Legrand—, la solución no es ni mucho menos tan difícil como cabría imaginar tras echar un vistazo a los caracteres. Tales caracteres, como podría cualquiera advertir fácilmente, forman un mensaje cifrado, es decir, llevan implícito un significado. Pero, por lo que sabemos de Kidd, yo no le creería capaz de crear uno de los criptogramas más complicados. Enseguida llegué a la conclusión de que esta era de tipo sencillo, si bien, del tipo que le parecería totalmente irresoluble al corto intelecto del marinero sin una clave.

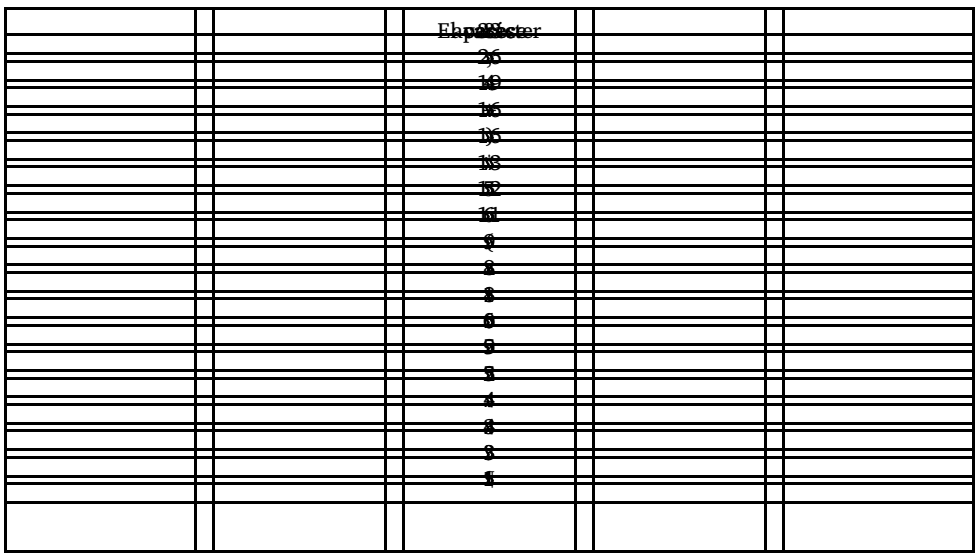
—¿Y realmente lo resolvió?

—Sin dificultad. He resuelto otros de una complejidad diez mil veces mayor. Las circunstancias y una cierta predisposición mental me han llevado a aficionarme a tales acertijos, y me cabe la duda de que el ingenio humano pueda crear un enigma de los que el ingenio humano

no pueda resolver si se aplica debidamente. De hecho, una vez que se reconocen los caracteres y se relacionan entre sí, no me planteo ni por asomo la más mínima dificultad en interpretarlos.

»En el presente caso, y de hecho en todos los casos de escritura en clave, la primera cuestión atañe al lenguaje del enigma; pues, hasta ahora, los principios en que se basa la solución, en especial cuando se trata de los mensajes cifrados más sencillos, dependen del «genio» de cada lengua y varían según sea este. En general, no hay más alternativa que experimentar (guiándose por el principio de probabilidad) con todas las lenguas conocidas por el que busca la solución, hasta dar con la verdadera. Pero, con la clave que tenemos entre manos, toda la dificultad quedaba esclarecida con la firma. El juego de palabras con "Kidd" solo puede producirse en la lengua inglesa. De no ser por esta consideración, habría empezado a experimentar con el español y el francés, lenguas en las que naturalmente habría escrito un secreto de este tipo un pirata de los mares de España. Pero, dado el caso presente, supuse que el criptograma estaba en inglés.

»Observe usted que no hay espacios entre las palabras. De haberlos habido, la tarea habría sido relativamente fácil. En tal caso, habría yo empezado por hacer un cotejo y análisis de las palabras más cortas. Y de haber encontrado una palabra, como pudiera haber ocurrido, de una sola letra (*a* o *y*, por ejemplo), podría haber dado la solución por asegurada. Pero como no había espacios, mi primer paso fue localizar las letras más reiteradas, así como las menos frecuentes. Tras contarlas todas, creé la siguiente tabla:



»Ahora bien, en inglés la letra que aparece con más frecuencia es la *e*. Después la serie es la siguiente: *a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z*. La *e* predomina de un modo tan notable que rara vez se da una frase de cierta longitud en la que no sea la letra principal.

»Tenemos, pues, aquí, para empezar, los fundamentos de algo más que una mera conjetura. El uso general que se puede hacer de la tabla es evidente, pero en esta clave en concreto solo requeriremos en parte su ayuda. Puesto que nuestro carácter predominante es el 8, comenzaremos asumiéndolo como la *e* del alfabeto natural. Para verificar este supuesto, observemos si el 8 aparece a menudo en parejas —pues la *e* se dobla con gran frecuencia en inglés— en palabras tales como *meet*, *fleet*, *speed*, *seen*, *been*, *agree*, etc. En el caso presente, la vemos doblada no menos de cinco veces, aunque el criptograma es breve.

»Supongamos, entonces, que el 8 es la *e*. Bien, de todas las palabras de este idioma, *the* es la más frecuente; veamos, por tanto, si no está repetida la combinación de tres caracteres colocados en el mismo orden, siendo el último el 8. Si encontramos que tales letras están repetidas en ese orden, representarán probablemente la palabra *the*. Después de examinado, encontramos al menos siete combinaciones de este tipo, siendo los caracteres *;48*. Por tanto, debemos suponer que el signo *;* representa la *t*, el *4* representa la *h*, y el *8* representa la *e*. Este último ahora queda bien comprobado. De esta forma se ha dado ya un gran paso.

»Pero habiendo esclarecido una sola palabra, ahora podemos establecer un punto muy importante; esto es, el comienzo y terminación de otras palabras. Permítame, por ejemplo, citar el penúltimo caso en el que la combinación *;48* aparece no muy lejos del final del mensaje cifrado. Sabemos que el punto y coma que sigue inmediatamente es el comienzo de una palabra y, de los seis caracteres que siguen a este *the*, reconocemos al menos cinco. Sustituyamos, entonces, esos caracteres por las letras que sabemos que representan, y dejemos un espacio para el que desconocemos:

t eeth

»Inmediatamente podemos descartar *th*, por no formar parte de la palabra que comienza por la primera *t*, ya que, ensayando con el

alfabeto entero en busca de una letra que se adapte al espacio vacío, vemos que es imposible formar una palabra de la que *th* pueda ser parte. La posibilidad se reduce ahora a

t ee,

»Y recorriendo el alfabeto si fuera necesario como antes, llegamos a la palabra *tree* (árbol) como la única lectura posible. De esta forma, ganamos otra letra, la *r*, representada por *(,* con las palabras *the tree* en yuxtaposición.

»Mirando un poco más allá de estas palabras, no muy lejos, vemos de nuevo la combinación *;48,* y la empleamos a modo de terminación de la que precede inmediatamente. Tenemos así esta disposición:

the tree ;4(+?34 the,

»O sustituyendo los caracteres por letras naturales donde se conozcan, se lee así:

the tree thr+?3h the.

»Ahora bien, si en lugar de los caracteres desconocidos dejamos espacios en blanco o los sustituimos por puntos, tenemos:

the tree thr…h the,

»Lo que deja claro de inmediato la palabra *through* (a través de). Pero este hallazgo nos revela tres nuevas letras, la *o*, la *u* y la *g*, representadas por + *?* y *3*.

»Buscando ahora con cuidado en el mensaje combinaciones de caracteres conocidos, encontramos, no muy lejos del principio, esta disposición:

83(88, o sea egree,

»Lo cual es, claramente, la conclusión de la palabra *degree* (grado), y nos da otra letra, la *d*, representada por +.

»Cuatro letras más allá de la palabra *degree* vemos la combinación:

;46(;88*.

»Traduciendo los caracteres conocidos, y representando los

desconocidos por puntos, como antes, leemos esto:

th.rtee.

»Disposición que nos sugiere de inmediato la palabra *thirteen* (trece), y que nos da dos nuevas letras, la *i* y la *n*, representadas por *6* y *.

»Volviendo, ahora, al principio del criptograma, encontramos la combinación:

53 + + x.

»Y traduciendo como antes, obtenemos:

good.

»Lo cual nos asegura que la primera letra es *A* (un/una) y que las dos primeras palabras son *A good* (un buen/una buena).

»Ya es hora de que ordenemos nuestra clave hasta donde hemos llegado, en forma de tabla, para evitar confusiones. Quedaría así:

	representa	

»Tenemos representadas, por tanto, al menos diez de las letras más importantes, y no será necesario proseguir con los detalles de la solución. He dicho lo suficiente para convencerle de que es fácil resolver enigmas de ese tipo, y también para avanzarle alguna idea de la explicación *lógica* de su desarrollo. Pero tenga usted la seguridad de que la muestra que tiene delante pertenece al tipo más sencillo de criptograma. Solo me queda ofrecerle la traducción íntegra de los caracteres del pergamino, ya descifrados. Hela aquí:

Un buen cristal en la Hospedería del Obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos nornordeste la rama principal séptima horquilla lado este tirar desde el ojo izquierdo de la calavera una línea recta desde el árbol a través del tiro cincuenta pies hacia afuera.

—Pero el enigma —dije yo— me sigue pareciendo tan complicado como antes. ¿Cómo se puede extraer un sentido de toda esa jerga sobre «sillas del diablo», «calaveras» y «hospedería del obispo»?

—Le confieso —replicó Legrand— que el asunto todavía tiene mal cariz si lo vemos superficialmente. Mi primer empeño fue dividir la oración en la división natural que había pensado el criptógrafo.

—¿Quiere decir puntuarla?

—Algo por el estilo.

—Pero ¿cómo se podía realizar eso?

—Pensé que había sido la intención del escritor el agrupar sus palabras sin separación para aumentar la dificultad de la solución. Ahora bien, alguien poco agudo, al perseguir ese objetivo, con casi total seguridad exageraría la cuestión. Cuando, en el proceso de composición, él llegara a una interrupción en el tema que naturalmente requeriría una pausa, o un punto, lo más seguro es que se inclinaría por agrupar los caracteres en dicho lugar de manera más abigarrada que de costumbre. Si observa ahora el manuscrito en cuestión, le será muy fácil descubrir cinco casos de tal inusitado abigarramiento. Haciendo uso de esta intuición, hice la siguiente división del texto:

> Un buen cristal en la Hospedería del Obispo en la silla del diablo, cuarenta y un grados y trece minutos —nornordeste—[32] la rama principal séptima horquilla lado este; tirar desde el ojo izquierdo de la calavera una línea recta desde el árbol a través del tiro cincuenta pies hacia afuera.

—Incluso esta división —dije yo— no me aclara nada.

—Tampoco me aclaró nada a mí —replicó Legrand— durante unos días, en los que me dediqué a indagar en los alrededores de la isla de Sullivan acerca de un edificio que tuviera el nombre de Hotel del Obispo, ya que, por supuesto, deseché la palabra antigua de «hospedería». No habiendo conseguido información alguna al respecto, estaba a punto de ampliar el campo de mi búsqueda y de proceder de un modo más sistemático cuando, una mañana, se me ocurrió de repente que este Hotel del Obispo debía tener relación con una familia antigua apellidada Bessop,[33] que desde tiempo inmemorial había poseído una antigua casa solariega a unas cuatro millas al norte de la isla. Por consiguiente, me dirigí a la plantación y reinicié mis pesquisas entre los negros más viejos del lugar. Por fin, una de las mujeres más ancianas me dijo que había oído hablar de un sitio llamado el Castillo de Bessop, y que creía poder llevarme hasta allí, pero que no era un castillo ni una taberna, sino una roca elevada.

»Prometí pagarle bien por sus molestias, y tras poner algunos reparos, convino en acompañarme hasta el lugar. Lo hallamos sin gran dificultad, y despidiéndome de ella, procedí a examinar el lugar. El «castillo» consistía en un conjunto irregular de cantiles y rocas; una de estas destacaba por su altura además de por su aspecto aislado y artificial. Trepé hasta la cumbre y una vez allí me sentí un tanto confundido sobre qué pasos debería tomar a continuación. Mientras estaba sumido en estas reflexiones, un estrecho saliente en la cara este de la roca, situado a una yarda por debajo de la cima, captó de repente mi atención. Este saliente tenía proyectada hacia fuera unas dieciocho pulgadas y no era más de un pie de ancho, mientras que un nicho excavado en la roca justo por encima de él le confería una rudimentaria apariencia como de esas sillas de respaldo vacío que se usaban antiguamente. No me cupo la menor duda de que en el manuscrito se hacía alusión a la «silla del diablo», por lo que ahora creía captar todo el secreto del enigma.

»La expresión «el buen cristal»[34] —supuse— no podía sino hacer referencia a un catalejo, pues la palabra glass rara vez la emplean en Inglaterra los marineros en ningún otro sentido. Ahora, aquí —advertí yo de repente— hay un catalejo para ser usado y un punto de vista determinado y *sin variación* desde el que usarlo. Tampoco dudé de que las expresiones «cuarenta y un grados y trece minutos» y «nornordeste» debían de ser, se supone, las direcciones para orientar el catalejo. Muy impresionado y nervioso por estos hallazgos, me dirigí a casa a toda prisa, conseguí un catalejo y volví a la roca.

»Descendí hasta el saliente de la roca y comprobé que era imposible sentarse sobre ella si no era en una postura concreta. Este hecho venía a confirmar mis suposiciones. Me dispuse, pues, a usar el catalejo. Los «cuarenta y un grados trece minutos» no podían, por supuesto, referirse a otra cosa que a la elevación por encima del horizonte visible, puesto que la dirección horizontal estaba claramente indicada con la palabra «nornordeste». Establecí esta última dirección de inmediato con ayuda de la brújula de bolsillo; luego, apuntando el catalejo lo más cercano que pude por intuición al ángulo de cuarenta y un grados de elevación, lo moví de arriba abajo con cuidado hasta que me fijé en una grieta circular o abertura en el follaje de un enorme árbol cuya copa destacaba desde lejos por encima de los otros de al lado. En el centro de dicha abertura advertí un punto blanco, pero no pude distinguir, al principio, de qué se trataba. Graduando el foco del catalejo, volví a mirar y entonces comprobé que era un cráneo humano.

»Ante ese hallazgo me sentí tan confiado como para considerar el

enigma ya resuelto; porque la frase «rama principal, séptima horquilla, lado este» no podía sino referirse a la posición de la calavera en el árbol, mientras que «disparar desde el ojo izquierdo de la cabeza del muerto» no admitía tampoco sino una sola interpretación en relación con la búsqueda de un tesoro enterrado. Deduje que el bosquejo era arrojar una bala desde el ojo izquierdo de la calavera y que la línea recta trazada desde el punto más cercano del tronco a través «del impacto» (o lugar en que cayera la bala) y extendida de aquí a una distancia de cincuenta pies, indicaría el punto preciso. Y debajo de este punto —pensé yo— era posible, al menos, que se hallara escondido un depósito de valor.

—Todo esto —dije yo— está más que claro, y aunque ingenioso, es incluso simple y explícito. Cuando salió usted del Hotel del Obispo, entonces, ¿qué hizo?

—Pues habiendo tomado buena nota de los datos del árbol, me volví a casa. Pero en el mismo instante de abandonar la «silla del diablo», la abertura redonda del árbol desapareció y ya no lo pude volver a ver más, por muchas vueltas que diera. Lo que me parece ya el colmo de la ingenuidad en todo este asunto es el hecho (y que es un hecho me lo demuestran las experiencias repetidas) de que la abertura redonda en cuestión no resulta visible desde ningún otro punto que desde el que ofrece el estrecho saliente en la cara de la roca.

»En esta expedición al Hotel del Obispo me acompañó Júpiter, quien, sin duda, había observado durante esas últimas semanas mi actitud distraída, y por ello ponía mucho interés en no dejarme solo. Sin embargo, al día siguiente madrugué mucho y conseguí librarme de él para subir a las colinas en busca del árbol. Me costó mucho esfuerzo dar con él, pero al volver a casa por la noche mi criado a punto estuvo de azotarme. Sobre lo restante de la aventura creo que está usted tan al corriente como yo mismo.

—Supongo —dije yo— que erró el sitio en el primer intento de excavar debido a la estupidez de Júpiter al dejar caer el escarabajo a través del ojo derecho en vez del izquierdo de la calavera.

—Exactamente. Este error significó una diferencia de unas dos pulgadas y media en el «tiro», esto es, en la posición de la estaca más próxima al árbol; y si el tesoro hubiera estado debajo mismo del «tiro», el error habría sido de poca monta; pero el «tiro» junto con el punto más cercano al árbol eran tan solo dos puntos para establecer la línea de dirección; claro que el error, por trivial que fuera al principio, aumentó según avanzamos con la línea, de modo que para cuando ya habíamos

recorrido cincuenta pies, nos había apartado ya de la pista. De no haber sido por mi firme convicción de que el tesoro se hallaba enterrado en este paraje, todos nuestros esfuerzos hubieran resultado inútiles.

—Supongo que la peregrina idea de la calavera, la de dejar caer la bala a través del ojo de ella, la concibió Kidd por la bandera pirata. Sin duda, sintió una especie de coherencia poética al recobrar su dinero a través de esta ominosa insignia.

—Tal vez así fue; de todas formas, no puedo dejar de pensar que el sentido común tenía tanto que ver con el asunto como la coherencia poética. Para ser visible desde la silla del diablo era necesario que el objeto, aunque pequeño, debiera ser blanco; y nada hay como una pequeña calavera para retener e incluso aumentar su blancura, expuesta a toda una gama de variaciones climáticas.

—Pero su grandilocuencia y su forma de balancear el escarabajo ¡qué extraño resulta! Estaba convencido de que se había vuelto usted loco. ¿Y por qué insistió en dejar caer el insecto desde la calavera en vez de una bala?

—Bien, para serle sincero, me sentí un tanto enojado por el hecho de que fuera tan suspicaz en lo tocante a mi sano juicio, de modo que decidí castigarlo a mi modo y serenamente con un poco de puro misterio. Por esa razón balanceaba el escarabajo y por esa razón lo dejé caer desde el árbol. Un comentario suyo sobre su gran peso me sugirió esta última idea.

—Sí, comprendo; y ahora solo queda un punto que me intriga: ¿cómo explicamos los esqueletos encontrados en el hoyo?

—Esa es una cuestión para la que, igual que usted, no tengo una respuesta. Parece, sin embargo, que no hay sino una forma posible de explicarlos, pero es terrible creer en la atrocidad que entraña mi propuesta. Está claro que a Kidd —si es que Kidd ha escondido el tesoro, cosa que no dudo— le deben haber ayudado en su tarea. Pero, una vez finalizado lo peor de la misma, debió de juzgar conveniente eliminar a todos los partícipes de su secreto. Tal vez un par de golpes de azadón fueron suficientes mientras sus compinches se afanaban en el hoyo, o tal vez necesitó una docena; ¿quién lo podría decir?

18. Los hugonotes eran protestantes franceses de orientación calvinista que, como otros europeos de análogas creencias, acabaron huyendo a diversos lugares de América debido a las persecuciones que sufrieron. Ellos conformarían la ideología predominante americana de corte puritano.

19. La Isla de Sullivan está en Charleston Harbour, junto al Fuerte Sumter, lugar donde se

inició la Guerra Civil Americana.

20. La focha (*fulica otra*), o polla de agua, es una especie de ave gruiforme de la familia *rallidae* que habita en lagos, ríos, charcas marjales y, en invierno, en bahías. Aunque hay variedades (entre el pato y la avoceta), suele ser de pico largo y plumaje pardo.

21. En este fuerte pasó Poe un año como soldado entre 1827 y finales de 1728.

22. Jan Swammerdamm (1637-1680) fue un naturalista entomólogo holandés precursor en el uso del microscopio para el estudio de la morfología de los insectos. Es autor del volumen *Biblia naturae, sive historia insectorum*, publicado en edición póstuma y traducido al inglés en 1758.

23. Queremos reflejar en lo posible el lenguaje coloquial con que habla el negro americano pronunciando massa en lugar de master (amo).

24. En la isla del relato, Sullivan, son comunes dos variedades de escarabajo (en latín, scarabaeus): el *callichroma splendidum* (el dorado iridiscente) y el *alaus oculatus* (el calavera). Parece que el descrito aquí es una síntesis de ambos.

25. Júpiter confunde el sonido de «tin» (latón, estaño) con *antennae*, por el acento fuerte en la sílaba —*tén*— y debido a su evidente desconocimiento cultural. Además, este sirviente negro habla con pronunciación dialectal (o *slang*) propia de los negros norteamericanos. La reproducimos aquí como sociolecto coloquial español del sur de la península.

26. Palabra que en francés significa 'modales toscos'.

27. Aquí hace el autor un juego de palabras con la expresión *eye left*, que puede tener dos sentidos: «ojo izquierdo» y «ojo que da».

28. En la Antigüedad clásica, figuras ebrias que aparecen en el festival en honor a Baco, dios griego del vino.

29. En francés, sistema de peso que tiene como medidas estándar la onza, la libra y la tonelada, en contraste con el sistema métrico. Las 350 libras equivalen a unos 160 kilogramos.

30. Un pigmento de color azulado.

31. Corsario inglés del siglo xvii muy conocido. El autor hace un juego de palabras, puesto que la palabra inglesa *kid* significa «cabrito».

32. Línea media en el horizonte entre el Norte y el Nordeste.

33. Bessop se asemeja a *bishop*, que en inglés significa «obispo».

34. Poe juega aquí con el significado ambiguo, de tipo metonímico, de la palabra *glass*: cristal o vidrio; instrumento para mirar que es de vidrio (gafas, catalejo); vaso de vidrio.

Notas y actividades

Notas

Con este relato se presentó Poe a un premio literario de 100 dólares ofrecido por el periódico de Filadelfia *Dollar Newspaper*, y lo ganó. El tema tenía su interés: por una parte, la aventura romántica en busca de un tesoro perdido, como ocurría en ese género bien conocido de la piratería de la Costa Este americana; por otra parte, estaba el aliciente de la lógica deductiva y analítica en los criptogramas y jeroglíficos, de la descodificación de los signos, propio de las novelas detectivescas. William Legrand es el protagonista, un solitario típico de Poe, que con su ingenio racional y matemático, nada emotivo, logra desvelar el misterio del enigma cifrado. El escenario es harto conocido para Poe, pues estuvo en la milicia en un fuerte muy cercano a la isla de Sullivan. El criado negro, Júpiter (Jup), acapara también la atención del lector, porque le otorga al relato características locales con su fuerza expresiva dialectal y realista. El cuento tuvo un éxito rotundo y fue publicado en numerosas revistas de la época. Llegó Poe incluso a pedir a los lectores que le enviaran jeroglíficos y mensajes cifrados para poder descifrarlos. Este cuento tuvo un lector escocés muy aventajado, R. L. Stevenson, que publicó años después su obra *La isla del tesoro*.

Actividades

1.
Resume el argumento del relato.
2.
Sitúa en un mapa la acción del relato.
3.
Define física y psicológicamente a los personajes del relato: Legrand, Jupiter.
4.
Transforma el escarabajo en el dibujo de una calavera. Hazlo en unos cuantos pasos.
5.
¿Qué encontraron exactamente en el hoyo?
6.
Sigue los pasos de Legrand para descifrar el mensaje.
7.
¿Has intentado alguna vez descifrar el código de un jeroglífico popular de los que aparecen en revistas o libros de juegos? Trata de ejercitar tu capacidad de deducción lógica.
8.
Júpiter habla el dialecto de los negros americanos, entonces aún esclavos o manumitidos (liberados) recientemente por sus amos. ¿Has oído a alguien hablar en el dialecto local de tu tierra? ¿Sabrías «escribir» algunas frases de ese sujeto reflejando su forma de «hablar»?
9.
Aquí aparecen los *scarabeau* con su nombre latino científico. Busca en un diccionario el nombre científico en latín de animales corrientes que conozcas (*canis lupus*, por ejemplo). A menudo nos cuentan características del propio animal.

5. El corazón delator

¡Cierto! Soy nervioso, muy, terriblemente nervioso; siempre lo he sido y lo sigo siendo. Pero ¿por qué os empeñáis en decir que estoy loco? La enfermedad había aguzado —que no destruido ni embotado— mis sentidos. Era, sobre todo, el sentido del oído el que era agudo. Oía todo lo habido y por haber en el cielo y en la tierra. Hasta oía muchas cosas del infierno. ¿Cómo, pues, voy a estar loco? Poned atención y observar con qué cordura, con qué serenidad os voy a relatar toda esta historia.

Es imposible decir cómo me entró esta idea por vez primera en la mente, pero una vez que la concebí, me persiguió con obsesión día y noche. Causa realmente no existía, ni tampoco la menor pasión. Yo quería a ese viejo. Nunca me había tratado mal; nunca me había insultado tampoco. Su oro no lo deseaba. ¡Creo que fue su ojo! Sí, ¡eso fue! Tenía el ojo de un buitre,[35] un ojo azul pálido cubierto con una tenue nube. Siempre que se fijaba en mí, se me helaba la sangre. Así que poco a poco, muy gradualmente, decidí quitarle la vida al viejo, y de esta manera librarme del ojo de una vez por todas.

Pues bien, esta es la cuestión. Me tenéis por loco, cuando los locos no razonan en absoluto. Pero deberíais haberme visto *a mí*. ¡Deberíais haber visto cuán sensatamente obré, con qué precaución, con qué previsión, con qué disimulo me puse a llevar a cabo mi plan. Nunca me había portado con tanta amabilidad hacia el viejo como durante toda la semana anterior a mi crimen. Y todas las noches, a eso de las doce, yo giraba el picaporte de su puerta y la abría ¡oh, con qué cautela! Y después, cuando había hecho un hueco suficiente para pasar la cabeza, metía una linterna sorda, toda tapada, tapada para que no saliera ni un solo rayo, y luego metía la cabeza. ¡Oh! ¡Os habríais reído de ver con qué maña la metí! La moví despacio, muy, muy despacio, de forma que no le turbara el sueño al viejo. Me llevó una hora colocar toda la cabeza dentro de la abertura, lo suficiente para poder verlo tendido en la cama. ¡Ja! Ya quisiera un loco haber sido tan prudente. Y después, cuando mi

cabeza estaba ya bien dentro de la alcoba abrí la linterna con cautela; con cautela (porque las bisagras chirriaban) la abrí lo justo para que un solo tenue rayo de luz iluminara su ojo de buitre. Y esto lo volví a hacer durante siete largas noches, justo a medianoche, pero encontraba siempre su ojo cerrado, así que no era posible llevar a cabo mis planes, porque no era precisamente el viejo quien me irritaba, sino su Ojo Malvado. Y todas las mañanas, al despuntar el día, entraba resuelto en su alcoba y le hablaba con naturalidad, llamándole por su nombre en tono cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya veis, pues, que tendría que haber sido un viejo muy sagaz, desde luego, para sospechar que todas las noches, justo a las doce, yo le observaba mientras dormía.

A la octava noche fui más cauto que de costumbre al abrir la puerta. Hasta el minutero de un reloj se movía más rápido que mi mano. Nunca hasta esa noche había yo *sentido* el alcance de mis poderes, de mi sagacidad. A duras penas podía reprimir mi sensación de triunfo. Pensar que yo estaba allí, entreabriendo la puerta, muy, muy lentamente, y que él ni siquiera soñaba con mis actos ni pensamientos secretos. Se me escapó la risa ante tal idea y tal vez me oyó, porque de pronto se revolvió en la cama, como sobresaltado. Vais a pensar ahora que me retiré; pues nada de eso. Su alcoba estaba negra cual boca de lobo por la oscuridad, ya que los postigos estaban bien cerrados por miedo a los ladrones. Por eso sabía yo que él no podía ver la abertura de la puerta, de modo que continué empujándola, muy despacio, poquito a poco.

Tenía ya metida la cabeza y estaba a punto de abrir la linterna, cuando mi dedo pulgar se resbaló sobre el cierre de metal y el viejo se incorporó de un salto en la cama gritando:

—¿Quién anda ahí?

Me quedé muy quieto y no dije nada. Durante toda una hora no moví ni un solo músculo, y en todo ese tiempo no lo oí volver a acostarse. Seguía aún sentado en la cama escuchando, igual que había hecho yo, una noche tras otra, oyendo las carcomas en la pared.

De pronto oí un débil gemido y pensé que era un gemido debido al terror mortal. No era fruto del dolor o de la angustia —¡oh, no!—, sino el sonido ahogado, tenue, que surge del fondo del alma abrumada por el espanto. Lo conocía bien. Muchas noches, justo a medianoche, cuando todo el mundo dormía, había surgido de mi propio pecho, con lo que acentuaban con su espantoso eco los terrores que me enajenaban. Reitero que lo conocía bien. Sabía lo que sentía el viejo y me compadecía de él, aunque en el fondo me diera la risa. Sabía que había

seguido despierto desde el primer leve ruido en que se revolvió en la cama. Desde entonces los temores que albergaba habían ido en continuo aumento. Había tratado de imaginar que aquel ruido era casual, pero era en vano. Se había estado diciendo: «No es más que el viento en la chimenea; es solo un ratón cruzando la habitación», o «no es sino un grillo que ha emitido un solo chirrido». Sí, había intentado calmar su ánimo con estas suposiciones, pero todas resultaron vanas. *Todo en vano*, porque la Muerte, al acercársele, había acechado ante él con su negra sombra, y envolvía a la víctima. Y fue la fúnebre influencia de la sombra invisible la que le hizo *sentir* —por más que nada viera ni oyera— la presencia de mi cabeza dentro de su alcoba.

Tras haber esperado largo rato y con mucha paciencia, sin oírle acostarse de nuevo, decidí abrir una pequeña, muy pequeña rendija en la linterna. Así que la abrí —no os imagináis con qué cautela y sigilo— hasta que, al fin, un simple y débil rayo de luz, como un hilo de telaraña, salió disparado de la rendija y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Este estaba abierto, muy, muy abierto, y me puse furioso al mirarlo. Lo vi con perfecta claridad, todo de un azul desvaído, cubierto por un repugnante velo que me heló la misma médula espinal. Nada más pude ver, sin embargo, de la cara o del resto de la persona del viejo, pues había dirigido el rayo como por instinto precisamente sobre el maldito punto.

¿No os he dicho que lo que confundís por locura no es sino una exacerbación de los sentidos? Pues dejadme deciros que a mis oídos llegó un sonido débil, sordo y rápido como el que hiciera un reloj envuelto en algodón. Conocía ese sonido bien. Eran los latidos del corazón del viejo. Esto me irritó aún más, del mismo modo que el redoblar de los tambores espolea el valor de un soldado.

Pero incluso entonces me contuve y seguí quieto. Apenas respiraba. Mantenía la linterna inmóvil. Probé a ver con cuánta firmeza podía mantener el rayo sobre el ojo. Mientras tanto aumentaba el horrible latido del corazón. Se iba acelerando cada vez más y se oía cada vez más y más alto. ¡El terror del viejo *debía* de ser enorme! ¡El sonido crecía cada vez más, cada vez más! Me habéis oído bien cuando os dije que yo era nervioso. Y lo soy. Y entonces, en las horas quedas de la noche, en medio del silencio pavoroso de aquella casa, tan extraño ruido me infundía un terror incontrolable. No obstante, durante unos minutos más me contuve y me quedé inmóvil. Pero ¡el ruido de los latidos no cesaba de crecer y crecer! Creí que el corazón me iba a estallar. Y ahora me

atenazaba un nuevo miedo: ¡aquel sonido lo oiría algún vecino! Pero ¡al viejo le había llegado su última hora! Profiriendo un estridente grito, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. Él dio un grito, uno tan solo. En un instante lo arrojé al suelo y le eché toda la pesada cama encima. Sonreí entonces con satisfacción por haber hecho lo que me había propuesto. Pero durante varios minutos siguió aún latiendo aquel corazón con latidos sordos. Sin embargo, esto ya no me enojaba, pues no se oiría a través de la pared. Finalmente se paró. El viejo estaba muerto. Le quité de encima la cama y observé el cadáver. Sí, no había duda, estaba muerto, bien muerto. Le puse la mano sobre el corazón durante unos cuantos minutos. No tenía pulsaciones. Había palmado. Su ojo ya no volvería a atormentarme.

Si aún me tenéis por loco, no vais a pensar así cuando os describa las sabias precauciones que me tomé para esconder el cadáver. La noche estaba tocando a su fin y trabajé a toda prisa, pero en silencio. Lo primero que hice fue desmembrar el cuerpo. Le corté la cabeza, los brazos y las piernas.

Después desclavé tres tablas del suelo de la habitación y coloqué todo entre los escantillones de madera. Luego volví a colocar las tablas con tanta maña y tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el *suyo*— podría haber detectado nada anormal. No había nada que limpiar: ninguna clase de mancha, ninguna señal de sangre. De eso ya me había ocupado yo. Todo había ido directo a la bañera. ¡Ja, ja!

Cuando acabé con toda esta tarea eran ya las cuatro según el reloj. Todavía estaba oscuro como a medianoche. Cuando el reloj dio la hora, se oyeron toques en la puerta de la calle. Bajé a abrir sin ninguna preocupación, porque ¿qué tenía yo que temer ya? Entraron tres hombres, que se presentaron con exquisita cortesía como agentes de policía. Al parecer, un vecino había oído un grito durante la noche y, habiéndole asaltado la sospecha de algo malo, había informado de ello a la policía, y a ellos (a los agentes) les habían ordenado practicar un registro en las viviendas.

Yo sonreí, porque ¿*qué* tenía que temer? Les recibí con un saludo. El grito —les dije— lo había dado yo en sueños. Les expliqué que el viejo se hallaba de viaje en el campo. Les llevé por toda la casa y les sugerí que registraran, que lo hicieran *bien*. Al fin les conduje hasta su habitación. Les enseñé sus alhajas, bien guardadas, sin tocar. En el colmo de la confianza traje sillas a la habitación y les rogué que se tomaran un descanso *allí* de su trabajo, mientras yo, movido por la insensata osadía de mi propio triunfo, colocaba mi propia silla sobre el

lugar mismo debajo del cual reposaba el cadáver de la víctima.

Los agentes quedaron satisfechos. Les había convencido mi actitud. Yo me sentía especialmente a gusto, mientras ellos, sentados, hablaban de cosas triviales y yo les respondía en tono jovial. Pero al poco rato, comencé a sentir mareos y a desear que se marcharan. Me dolía la cabeza y sentí que me zumbaban los oídos. Sin embargo, ellos siguieron allí sentados charlando. El zumbido se acentuó aún más; no cesaba y se acentuaba cada vez más: yo hablaba más desenvuelto para liberarme de esa sensación, pero persistía y se hacía más precisa, hasta que, al fin, descubrí que el ruido no estaba dentro de mis oídos.

No me cabe la menor duda de que entonces me puse muy pálido, pero hablaba con más fluidez y en tono más alto. Sin embargo, el sonido se incrementaba, pero ¿qué podía hacer yo? *Era un sonido apagado, sordo, vivo, similar al sonido que produce un reloj envuelto en algodón*. Yo jadeaba. Sin embargo, los agentes no lo percibían. Hablé más deprisa, con más vehemencia, pero el ruido crecía sin cesar. Me levanté y hablé de banalidades en tono alto y haciendo gestos muy nerviosos. Pero el ruido crecía incesantemente. ¿Por qué no se *irían*? Comencé a andar de un lado para otro a grandes pasos, como enfurecido por los comentarios de los hombres, pero el ruido crecía incesantemente. ¡Oh, Dios!, ¿qué *podía* hacer yo? ¡Eché espumarajos de rabia, deliré, juré! Balanceaba la silla en la que estaba sentado y la hacía chirriar contra el suelo, pero el ruido superaba todo y crecía continuamente. ¡Se oía más alto, más alto, *más alto*! Y los hombres seguían charlando tan tranquilos y sonreían. ¿Sería posible que no oyeran nada? ¡Dios Todopoderoso! ¡No, no! ¡Sí estaban oyendo! ¡Sospechaban! ¡Lo *sabían*! ¡Se estaban burlando de mi espanto! Esto es lo que pensé yo y aún lo pienso. ¡Se estaban burlando de mi terror! Eso pensaba y eso pienso. ¡Pero cualquier cosa se hacía más soportable que esa agonía! ¡No podía tolerar por más tiempo aquellas sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir! Y ahora ¡otra vez!, ¡escuchad!, ¡más alto!, ¡más alto!, ¡más alto!, ¡*más alto*!

—¡Miserables! —les grité—. ¡No finjáis más! ¡Lo confieso todo! ¡Arrancad las tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Es el latido de su odioso corazón!

35. Poe utilizó esta ave como símbolo de cualidades del subconsciente humano, siniestras, ocultas y malignas. Véase su poema «The Raven» («El cuervo»).

Notas y actividades

Notas

Este relato escalofriante fue publicado en la revista *The Pioneer* en 1843. Comienza como un diálogo con interlocutores a los que el autor quiere convencer de que no está loco, y así persiste a lo largo del cuento, tratando de probar que razona como alguien muy cuerdo y lógico. El autor y fabulador se empapa de la mentalidad perversa y criminal del propio narrador implicado, y llega a apropiarse de sus propios sentimientos malvados. Como en el caso de «El gato negro», se trata del crimen perfecto, en el que la mente trastornada del narrador desea la muerte de un viejo al que quería, pero que poseía un elemento odioso, que llegó a ser una obsesión (otra vez el complejo paranoico de persecución): el ojo de buitre que lo escrutaba. El sujeto se convierte en un frío asesino calculador que descuartiza al anciano y lo esconde, con lo que pretende burlar a la policía. Pero la víctima se venga en la psique débil del asesino, que le acusa del crimen horrendo, ya que no soporta el latido del corazón de su víctima en presencia de la policía.

En el estilo de escribir, como en otros cuentos de Poe, hay que subrayar el recurso a numerosos incisos, mediante guiones o comas, que indican que el narrador siente ansiedad, habla entrecortado, está embargado por la emoción o el nerviosismo. El efecto poético de esta licencia tiene un gran efecto emocional en el lector.

Actividades

1.
Resume el contenido del relato. ¿Qué ocurre?
2.
El narrador dice que es nervioso. ¿Cómo lo notas por la forma de expresarse?
3.
¿Cuál era la conducta del viejo con respecto al protagonista? ¿Se modifica en algo desde el inicio al final del cuento? ¿Existe alguna desconfianza, lo estima, le es indiferente?
4.
Al final del relato, nota el uso de la exclamación y la repetición para dar un efecto de suspenso, intriga u horror a las frases. Prueba a leer en voz alta algunos párrafos, sobre todo los últimos, para que veas qué relación tiene con la voz la forma en que está escrito el relato.
5.
¿Hay animales que tienen ojos inquietantes o aterradores, o piensas que es una simple invención del autor del relato? ¿Has visto los de un buitre o un cuervo en el zoo?
6.
¿Qué animales te causan más pavor por su apariencia o por su mirada? Haz una lista de más a menos, teniendo en cuenta que muchos animales muy feroces, como el tigre, dan impresión de elegancia y no de pavor, tal vez porque no representan un peligro diario. Trata de describir cuál es la causa de ese miedo: sus garras, sus colmillos, sus ojos, etc.

6. La carta robada

Nil sapientiae odiosius acumine nimio.[36]

Séneca

Ocurrió en París una tarde de un ventoso día de otoño de 18…, algo después de anochecer. Yo estaba disfrutando de un doble placer, el de meditar y el de fumar una pipa de espuma en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin en su pequeña biblioteca retirada, o estudio-librería, sito en la calle Dunot, 33, *tercer piso*, en Faubourg St. Germain. Por lo menos durante una hora habíamos guardado un profundo silencio, aunque cada uno, a los ojos de cualquier observador casual, había estado ocupado de forma deliberada y exclusiva en contemplar las volutas de humo que viciaban el ambiente de la habitación. Por mi parte, sin embargo, yo estaba repasando mentalmente ciertos temas que habían sido objeto de nuestra conversación aquella misma tarde. Me refiero al caso de la calle Morgue y el misterio alrededor del asesinato de Marie Roget. Consideré que fue, por lo tanto, una pura coincidencia cuando la puerta de la estancia se abrió y apareció nuestro viejo conocido *monsieur* G., prefecto de la policía de París.

Le dimos una cordial bienvenida, ya que, aparte de que su carácter tuviera casi tanto de divertido como de despreciable, llevábamos ya varios años sin verlo. Como habíamos estado sentados en la penumbra, Dupin se levantó con el fin de encender una lámpara, pero se volvió a sentar sin encenderla, al decir G. que venía a consultarnos, o mejor dicho, a conocer la opinión de mi amigo sobre un asunto oficial que había ocasionado no pocos problemas.

—Si se trata de un asunto que requiere reflexión —comentó Dupin, reacio a prender la mecha—, mejor será que lo hablemos a oscuras.

—Esa es otra de sus extrañas ideas —dijo el prefecto, que tenía la manía de llamar «extraño» a todo lo que no alcanzaba a entender, y por ello vivía rodeado de una enorme multitud de «extrañezas».

—Muy cierto —replicó Dupin, al tiempo que le ofrecía al visitante

una pipa y le acercaba una cómoda silla.

—¿Y de qué problema se trata ahora? —pregunté—. Nada que ver con asuntos de crímenes, espero.

—¡Oh, no!, nada de eso. El hecho es que, la verdad, el asunto es muy sencillo y no me cabe duda de que podemos resolverlo perfectamente nosotros mismos. Pero luego pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles del caso, porque es algo realmente *extraño*.

—Sencillo y extraño —añadió Dupin.

—Pues, sí; pero tampoco eso exactamente. El hecho es que nos ha tenido a todos bastante perplejos porque el asunto es tan sencillo y, sin embargo, nos desconcierta.

—Tal vez es la misma sencillez de la cuestión lo que les confunde —dijo mi amigo.

—¡Qué tonterías dice usted! —replicó el prefecto, echando una risotada.

—Quizá el misterio es un tanto *demasiado* sencillo —añadió Dupin.

—¡Oh, cielo santo! ¿A quién se le ocurre idea tan peregrina?

—Un tanto *demasiado* evidente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! —se carcajeó nuestro visitante, muy divertido. —¡Oh, Dupin!, vas a conseguir que me muera de risa.

—¿Y cuál *es*, en definitiva, el asunto ese? —pregunté yo.

—Pues, os lo voy a contar —replicó el prefecto, mientras daba a su pipa una calada larga, continuada y contemplativa, a la vez que se acomodaba en su sillón—. Os lo voy a contar en pocas palabras, pero antes de empezar, dejadme advertiros que este es un asunto que exige la máxima discreción, hasta el punto de que yo probablemente perdería el puesto que ahora desempeño si se supiera que yo lo he confiado a alguien.

—Pues proceda —dije yo.

—O no lo haga —añadió Dupin.

—Pues bien, he recibido información confidencial de altas esferas de que cierto documento de la máxima importancia ha sido sustraído de las estancias reales. El individuo que lo ha hecho es conocido, esto está fuera de toda duda, porque se le ha visto cogiéndolo. Se sabe también que aún lo tiene en posesión suya.

—¿Y eso cómo se sabe? —preguntó Dupin.

—Claramente —replicó el prefecto— se deduce por la naturaleza misma del documento y porque no se han producido determinados hechos que se habrían producido de haber dejado de estar en posesión del ladrón; es decir, que se deduce del uso para el que él ha planeado

usarlo en última instancia.

—¿Podía ser algo más explícito? —pregunté yo.

—Bueno, podía ya adelantar que tal papel otorga a su poseedor cierto poder en determinadas esferas en las que ese poder es inmensamente valioso.

El prefecto era muy proclive a hablar en jerga diplomática.

—Todavía sigo sin entenderle a usted —dijo Dupin.

—¿No? Pues bien, descubrir ese documento a una tercera persona, cuyo nombre no debo revelar, pondría en cuestión el honor de un personaje de muy elevado rango. Y este hecho concede al poseedor del documento un poder sobre el ilustre personaje cuyo honor y tranquilidad están corriendo un serio peligro.

—Pero tal poder —repuse yo— ¿dependería de que el ladrón supiera que la víctima del robo le reconozca como el ladrón? ¿Quién se atrevería a…?

—El ladrón —repuso G.— no es sino el ministro D., que se atreve a todo, tanto si es un acto digno como uno indigno de un hombre. La estrategia para realizar el robo fue tan ingeniosa como osada. El documento en cuestión —una carta, para hablar claro— lo había recibido el personaje víctima del robo cuando se hallaba sola en el *boudoir* real. Cuando estaba ella hojeándola, la interrumpió de repente la entrada de este exaltado personaje a quien ella, de manera especial, quería esconder la misiva. Tras un apresurado y vano intento de meterla en un cajón, ella se vio obligada a colocarla abierta, tal como estaba, sobre la mesa. La dirección, no obstante, estaba en la parte de arriba, por lo que el contenido no estaba a la vista y la carta pasó desapercibida. En ese preciso instante entra el ministro D. Sus ojos de lince perciben de inmediato la misiva, reconoce la caligrafía de la dirección, observa la confusión del personaje a quien iba dirigida, y ahonda en su secreto. Después de tratar los asuntos con el estilo apresurado que solía, saca él una carta algo parecida a la mencionada, la abre, finge leerla y luego la coloca pegada a la otra. Volvió retomar a la conversación sobre asuntos públicos durante unos quince minutos. Por fin, al despedirse, recoge también de la mesa la carta que no le pertenecía. Su verdadera propietaria lo vio, pero, claro está, no se atrevió a llamar la atención sobre este hecho, debido a la presencia de un tercer personaje que se hallaba a su lado mismo. El ministro abandonó el lugar y dejó previamente su propia carta, que carecía de importancia, sobre la mesa.

—He aquí —me dijo Dupin— precisamente lo que usted pedía para

entender cuál es ese poder: el conocimiento del ladrón de que la persona robada conoce al ladrón.

—Así es —replicó el prefecto— y el poder así alcanzado se ha ejercido con fines políticos y hasta extremos muy peligrosos durante estos últimos meses. La persona robada está cada día más convencida de la necesidad de recobrar su carta. Pero tal cosa, por supuesto, no se puede hacer a las claras. Desesperada ya y como último recurso, me ha confiado el asunto.

—Quién mejor —dijo Dupin envuelto en una verdadera espiral de humo—. Ningún agente tan sagaz, creo, se podría desear ni siquiera imaginar.

—Me halaga usted —replicó el prefecto—, pero puede que se haya barajado una opinión tal.

—Como usted ha observado —dije yo— es evidente que la carta está aún en poder del ministro, ya que es justamente esta posesión y no el uso que se pudiera dar a la carta lo que le otorga el poder. Si se hiciera uso de ella, dejaría de tener poder.

—Cierto —dijo G.— Y sobre esta hipótesis he trabajado. Mi primer objetivo fue hacer un minucioso registro en la residencia del ministro, y mi principal preocupación residía en la necesidad de realizar esta investigación sin su conocimiento. Por encima de todo, se me advirtió del peligro que significaría darle razones para sospechar de nuestro plan.

—Pero —repuse yo— usted está muy «avezado» en este tipo de investigaciones. La policía de París ha hecho a menudo estas cosas antes.

—Por supuesto, y por esa razón no me desesperé. Los hábitos rutinarios del ministro me proporcionaron también una gran ventaja. Con frecuencia se ausenta toda la noche de su casa. Sus criados no son numerosos, y duermen a bastante distancia de las habitaciones de su amo, y, como se trata de napolitanos en su mayoría, no es difícil emborracharlos. Poseo llaves, como sabrá usted, con las que abro cualquier habitación o archivo personal de París. No ha pasado una sola noche sin que yo, personalmente, no me haya dedicado durante horas a registrar concienzudamente la Residencia de D. Mi honor está en juego y, para referirles un gran secreto, la recompensa es significativa. Así que no abandoné la investigación hasta que me quedé convencido totalmente de que el ladrón era mucho más astuto que yo mismo. Creo que he investigado rincón por rincón del inmueble, en los que cabría la posibilidad de que estuviera ese papel escondido.

—Pero ¿no es posible —sugerí— que aunque la carta se halle en

poder del ministro, como sin duda ocurre, él la haya ocultado en cualquier otro sitio que no sea su propia vivienda?

—Eso no lo creo posible —dijo Dupin—. La especial situación actual de los asuntos de residencia y, más en concreto, de esas intrigas en las que se sabe que está involucrado D. haría de la inmediata entrega del documento (es decir, del hecho de que sea susceptible de presentarse en un momento dado) algo que es en sí casi tan importante como la posesión misma de él.

—¿El hecho de que se pueda presentar?

—De que se *destruya* —dijo Dupin.

—Tiene razón —comenté yo—, el papel debe de estar sin duda en su vivienda. Y en cuanto a estar escondido en la persona del ministro, debemos descartar tal conjetura.

—Por completo —dijo el prefecto—. Ha sido atracado dos veces por vulgares ladronzuelos, y su persona está rigurosamente registrada bajo mi propia inspección.

—Podía haberse usted ahorrado las molestias —dijo Dupin—. Según creo, D. no es en absoluto tonto y, por ende, debía haber previsto estos atracos, como cabría esperarse.

—No, no es en *absoluto* tonto —replicó G.—, pero es, en cambio, poeta, lo cual yo considero estar a un paso de ser tonto.

—Cierto —dijo Dupin, tras una larga y meditativa calada a su pipa de espuma, —aunque me acuso yo también de haber compuesto poesía de ínfima calidad.

—¿Y qué tal —pregunté yo— si nos ofrece datos concretos de su investigación?

—Pues, el hecho es que llevamos despacio la operación y registramos *por doquier*. Tengo años de experiencia en estas cosas. Busqué en todo el edificio, sala por sala; dediqué a cada una las noches de toda una semana. Examinamos, primero, los muebles de cada estancia. Abrimos todos y cada uno de los cajones. Supongo que saben que, para un agente policial bien entrenado, un cajón *secreto* es algo que no es concebible. Quien permita escapar un cajón «secreto» en una pesquisa de esta naturaleza es un imbécil. La cuestión es muy sencilla. Existe una cantidad concreta de volumen, es decir, de espacio, que hay que justificar en cada escritorio con cajonería. Después tenemos normas muy precisas. Ni siquiera nos pasaría inadvertida la quincuagésima parte de una línea. Tras los escritorios de cajones comenzamos con las sillas. Sondeamos los almohadones con las agujas finas y largas que me ha visto emplear. Desmontamos las tapas superiores de las mesas.

—¿Con qué fin?

—A veces quien desea ocultar algún objeto desmonta la tapa de una mesa u otro mueble fabricado de forma parecida, después se perfora una pata y se deposita en el hueco el objeto, volviendo luego a colocar la tapa. También se usan de manera semejante la parte inferior y superior de los cuatro postes de la cama.

—¿Y no podría detectarse por el sonido esa oquedad? —pregunté yo.

—En absoluto, siempre y cuando haya suficiente relleno de algodón alrededor del objeto colocado allí. Además, en este caso concreto, nos vimos obligados a operar con gran sigilo.

—Pero ustedes no pueden haber deshecho, no pueden haber desmontado pieza por pieza todos y cada uno de los muebles que podría haber servido de escondrijo tal como usted lo cuenta. Una carta puede apretarse a un fino rollo espiral, cuya forma y volumen sería semejante a una aguja grande de hacer ganchillo, y de esta manera podría insertarse, por ejemplo, en el fino barrote del respaldo una silla. ¿No desmontaron todas las sillas?

—Por supuesto que no. Pero hicimos algo mejor aún. Examinamos los barrotes del respaldo de cada una de las sillas de su residencia, y, por descontado, las juntas de todo tipo de mueble, con la ayuda de un potente microscopio. Si hubiera habido rastros en ellos de una reciente manipulación, no se nos habrían escapado sin ser detectados al momento. Una sola mota de serrín, por ejemplo, se habría hecho tan patente como una manzana. Cualquier anormalidad en el encolado, cualquier rendija en las juntas hubiera bastado para ser detectada sin dificultad.

—Supongo que examinarían ustedes los espejos, los plateros y posavasos, y que habrán registrado las camas y la ropa de cama, así como las cortinas y las alfombras.

—Ni lo dude. Y una vez concluimos con cada milímetro de mueble, examinamos entonces la casa misma. Dividimos su superficie total en zonas que numeramos, de modo que no nos quedara ninguna sin mirar. Luego registramos todo el edificio pulgada por pulgada, incluidas las dos casas anejas, con microscopio, tal como habíamos procedido antes.

—¡Las dos casas anejas! —exclamé yo—. Han debido ustedes de realizar un enorme esfuerzo.

—En efecto, pero la recompensa ofrecida es fabulosa.

—¿Ha incluido también los *terrenos* adyacentes?

—Los alrededores están pavimentados con ladrillo. Nos dieron en comparación poco trabajo. Examinamos el musgo que crece entre los

ladrillos y comprobamos que no lo habían tocado.

—Supongo que habrán mirado, por supuesto, los papeles de D. y entre los libros de la biblioteca.

—Naturalmente. Abrimos una por una cada caja y cada paquete, y no solo fuimos abriendo libro por libro, sino que hojeamos las páginas de cada volumen; no nos contentamos solo con sacudirlos, como suele ser costumbre entre algunos de nuestros oficiales de policía. También medimos el grosor de cada cubierta de libro con las más exactas mediciones al efecto y aplicamos a cada una el escrutinio más escrupuloso del microscopio. De haber sido manipulada cualquiera de esas encuadernaciones, habría sido completamente imposible que se hubiera escapado a nuestra observación. Unos cinco o seis volúmenes, recién entregados por el encuadernador, fueron inspeccionados con sumo cuidado, longitudinalmente, con agujas.

—¿Exploraron ustedes la solería bajo las alfombras?

—Sin duda alguna. Retiramos todas las alfombras y examinamos el entarimado con el microscopio.

—¿Y el papel pintado de las paredes?

—También.

—¿Registraron los sótanos?

—Lo hicimos.

—Entonces —dije yo—, ha cometido un error de cálculo, ya que la carta no se halla en el edificio, como usted suponía.

—Me temo que tiene usted razón —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconseja usted que haga?

—Pues volver a hacer un registro completo del edificio.

—Eso es totalmente innecesario —replicó G.— Tengo la completa seguridad, como que estoy aquí ahora, de que la carta *no* se halla en el edificio.

—Pues no sé qué otra cosa aconsejarle —dijo Dupin—. Supongo que tendrá usted una descripción exacta de la carta.

—¡Por supuesto! Entonces el prefecto, sacando un cuaderno de notas, se puso a leer en voz alta una minuciosa descripción del aspecto interior y sobre todo del exterior del documento desaparecido. Poco después de acabar la lectura de la descripción se despidió con tal depresión de ánimo como jamás había percibido en este buen caballero.

Transcurrido un mes aproximadamente, nos volvió a hacer otra visita y de nuevo nos encontró ocupados con más o menos lo mismo que la vez anterior. Aceptó una pipa y un sillón para entrar en una conversación trivial. Así que acabé yo diciendo:

—Y bien, señor G., ¿qué se sabe de la carta robada? Supongo que al final se ha convencido de que es imposible ganarle al ministro.

—¡Maldito sea él! ¡Sí! Volví a realizar el registro, no obstante, tal como Dupin me aconsejara, pero todo fue trabajo en vano, como yo me temía.

—¿Cuál era la cantidad de la recompensa ofrecida, decía usted? —preguntó Dupin.

—¡Ah!, pues una buena cantidad, una recompensa muy generosa; no quisiera decir cuánto, precisamente. Pero *diré* una cosa: que daría gustoso un cheque personal por cincuenta mil francos a quienquiera que me traiga esa carta. El hecho es que, a medida que pasa el tiempo, va adquiriendo cada vez más importancia y se ha duplicado la recompensa en los últimos días. Pero aun si se triplicase, yo no podría hacer más de lo que he hecho.

—¡Oh, sí! —dijo Dupin, pensativo, entre bocanada y bocanada de la pipa—. Realmente creo, G., que no se ha empleado a fondo en este asunto. Sin duda, podría usted hacer un poco más, creo ¿no?

—¿Cómo? ¿De qué forma?

—Pues… paf, paf… usted podría… paf, paf… pedir consejo sobre ello, ¿no?… paf, paf, paf. ¿Recuerda usted la historia que cuentan de Abernethy?[37]

—No, ¡maldito Abernethy!

—Pues, que sea maldito vale, pero escuche: en cierta ocasión un rico avaro decidió sonsacar al tal Abernethy un diagnóstico médico. Al entablar, con tal objeto, una conversación normal en privado, insinuó su propio caso a este médico como si se tratara de una persona imaginaria: «Vamos a suponer —dijo el avaro— que sus síntomas eran tales y cuales. Entonces, doctor, ¿qué le mandaría usted tomar?» «¿Tomar? —repuso Abernethy—, pues tomar consejo médico, claro está».

—Pero —dijo el prefecto, un tanto turbado —estoy dispuesto a recibir consejo muy gustoso y a pagar por ello. Daría, *de hecho*, cincuenta mil francos a quienquiera que me ayude a resolver el asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando un talonario de cheques— puede ir usted rellenándome un cheque por la mencionada cantidad. Una vez que lo rellene, le entregaré la carta.

Me quedé perplejo. El prefecto estaba como paralizado por un rayo. Permaneció mudo durante unos minutos y sin moverse, mirando incrédulo a mi amigo con la boca abierta y con unos ojos que parecían salírsele de las órbitas. Después, recobrándose algo, cogió la pluma y, tras varias pausas y miradas perdidas, rellenó y firmó al fin un cheque

de cincuenta mil francos y se lo tendió a Dupin por encima de la mesa. Este lo examinó con atención y lo colocó en su libreta de bolsillo. Después, abriendo con llave el escritorio, sacó de él una carta y se la entregó al prefecto. El funcionario la cogió en un auténtico delirio de alegría, la abrió con manos temblorosas, echó una rápida ojeada al contenido y luego, buscando alterado y nervioso la puerta, salió al fin precipitadamente de la habitación y de la casa sin despedirse, no habiendo proferido una sola palabra desde que Dupin le pidiera que le rellenara el cheque.

Una vez se hubo alejado, mi amigo se puso a dar explicaciones.

—La policía parisina —dijo— es sumamente eficiente a su manera. Es constante, ingeniosa, perspicaz y perfectamente preparada en los conocimientos fundamentales que sus deberes le exigen. Así, cuando G. nos refirió con detalle su sistema para llevar a cabo el registro de las habitaciones de la Residencia D., tuve el convencimiento de que había hecho un trabajo de investigación satisfactorio hasta donde alcanzaban sus competencias.

—¿Hasta donde alcanzaban sus competencias? —dije yo.

—Sí —contestó Dupin—. Las medidas adoptadas no solo eran las óptimas de esa clase, sino que se llevaron a cabo escrupulosamente. De haberse ocultado la carta en su radio de acción, estos agentes la habrían encontrado, de eso no cabe la menor duda.

Yo me eché a reír, pero él parecía hablar de todo aquello en serio.

—Las medidas, entonces —continuó él—, eran adecuadas a su manera y bien ejecutadas. Su defecto residía en que no eran aplicables al caso concreto ni al individuo en cuestión. Una serie de recursos muy ingeniosos son, según el prefecto, una especie de lecho de Procusto,[38] al que forzosamente adapta sus planes, pero yerra continuamente al resultar o demasiado profundo o demasiado superficial para el asunto en cuestión. Muchos colegiales son capaces de razonar mejor que él. Conozco a uno que tiene ocho años, cuyo éxito en adivinar en el juego de «pares y nones» causó admiración general. El juego es sencillo y se juega con canicas. Uno de los jugadores guarda en la mano un número de ellas y pregunta a otro si son pares o nones. Si este lo adivina, gana una canica; si no, la pierde. El chico al que me refiero ganó todas las canicas de la escuela. Por supuesto, él seguía ciertas reglas de adivinación que se basaban en la simple observación de los hechos y la valoración de la astucia del adversario. Por ejemplo, un tonto redomado es el oponente y, mostrando la mano cerrada, pregunta: «¿son pares o nones?». Nuestro colegial responde: «nones» y pierde. Pero en el

segundo intento él gana, porque reflexiona: «el tonto puso pares en la primera tirada y su dosis de astucia es suficiente para poner nones en la segunda; por tanto, adivinaré con nones». Adivina nones y gana. Ahora bien, con otro algo menos tonto que el primero hubiera razonado así: «este muchacho ha visto que en la primera jugada he dicho nones, así que en la segunda se siente impulsado a hacer una simple variación de pares a nones, tal como hizo el primer tonto; pero luego vuelve a pensarlo y cree que esa es una variación demasiado sencilla, y decide poner pares como antes. Entonces yo adivino con pares». Y, en efecto, adivina pares y gana. Pero esta forma de razonar del colegial, a quien sus compañeros llamaban «afortunado», ¿qué es, realmente, en última instancia?

—Se trata simplemente —dije yo— de la identificación del intelecto razonador con el de su adversario.

—En efecto —contestó Dupin—, pues al preguntarle el chico de qué medios se valía para acertar con tanta seguridad, recibí la siguiente respuesta: «Cuando intento descubrir cómo de listo, o de tonto, o de bueno, o de malo, es cualquiera o cuáles son sus pensamientos en ese momento, pongo la expresión de la cara lo más parecida que puedo a la que él tiene y luego espero a ver qué pensamientos o sentimientos surgen en mi mente o mi alma, como si coincidieran con la expresión». Tal respuesta del colegial subyace a toda la espuria profundidad atribuida a Rochefoucauld, a La Bougive, a Maquiavelo y a Campanella.[39]

—Y la identificación —dije yo— del intelecto del que razona con el de su adversario depende, si le he entendido bien, de la precisión con que se evalúa el intelecto del adversario.

—Desde una óptica práctica depende de eso —replicó Dupin—. Y el prefecto y su personal fracasan tan a menudo, primero, por falta de tal identificación, y segundo, por una equivocada evaluación, o mejor, por una inexistente evaluación del intelecto con el que se enfrentan. Consideran solo sus *propias* ideas ingenuas. De modo que, al buscar algo escondido, solo se plantean de qué modo lo habrían escondido *ellos*. Tienen algo de razón en esto, es decir, en que su propia ingenuidad es una fiel representación de la que tiene la *mayoría*. Pero cuando la astucia del criminal es de naturaleza distinta a la suya, entonces este les desbarata los planes, por supuesto. Esto siempre ocurre cuando es superior a la suya y con frecuencia cuando es inferior. Ellos no varían las reglas de la investigación. A lo sumo, cuando se ven acuciados por algún caso insólito, o por una recompensa extraordinaria, amplían o

exageran sus anticuados *métodos* sin tocar los fundamentos. ¿Qué se ha hecho, por ejemplo, en el caso de D. para variar los métodos de acción? ¿Qué significan todas estas perforaciones, sondeos, análisis y exámenes con el microscopio y la división de la superficie del edificio en pulgadas cuadradas registradas? ¿Qué es todo eso sino una exageración de la *aplicación* de un principio o serie de principios de búsqueda, que están basados en una serie de conceptos referentes a la ingenuidad humana, a la que está ya ha acostumbrado el prefecto en la larga rutina de sus deberes policiales? ¿No ha advertido usted que él ha dado por supuesto que *todo* el mundo esconde una carta, no precisamente en un agujero taladrado en la pata de una silla, pero sí, al menos, en algún agujero o rincón inspirado por el mismo criterio que empujaría a alguien a ocultar una carta en un agujero taladrado en la pata de una silla? ¿Y no ve acaso que también esos escondrijos rebuscados se adaptan solo para ocasiones corrientes y que serían adoptados solo por intelectos corrientes? Porque, en todos los casos de ocultación, el hecho de disponer del objeto ocultado —una disposición de él de esta manera rebuscada— es, en primer lugar, algo presumido y presumible. Y de esta manera, su descubrimiento ya no depende tanto de la agudeza de ingenio, sino del simple cuidado, paciencia y resolución del que busca. Y si se trata de un caso importante (o bien, si la recompensa es de cierta entidad, lo cual equivale a lo mismo a los ojos de la policía), las cualidades en cuestión no parecen haberse ido al traste. Ahora podrá usted entender lo que quiero decir al sugerir que, de haber sido escondida la carta robada en un lugar accesible al registro del prefecto —dicho de otro modo, de haber caído el principio de su ocultación dentro de los límites de los principios que el prefecto maneja—, su descubrimiento habría sido un asunto fuera de toda duda. No obstante, este funcionario ha sido totalmente engañado, y las fuentes remotas de su fracaso residen en la suposición de que el ministro es un tonto por el hecho de haber adquirido renombre como poeta. Todos los tontos son poetas, eso piensa el prefecto. Y él es tan solo culpable de la suposición generalizadora de *non distributio medii*,[40] de la que se infiere que todos los poetas son tontos.

—Pero ¿en realidad se trata del poeta? —pregunté yo—. Son dos hermanos, que yo sepa, y ambos han adquirido cierto renombre en letras. El ministro, según creo, ha escrito con erudición sobre el «cálculo diferencial». Es, pues, matemático y no poeta.

—Se equivoca usted. Lo conozco bien, y es ambas cosas. Como poeta y matemático razonaría bien. Como matemático no hubiera razonado en

absoluto, y hubiera quedado a merced del prefecto.

—Me sorprende usted —dije yo— con tales opiniones, que están en franca contradicción con la opinión general. No querrá usted cargarse de un plumazo una idea madurada a través de los siglos. La razón matemática ha sido desde antaño considerada *la* razón por *excelencia*.

—*Il y a á parier* —replicó Dupin, citando a Chamfort—[41] *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*.[42] Le concedo que los matemáticos han hecho lo posible por propagar ese error popular al que usted alude, y que no deja de ser sino un equívoco por muy verdadero que se considere. Con un arte merecedor de mejor causa, por ejemplo, han propuesto el término «análisis» para su aplicación al álgebra. Los franceses son los causantes de esta particular decepción, pero si tiene importancia un término, es decir, si las palabras obtienen algún valor al ser aplicadas, entonces el «análisis» significa 'álgebra' tanto como, en latín, *ambitus* implica 'ambición'; *religio*, 'religión', o *homines honesti*, 'un conjunto de hombres honrados'.

—Veo que mantiene una polémica —dije yo— con algunos de los algebristas de París, pero continúe.

—Yo defiendo la viabilidad y, por tanto, el valor de la razón cultivada de una forma muy distinta a la promovida por la lógica abstracta. Defiendo, en concreto, la razón que dimana del estudio matemático. Las matemáticas son las ciencias de la forma y la cantidad y, por tanto, la razón matemática es la simple lógica aplicada a la observación sobre la forma y la cantidad. El gran error reside en suponer que incluso las verdades de lo que se ha dado en llamar álgebra pura son verdades abstractas o generales. Y este error es tan abultado que estoy perplejo ante la universalidad con que ha sido aceptado. Los axiomas matemáticos no son axiomas de verdades generales. Lo que es verdad acerca de la *relación* —de forma y cantidad— es, con frecuencia, una manifiesta falsedad en lo que respecta a asuntos morales, por ejemplo. En esta última citada ciencia suele ser falso que la suma de las partes sea igual al todo. En química también falla tal axioma. Falla en la consideración de los motivos, ya que dos motivos, cada uno con un valor concreto, no tienen necesariamente un valor cuando están unidos igual a la suma de los valores por separado. Hay numerosas otras verdades matemáticas que son solo verdades dentro de los límites de *relación*. Pero el matemático razona por la costumbre, a partir de sus *verdades finitas*, como si estas fueran de una aplicabilidad absolutamente general —como el vulgo en realidad imagina que son. Bryant,[43] en su erudita

obra *Mythology*, menciona una fuente análoga de error cuando dice que «aunque no creemos en las fábulas paganas, sin embargo nos olvidamos continuamente de eso y hacemos deducciones a partir de ellas como realidades existentes». Los algebristas, sin embargo, que son, en realidad, paganos, creen en las «fábulas paganas» y hacen deducciones no tanto por medio de los lapsus de la memoria, como por medio de una inexplicable confusión del cerebro. En resumen, aún no me he topado con el matemático puro que no crea a ciegas en las raíces cuadradas, o a uno que no sostuviera, en el fondo, como artículo de fe, que $x^2 + px$ no sea total e incondicionalmente igual a q. Dígale usted a uno de esos caballeros, a modo de experimento y si le place, que usted cree que puede haber circunstancias en que $x^2 + px$ no sea totalmente igual a q. Una vez le haya hecho entender lo que quiere decir, ponga pies en polvorosa cuanto antes, porque, no lo dude, intentará molerle a golpes.

—Lo que quiero decir —continuó Dupin mientras yo me reía de su último comentario— es que si el ministro no hubiera sido más que un matemático, el prefecto no hubiera tenido necesidad de darme este cheque. Yo lo conocí, sin embargo, como matemático y como poeta, y traté de ajustar mi juicio a sus facultades teniendo en cuenta las circunstancias que le rodeaban. Lo conocí también como cortesano y como avezado *intrigante*. Un hombre tal —consideré yo— tenía por fuerza que estar al corriente de los métodos de acción habituales de la policía. No podía haber dejado de prever, como han demostrado los hechos que lo hacía, los asaltos y emboscadas a que le sometieron. Debió de haber previsto, pensé yo, los registros secretos de su vivienda. Consideré sus frecuentes ausencias de casa por la noche, las cuales eran celebradas por el prefecto como colaboradoras de su éxito, tan solo como un ardid para propiciar un registro exhaustivo de la policía y así llegar a convencerles cuanto antes (convicción a la que G., de hecho, llegó finalmente) de que la carta no se encontraba en su vivienda. Asimismo, me dio la impresión de que todo este proceso de reflexión que me he esforzado en detallarle hasta ahora, referente al principio invariable de la acción policial en la búsqueda de objetos perdidos, pues bien, creí que todo este proceso necesariamente pasaría por la mente del ministro. Ello le conduciría de manera imperativa a desechar todos los rincones de escondite ordinarios. No podía ser, pensé yo, tan tonto como para no darse cuenta de que los escondrijos más extraños y remotos de su residencia serían, a los ojos, los sondeos, los taladros y los microscopios del prefecto, tan patentes como sus cajones más frecuentemente utilizados. Vi, en fin, que se vería abocado

irremediablemente a la *sencillez*, si no deliberadamente inducido a ella por elección propia. Recordará usted, quizá, con qué nerviosismo reía el prefecto cuando en nuestra primera entrevista sugerí que muy bien podría ocurrir que este misterio le estaba dando tantos quebraderos de cabeza debido al hecho de que era *muy* evidente y palmario.

—Sí —repuse yo—, recuerdo muy bien su risa. Realmente pensé que le había dado un ataque convulsivo.

—El mundo material —continuó Dupin— abunda en analogías estrechas con el inmaterial; de tal modo que se ha otorgado cierto color de verdad al dogma retórico de que se puede hacer una metáfora o símil para reforzar un argumento, así como para adornar una descripción. El principio de *vis inertiae*,[44] por ejemplo, parece ser idéntico en física y en metafísica. No es más comprobable en la primera, que postula que un cuerpo grande es más difícil de poner en movimiento que uno pequeño, y que su siguiente impulso es mensurable según esta dificultad, de lo que es en la última, que afirma que los intelectos de una mayor capacidad, aunque más potentes, más constantes y más complejos en sus operaciones que los de inferior grado, son, no obstante, los menos propensos a activarse, los más confusos y vacilantes en la fase inicial de su funcionamiento. De nuevo, dígame: ¿Ha notado alguna vez cuáles de entre los letreros colocados sobre las puertas de las tiendas son los que más le llaman la atención?

—Nunca me había fijado en eso —repliqué yo.

—Hay un juego de adivinanzas —continuó— que se juega sobre un mapa. Un jugador pregunta al otro una palabra que ha de encontrar: el nombre de una ciudad, un río, un estado o nación…, cualquier palabra, en suma, que figure sobre la superficie abigarrada y confusa del mapa. El novato generalmente intenta acosar a sus oponentes preguntándoles por el nombre escrito con letra más diminuta, pero el experto selecciona palabras en caracteres tan grandes que van de un extremo a otro del mapa. Estas, al igual que los letreros de gran tamaño y los anuncios de las calles, escapan de la observación a fuerza de ser visibles en exceso. En este caso la macrovisión física es precisamente análoga a la falta de captación moral, por medio de la cual el intelecto deja pasar por alto aquellas consideraciones que son demasiado abultadas y de palpable evidencia. Pero este es un asunto, según parece, que está un tanto por encima o por debajo de la comprensión del prefecto. Él nunca llegó a creer probable, o posible, que el ministro hubiera depositado la carta justo delante de las narices de todo el mundo, como el mejor medio de impedir que alguien pudiera dar con ella.

»No obstante, cuanto más me puse a reflexionar sobre la temeraria, impetuosa y selectiva ingenuidad de D. sobre el hecho de que el documento debía siempre estar *a mano*, si es que tenía el propósito de utilizarlo, y sobre las pruebas evidentes obtenidas por el prefecto de que no estaba escondida la carta dentro de las lindes de su investigación oficial, tanto más me fui convenciendo de que, para ocultar la carta, había resuelto el ministro tomar la juiciosa e inteligente decisión de no intentar esconderla en absoluto. Rumiando estas ideas, me procuré unos anteojos verdes y, casi por casualidad, llamé una soleada mañana a las puertas de la residencia ministerial. Encontré a D. en casa, bostezando, repantingado y mirando ocioso, como de costumbre, de modo que pretendía estar en el último estadio del aburrimiento. Él es, quizás, el ser humano más energético que existe, pero eso es solo cuando nadie lo ve.

»Para estar a su altura, me quejé de debilidad de la vista y lamenté tener que llevar anteojos, bajo cuya protección inspeccioné cautelosa y exhaustivamente la vivienda, mientras disimulaba estar solo atento a la conversación de mi anfitrión.

»Me fijé especialmente en un gran escritorio en el que trabajaba y sobre el que había en desorden cartas de diversa índole y otros documentos, junto a uno o dos instrumentos musicales y unos pocos libros. Aquí, sin embargo, tras un largo y muy concienzudo examen, no vi nada que despertara en mí la menor sospecha.

»Finalmente, al hacer un barrido visual de la estancia, mis ojos se fijaron en un portacartas de cartón con filigrana barata que se balanceaba colgado de un sucio lazo azul atado a un pequeño remache de latón, justo debajo de la repisa de la chimenea. En este portacartas, que tenía tres o cuatro compartimentos, había cinco o seis tarjetas de visitas y una sola carta. Esta última estaba sucia y arrugada. Estaba rasgada casi en dos, hacia la mitad de ella, como si alguien que se hubiera propuesto, en un primer impulso, romperla en pedazos por creerla carente de valor, hubiera luego cambiado de idea y la hubiera guardado. Tenía estampado un gran sello negro[45] que mostraba el anagrama de D. muy visible, y estaba dirigido a D., o sea, al propio ministro, en una letra femenina y diminuta. La habían puesto allí negligentemente e incluso, me parecía, hasta con desdén, en uno de los apartados superiores del portacartas.

»Apenas le hube echado un ojo a esta carta, llegué a la conclusión de que esa era la que estaba buscando. Y desde luego, era, seguro, totalmente distinta en su aspecto exterior de la que nos describió el

prefecto con minucioso detalle. En la primera, el sello era grande y negro, con el anagrama de D.; mientras que en esta era pequeño y rojo y llevaba estampado el escudo de armas ducal de la familia S. En una, la letra de las señas dirigidas al ministro eran diminutas y femeninas; en la otra, en cambio, la dirección de un cierto personaje real estaba escrita en caracteres gruesos y resueltos. El tamaño era lo único que tenían en común. Así que, entonces, lo radical de tan excesivas diferencias, la suciedad y el precario estado del papel, tan poco en consonancia con los *auténticos* hábitos metódicos de D., ya que induciría a engaño a quien se apoderara de ella haciéndole creer que carecería de valor alguno, todo ello, junto con la situación tan exageradamente expuesta del documento, a la vista de cualquier visita y, en consecuencia, muy en la línea de las conclusiones a las que había anteriormente llegado, todo ello, digo, venía a corroborar con contundencia las sospechas de quien venía ya con tales intenciones.

»Prolongué mi visita todo lo que pude y, mientras mantenía una animadísima conversación con el ministro sobre un tema que yo sabía bien que siempre le había interesado mucho, me quedé con la mirada muy fija sobre la carta. Con este examen grabé en la memoria su aspecto exterior y su colocación en el portacartas. Más aún, hice otro descubrimiento que, por fin, vino a disipar todas las dudas y vacilaciones que pudiera aún tener. Al fijarme en los bordes del papel, observé que estaban mucho más *rozados* de lo que era menester. Presentaban el tipo de *rotura* que se observa cuando un papel duro, que se ha doblado y presionado con una plegadera, se vuelve a doblar en sentido contrario por las mismas dobleces que tuviera el pliegue original. Tal descubrimiento fue suficiente. Me quedaba muy claro que la carta había sido vuelta al revés, como un guante, y su dirección escrita de nuevo y el sello vuelto a poner. Me despedí esa mañana del ministro y abandoné el lugar de inmediato, y dejé sobre la mesa una tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente volví a llamar para preguntar por la tabaquera y volvimos a entablar muy gustosos la misma conversación del día anterior. Mientras charlábamos se oyó un fuerte disparo, como de pistola, bajo las ventanas de la residencia, seguido de unos espantosos gritos y de vocerío de gente. D. acudió rápido a la ventana, la abrió y se asomó a ver qué ocurría. Yo, mientras tanto, me encaminé hacia el portacartas, cogí la carta, la metí en el bolsillo y la reemplacé con un facsímil (al menos en su aspecto exterior) que con todo cuidado había preparado en casa, que imitaba el anagrama de D. con gran

facilidad por medio de un sello hecho con pan.

»El alboroto de la calle lo había causado un individuo de comportamiento nervioso y armado con un mosquete. Lo había disparado en medio de un grupo de mujeres y niños. Resultó, sin embargo, que no tenía cargada el arma, de modo que le dejaron marcharse, tomado por lunático o borracho. No bien se hubo ido, D. se retiró de la ventana, hacia la que yo le había seguido inmediatamente después de colocar bien el objeto en cuestión. Al rato me despedí de él. El presunto lunático era un individuo pagado por mí.

—Pero —pregunté yo— ¿qué se proponía usted al cambiar la carta por un facsímil?, ¿no hubiera sido mejor, en la primera visita, haberla cogido sin disimulo y largarse?

—D. —replicó Dupin— es un hombre audaz y aguerrido. En su residencia tampoco faltan sirvientes fieles a sus intereses. De haber hecho la imprudente intentona que usted sugiere, tal vez nunca habría escapado vivo de la residencia ministerial. La buena gente de París no habría oído ya más de mí. Pero yo tenía un objetivo que nada tiene que ver con estas cuestiones. Ya conoce usted mis inclinaciones políticas. En este particular, yo soy partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses el ministro la ha tenido en su poder. Ahora es ella quien lo tiene cogido, pues él, ignorando que la carta no está ya en su poder, continuará con sus exigencias como si la estuviera. De esta manera, se verá abocado, sin remedio, a su destrucción política. Su caída, asimismo, resultará extraña, amén de estrepitosa. Nada tiene de particular hablar del *facilis descensus Averni*,[46] pero en cualquier clase de escalada, como Catalani,[47] quien decía, a propósito del canto, «es mucho más fácil subir que bajar». En el caso actual yo no siento simpatía alguna —o al menos, ninguna compasión— por el que desciende. Él es el *monstrum horrendum*, un genio sin principios. Confieso, no obstante, que me gustaría mucho saber qué es lo que va a pensar, cuando, al verse desafiado por la que el prefecto llama «cierto personaje», se vea forzado a abrir la carta que yo le dejé en el portacartas.

—¿Cómo? ¿Escribió algo especial en ella?

—Pues no me pareció correcto dejarla en blanco por dentro. Eso hubiera sido insultante. Una vez, en Viena, D. me hizo una fea jugada y le dije sin perder el humor que no se me iba a olvidar. Así que, como sabía que sentiría alguna curiosidad sobre la identidad de aquel que se había burlado de él, pensé que era una pena no darle una pista. Él conoce perfectamente mi letra, así que solo copié en medio de la hoja en blanco las siguientes palabras en francés: *Un dessein si funeste, il n'est*

digne d'Atrée, est digne de Thyeste.[48] Se pueden leer en la obra *Atrée*, de Crébillon.[49]

36. «Nada es más odioso para la sabiduría que el exceso de ingenio.»

37. El doctor John Abernethy (1764-1831) fue un célebre cirujano británico, pero no parece ser este médico el que le interesa a Poe en esa anécdota concreta.

38. Procusto era un bandido gigante que, según la leyenda griega, asaltaba a los viajeros, los ataba a una cama de hierro y los torturaba de distintas formas. Finalmente, el rey Teseo, harto de tanto crimen, le aplicó su propia tortura.

39. F. de la Rochefoucauld fue un moralista epigramático francés del siglo xvii. La Bougive parece que es un lapsus por La Bruyère, escritor francés del siglo xix. Machiavelli es el famoso autor florentino del «Tratado político sobre la educación del Príncipe», que dio origen al adjetivo «maquiavélico». Tomasso Campanella fue un filósofo y escritor italiano del siglo xvii, autor de una famosa utopía.

40. En latín, «no distribución del medio», silogismo al que le falta una parte, lo que induce a una conclusión falsa.

41. Rocht Nicholas Chamfort, escritor francés del siglo xviii, autor de máximas y de epigramas, cuyo final político no fue nada afortunado.

42. En francés: «Es evidente que toda idea públicamente aceptada, toda convención heredada es una estupidez, por el hecho de que la mayoría ha estado de acuerdo».

43. Jacob Bryant, filósofo del siglo xviii, escribió un diccionario de mitología.

44. En latín, «fuerza de la inercia».

45. Debe entenderse que en esta época, el sello (*seal*) consistía en el lacrado con cera sobre el que se estampaba (de ahí, *stamp*, 'sello' en inglés) un tampón personal con lemas o dibujos simbólicos análogos a los *ex libris* que aún se estampan en los libros.

46. En latín, «fácil descenso del Averno». Para los romanos, el Averno es el infierno, al que se va por un camino pendiente que desciende hasta las entrañas de la tierra. Se ejemplifica en *La Eneida*, de Virgilio, cuando el héroe desciende al infierno, como antes hiciera Apolo.

47. Angélica Catalani fue una cantante italiana de ópera de principios del siglo xix.

48. En francés: «Un plan funesto, de no ser digno de Atrée, es digno de Thyeste».

49. Prosper-Jolyot de Crébillon escribió *Atrée et Thyeste* en 1707, y está basada en la obra de Séneca *Tiestes*.

Notas y actividades

Notas

El relato fue publicado en la revista *Gift* en 1844, y es uno de los más estimados por los lectores de relatos sobre «lógica detectivesca» y «razonamiento deductivo», pues no hay elementos morbosos ni de terror, ni siquiera un asesinato en sus páginas. En él se abordan los interrogantes de la mente humana y su forma de razonar para resolver enigmas; por lo tanto, tiene algo más de exploración psicológica que de verdadera intriga policial. El interés de la carta está, más que en su contenido, en el intercambio que la misma genera: desconocemos su verdadero contenido, y nos quedamos sin saber el misterio.

Se trata, pues, de un ensayo donde se combinan la mente analítica y meticulosa del ingenioso detective Dupin, por una parte, con la observación psicológica, por la otra. En esta parece claro que la imaginación cobra especial relieve a la hora de afrontar escollos de «imposible» solución. La diferencia en la resolución del caso enigmático entre el jefe de la policía, que sigue un plan rutinario ya establecido, y el lúcido Dupin es que este último indaga con una buena dosis de imaginación los motivos del robo.

Actividades

1.
¿Cuál es el hecho que propicia el relato y cómo ha ocurrido?
2.
Describe a *monsieur* G. y a Auguste Dupin: quiénes son, cómo son, qué particularidades de pensamiento tiene cada uno.
3.
Explica cómo se resuelve el misterio.
4.
Los epigramas o máximas son frases que contienen un juicio a menudo ingenioso, pero veraz. No pocos se parecen a los proverbios, dichos populares o refranes que todos aceptamos como «sabios». ¿Cuántos conoces que sean verdad y cuántos que no siempre lo son?
5.
He aquí una frase epigramática atribuida en este caso a Chamfort: «Es evidente que toda idea públicamente aceptada, toda convención heredada es una estupidez, por el hecho de que la mayoría ha estado de acuerdo». Discute cuánto hay de falacia o cuánto de verdad en esa frase.
6.
Observa en una película de detectives los métodos para esclarecer un caso (introspección psicológica con los presuntos culpables, examen meticuloso y detallado de pruebas, uso de la intuición personal, recurso a la lógica deductiva) y en qué se parecen al caso expuesto por Poe en el relato.

7. Ligeia

Y allí permanece la voluntad, que no perece. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, con su fuerza? Porque Dios no es sino una gran voluntad que impregna cuanto existe por la naturaleza de su intención. El hombre no se doblega ante los ángeles ni totalmente ante la muerte, salvo por la flaqueza de su débil voluntad.

Joseph Granvill

Me es imposible, os lo juro, recordar cómo, cuándo, ni siquiera dónde exactamente conocí a Lady Ligeia. Han pasado desde entonces muchos años y mi memoria se ha debilitado con tanto sufrimiento. O tal vez no pueda *ahora* evocar esos recuerdos, porque, a decir verdad, el carácter de mi amada, su insólita erudición, esa belleza suya tan singular, pero serena, y la conmovedora y cautivadora elocuencia de su suave voz musical se fueron metiendo en mi corazón con pasos tan constantes y sigilosos que han pasado inadvertidos e ignorados. No obstante, creo que la conocí y que la traté con frecuencia en una gran ciudad, antigua y decadente, próxima al río Rin. De su familia, con toda seguridad le oí hablar. De que proviene de un rancio linaje no cabe la menor duda. ¡Ligeia! ¡Ligeia! Enfrascado en estudios que, por su naturaleza, pueden más que ningún otro amortiguar las impresiones del mundo exterior, solo esa dulce palabra —Ligeia— me trae a mi fantasía la imagen de la que ya no existe. Y ahora, mientras escribo esto, me asalta de repente la idea de que nunca *he sabido* el apellido de la que fue mi amiga y mi prometida, de la que se convirtió en mi compañera de estudios y, finalmente, en la esposa de mi corazón. ¿Fue tal vez por una orden jocosa de mi Ligeia o por una prueba de la fuerza de mi afecto el que hiciera averiguaciones sobre ese asunto? ¿O fue, más bien por un capricho mío, una ofrenda extremadamente romántica ante el altar de la más apasionada devoción? Solo recuerdo el hecho mismo de manera confusa. ¿Por qué sería de extrañar que haya olvidado completamente las circunstancias que lo originaron o que lo rodearon? Y, de hecho, si es cierto que alguna vez el espíritu al que llaman romance, la pálida

Ashtophet[50] de borrosas alas del idólatra Egipto, presidió, como dicen, los matrimonios fatídicos, entonces, con toda seguridad ella presidió el mío.

Hay un tema predilecto, sin embargo, sobre el que no me falla la memoria. Es la *persona* de Ligeia. Era de estatura alta, más bien delgada, y, en sus últimos días, hasta escuálida. En vano trataría de describir la majestad, la serena naturalidad de su porte o la increíble ligereza y sutilidad de su andar. Venía y se marchaba igual que una sombra. Nunca advertía su presencia en mi estudio, salvo por la entrañable música de su dulce y suave voz al poner su mano marmórea sobre mi hombro. Nunca pudo igualar doncella alguna la belleza de su rostro. Era el resplandor de un sueño opiáceo, una visión etérea y animada más arrebatadoramente divina que las fantasías que gravitan en torno a las almas adormecidas de las hijas de Delos.[51] Sin embargo, sus rasgos no correspondían a los de ese modelo tradicional que nos han enseñado falsamente a venerar en las obras clásicas paganas. «No hay belleza exquisita —dice Bacon, Lord Verulam[52] hablando con propiedad de todas las formas y géneros de belleza— sin algo de *extraño* en la proporción». No obstante, aunque creía que los rasgos de Ligeia no eran de una regularidad clásica, aunque percibía que su hermosura era realmente «exquisita» y advertía que había mucho de «extraño» en ella, he intentado en vano detectar esa irregularidad y explicarme el porqué de mi propia percepción de «lo extraño». Analicé el contorno de su frente alta y pálida; no tenía defecto alguno (¡qué palabra tan fría, de verdad, cuando se aplica a una majestad tan divina!); su piel, que rivalizaba con el marfil más puro, su imponente amplitud y su serenidad, la suave prominencia de la parte superior de las sienes, y luego, la brillante melena negra como la noche, frondosa y de rizo natural, exponiendo todo el vigor del epíteto homérico «jacintina».[53] Contemplé el delicado dibujo de su nariz; jamás había contemplado una perfección semejante en lugar alguno, salvo en los elegantes medallones de los hebreos. Tenía la misma espléndida tersura en la superficie, la misma tendencia casi imperceptible a ser aguileña, las mismas aletas armoniosamente curvadas que revelaban su espíritu libre. Contemplé su dulce boca. Aquí se hallaba el triunfo de todas las cosas celestiales: la magnífica curva del pequeño labio superior, el suave y voluptuoso sosiego del inferior, los hoyuelos que lucía y el expresivo color que mostraba; los dientes que reflejaban con una brillantez casi desconcertante todos los rayos de luz bendita que caían sobre ellos, en una sonrisa serena y plácida, a la vez que exultantemente radiante. Me

detenía en la forma de su barbilla, y aquí también encontraba la misma suavidad en su trazo, la dulzura y la majestad, la plenitud y la espiritualidad de los griegos, el contorno que el dios Apolo reveló solo en un sueño a Cleómenes,[54] hijo del Ateniense. Y, a continuación, miraba con detenimiento los grandes ojos de Ligeia.

Para los ojos no tenemos modelos en la remota antigüedad. Aunque quizá podría ocurrir también que en los ojos de mi amada se encontrase el secreto al que aludía Lord Verulam. Creo estar en lo cierto, eran mucho más grandes que lo suelen ser los de nuestra propia raza. Eran aún mayores que los de las gacelas de la tribu del valle de Nourjahad.[55] Pero no era sino esporádicamente, en momentos de intensa emoción, cuando se hacía algo más apreciable esta característica de Ligeia. Y en esos momentos, su belleza era —así me parecía en mi ardiente fantasía, quizá— la belleza de los seres que están por encima o fuera de la Tierra, la belleza de las fabulosas huríes de los turcos.[56] El color de sus pupilas era del negro más brillante y, muy por encima, tenía unas larguísimas pestañas de azabache. Sus cejas, levemente irregulares en su forma, tenían el mismo tono. Ese algo «extraño» que encontraba en sus ojos, no obstante, no tenía que ver con su forma, con el color o con el brillo, y podía atribuirse, en suma, a la *expresión*. ¡Ay, palabra sin sentido, tras cuya gran flexibilidad de simple sonido atrincheramos nuestra ignorancia de tantas cosas espirituales! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas horas habré meditado sobre ello! ¡Cuánto habré luchado por comprenderla durante noches enteras de verano! ¿Qué era aquello —ese algo más profundo que el pozo de Demócrito—[57] que yacía en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué *era*? Se apoderaba de mí la pasión por descubrirlo. ¡Aquellos ojos! ¡Aquellas grandes, aquellas brillantes, aquellas divinas pupilas! Se llegaron a convertir para mí en las estrellas gemelas de Leda,[58] y yo para ellas en el más devoto de los astrólogos.

No hay punto más emocionante y atractivo, entre las muchas anomalías incomprensibles de la ciencia psicológica, que el hecho —nunca, creo, advertido en las escuelas— de que, en nuestros intentos por traer a la memoria algo ya largo tiempo olvidado, nos hallamos a menudo justo al *mismo borde* del recuerdo, sin ser capaces, al final, de alcanzarlo. Y de ese mismo modo, cuántas veces en mi intenso examen de los ojos de Ligeia he sentido que me acercaba al pleno conocimiento de su expresión —sentí que me acercaba, pero aún no lo era mío— y al final se desvanecía por completo. Y (extraño, ¡ay!, el más extraño de los misterios) encontraba en los objetos más comunes del mundo un círculo

de analogías con aquella expresión. Lo que quiero decir es que, tras el período en que la belleza de Ligeia penetró en mi espíritu, allí alojada como en un altar, comencé a extraer de muchos de los objetos del mundo material un sentimiento semejante al que me solían despertar sus grandes y luminosas pupilas. Mas no por ello puedo definir mejor ese sentimiento o analizarlo, ni siquiera percibirlo con calma. Lo reconocía, repito, a veces, al inspeccionar una viña que crecía con rapidez; en la contemplación de una polilla, una mariposa, una crisálida, un arroyuelo de raudas aguas. Lo he sentido en el océano, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en la mirada de gente muy mayor. Y hay una o dos estrellas en el cielo (una en especial, una estrella de sexta magnitud, doble y cambiante, que se encuentra cerca de la gran estrella de Lira) que, al mirarlas desde el telescopio, me han provocado el mismo sentimiento. Me ha embargado al escuchar el sonido de algunos instrumentos de cuerda, y no pocas veces al leer algunos pasajes de libros. Entre otros innumerables ejemplos, recuerdo bien algo que leí en un volumen de Joseph Glanvill,[59] que (quizá simplemente por su extrañeza, quién sabe) nunca dejó de inspirarme ese sentimiento: «Y allí reside la voluntad, que no perece. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, con su fuerza? Porque Dios no es sino una gran voluntad que impregna cuanto existe *por la naturaleza de su intención*. El hombre no se doblega ante los ángeles ni totalmente ante la muerte, salvo por la flaqueza de su débil voluntad».

El paso de los años y las consiguientes reflexiones me han permitido rastrear, de hecho, alguna conexión remota entre este pasaje del moralista inglés y un aspecto del carácter de Ligeia. La *intensidad* de su pensamiento, acción o palabra era el resultado, posiblemente, o al menos, un indicio, de una voluntad gigantesca que durante nuestra larga relación no logró dar otras muestras más claras de su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella, la aparentemente serena, la siempre plácida Ligeia, era la que con más violencia era presa de los tumultuosos buitres de la severa pasión. Y yo no tenía modo de evaluar tal pasión, salvo por la milagrosa dilatación de aquellos ojos que me deleitaban al tiempo que me aterraban —por la melodía casi mágica, la modulación, la nitidez y la suavidad de su voz muy profunda— y por la salvaje energía (doblemente efectiva por contraste con su modo de pronunciarlas) de las delirantes palabras que solía proferir.

He mencionado la sabiduría de Ligeia: era inmensa, como no la he conocido en otra mujer. Tenía un profundo dominio de las lenguas clásicas y, en la medida de mi propio conocimiento de los dialectos

modernos europeos, nunca le he encontrado fallo. Es más, con respecto a cualquier tema de la muy admirada, por el simple hecho de ser la más abstrusa de la jactanciosa erudición académica, ¿he encontrado *alguna vez* un fallo en Ligeia? ¡De qué forma tan singular, tan emocionante, este aspecto de la naturaleza de mi esposa me ha llamado poderosamente la atención solo en este último período! He mencionado que su erudición era tal como no he conocido en mujer alguna, mas ¿dónde está el hombre que haya recorrido, y con éxito, *todas* las amplias áreas de la ciencia moral, física y matemática? No vi entonces lo que ahora percibo con claridad: que todas las adquisiciones de Ligeia eran gigantescas, eran sorprendentes; sin embargo, era lo suficientemente consciente de su infinita superioridad como para rendirme, con la confianza de un niño, a su guía a través del caótico mundo de la investigación metafísica, a la que me hallaba completamente entregado durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué inmenso triunfo, con qué vivo deleite, con qué esperanza del todo etérea, *sentía yo*, cuando ella se entregaba conmigo a estudios apenas explorados, pero menos aún conocidos, con aquella deliciosa perspectiva que se iba extendiendo ante mí de forma gradual, por cuya larga, magnífica senda nunca hasta entonces hollada podría alcanzar al fin la meta de una sabiduría demasiado divina y valiosa como para no ser prohibida!

¡Qué agudo fue, pues, el dolor con el que, pasados varios años, tuve que ver cómo mis bien fundadas esperanzas levantaban el vuelo y desaparecían! Sin Ligeia yo no era más que un niño caminando a tientas en la oscuridad. Tan solo su presencia o sus lecturas eran capaces de hacer vívidamente luminosos los muchos misterios del trascendentalismo en el que estábamos inmersos. Privadas del radiante brillo de sus ojos, las palabras lucientes y doradas se volvieron más opacas que el plomo saturnino. Y ahora esos ojos cada vez brillaban menos sobre las páginas que yo escrutaba. Ligeia enfermó. Sus extraños ojos ardieron con un fulgor maravilloso, demasiado maravilloso; sus pálidos dedos cobraron la transparencia cerúlea de la tumba, y las venas azules de su majestuosa frente latieron con impetuosidad ante el más leve cambio de emoción. Vi que iba a morir, y luché desesperadamente en espíritu con el nefasto Azrael.[60] Y las luchas de mi apasionada esposa fueron, para mi asombro, incluso más enérgicas que las mías. Muchos rasgos de su adusta naturaleza me habían llevado a creer que, para ella, la muerte llegaría sin sus terrores; pero no fue así. Las palabras son incapaces de dar una idea de la fiera resistencia con la que se enfrentó a la Sombra. Gemí de angustia ante el lamentable espectáculo. Hubiera

querido calmarla, hubiera querido hacerla razonar; pero, en la intensidad de su salvaje deseo de vivir, de vivir, *solo* de vivir, el consuelo y la razón eran por igual el colmo de la locura. No obstante, hasta el último instante, entre las convulsiones más violentas de su indómito espíritu no se inmutó la externa placidez de su conducta. Su voz se volvió más suave, más profunda, mas yo no quería pensar demasiado en el extraño significado de las palabras que pronunciaba con calma. Mi mente se tambaleaba mientras escuchaba, extasiado, una melodía sobrehumana, unos supuestos y aspiraciones que la humanidad no había conocido hasta entonces.

De que ella me amaba no podía tener duda; y me era fácil advertir que, en un corazón como el suyo, el amor no podía reinar como una pasión ordinaria. Pero sólo en la muerte pude apreciar del todo la fuerza de su cariño. Durante largas horas, reteniendo mi mano, fue revelándome los sentimientos de un corazón rebosante cuya devoción más que apasionada llegaba a idolatría. ¿Cómo había merecido yo la bendición de tales confesiones? ¿Cómo había merecido yo la maldición de que mi amada me fuese arrebatada justamente en el momento de hacérmelas? Pero no puedo soportar extenderme más en este tema. Solo diré que en el abandono más que femenino al amor que tenía Ligeia, ¡ay!, inmerecido, otorgado sin ser yo digno de él, reconocí al fin el principio de su vehemente, de su ardiente e irrefrenable deseo de vida, vida que ahora huía tan velozmente. Es este ardiente deseo, esta vehemente ansia de vida, *solo* de vida, lo que soy incapaz de describir; no hay palabras para poder expresarlo.

La medianoche en que murió, indicándome que me acercara a su lado de modo imperioso, me pidió que repitiera ciertos versos que ella misma había compuesto no muchos días antes. La obedecí. Eran los siguientes:

> ¡Mirad! ¡Es una noche de gala
> en estos últimos años solitarios!
> Una multitud de ángeles alados,
> cubiertos con velos y en lágrimas bañados,
> asiste a un teatro para ver
> un drama de esperanzas y temores,
> mientras la orquesta toca de forma irregular
> la música de las esferas.
>
> ¡Mimos, imitando a Dios en lo alto,
> murmuran y mascullan por lo bajo
> y se apresuran de aquí para allá
> cual meras marionetas que van y vienen
> a petición de vastas cosas informes

que sin cesar cambian el escenario
batiendo de sus alas de cóndor
un invisible dolor!
¡Este variado drama, oh, estad seguros
de que no se olvidará!
Con su fantasma perseguido por siempre,
por una multitud que no lo alcanza,
a través de un círculo que siempre retorna
a su mismo lugar de partida;
y mucho de locura, y más de pecado
y de horror, el alma de la trama.

¡Mas, mirad que, por entre la mímica fuga
una reptante figura irrumpe!,
¡una cosa que, de un rojo sangre, se retuerce
sobre la escena desnuda!
¡Se retuerce!, ¡se retuerce! Con mortales dolores
los mimos se convierten en sus presas,
los serafines lloran ante esas fauces
empapadas de sangre humana.
¡Fuera se apagan las luces, todas apagadas!
y sobre cada forma estremecida,
el telón, un paño funerario,
cae al estallido de una tormenta,
y los ángeles, todos pálidos y lívidos,
alzándose, sin velos ya, declaran
que la obra es la tragedia *Hombre*,
y su héroe, el Gusano Conquistador.

«¡Oh, Dios!», casi gritó Ligeia, incorporándose de un salto y elevando sus brazos con un movimiento espasmódico al terminar yo estos versos. «¡Oh, Dios!, ¡oh, Padre celestial! ¿Han de ser estas cosas inevitablemente así? ¿No será conquistado ni una sola vez el conquistador? ¿Acaso no somos una parte, un trozo de Ti? ¿Quién, quién conoce los misterios de la voluntad, con su fuerza? El hombre no se doblega ante los ángeles *ni totalmente ante la muerte*, salvo por la flaqueza de su débil voluntad».

Y entonces, como agotada por la emoción, dejó caer sus blancos brazos y volvió solemnemente a su lecho de muerte. Y mientras exhalaba los últimos suspiros, brotó mezclado con ellos un murmullo de entre sus labios. Acerqué mi oído y, de nuevo, pude distinguir las palabras finales del pasaje de Glanvill: «El hombre no se doblega ante los ángeles ni totalmente ante la muerte, salvo por la flaqueza de su débil voluntad».

Ella murió, y yo, destrozado, aniquilado por el dolor, no pude soportar más la solitaria desolación de mi morada en la sombría y decadente ciudad junto al Rin. No carecía de lo que el mundo llama riquezas. Ligeia me había legado mucho más, muchísimo más de lo que

le suele caer en suerte al común de los mortales. Por lo tanto, tras unos pocos meses de tedioso vagar sin rumbo, adquirí y reparé parcialmente una abadía cuyo nombre no voy a mencionar, en una de las zonas más agrestes y menos frecuentadas de la bella Inglaterra. La sombría y lóbrega solemnidad del edificio, el aspecto casi salvaje de los terrenos, los numerosos recuerdos melancólicos y celebrados que estaban vinculados a ambos, tenían mucho en común con los sentimientos de completo abandono que me habían llevado hasta esa remota y agreste región del país. Sin embargo, aunque el exterior de la abadía, con su verdeante deterioro, sufrió pocos cambios, me dediqué, con una perversidad infantil y, tal vez, con una débil esperanza de aliviar mis cuitas, a exhibir dentro una magnificencia más que real. Por tales extravagancias había adquirido ya desde niño cierta afección, y ahora volvían de nuevo como para recordar el dolor. ¡Ay, reconozco cuánto, incluso, de locura incipiente se podría haber descubierto en los espléndidos y suntuosos tapices, en las solemnes tallas de Egipto, en las extrañas cornisas y muebles, en los excéntricos diseños de las alfombras con almohadillado de oro! Me había convertido en un esclavo preso de las ataduras del opio, y mis tareas y encargos habían cobrado el color de mis sueños. Pero no debo detenerme a detallar tales absurdos. Solo hablaré de aquella estancia, por siempre maldita, a la que, en un momento de enajenación mental, conduje desde el altar como novia —como sucesora de la inolvidable Ligeia— a Lady Rowena Trevanion, de Tremaine, de rubios cabellos y ojos azules.

No hay un solo detalle de la arquitectura y decoración de esa cámara nupcial que no se me presente ahora ante los ojos. ¿Dónde tenía el corazón la altiva familia de la novia cuando, por ansia de oro, permitió que ella, una doncella e hija tan amada, traspasara el umbral de una vivienda adornada de *esa guisa*? He comentado que recuerdo con minuciosidad cada detalle de esa estancia (aunque, por desgracia, se me olvidan asuntos de profunda importancia), y sin embargo, no había orden ni sistema en esa fantástica exhibición que hiciera fácil grabarlo en la memoria. La habitación se encontraba en una alta torrecilla de la abadía fortificada, era de forma pentagonal y de amplias dimensiones. Ocupaba toda la cara sur del pentágono la única ventana (una inmensa hoja de cristal de Venecia) de una sola pieza y de tono plomizo, de modo que tanto los rayos del sol como de la luna, al atravesarla, caían con un brillo horroroso sobre los objetos de la estancia. En la parte superior de esta gigantesca ventana se extendía el entramado de una vieja parra que trepaba por los macizos muros de la torrecilla. El techo,

de sombrío roble, era excesivamente alto, abovedado y recargado de adornos con los motivos más extraños y grotescos de trazo semigótico, semidruídico. Del mismo centro de esta melancólica bóveda pendía de una única cadena de oro de grandes eslabones, un inmenso incensario del mismo metal, de estilo sarraceno y con numerosas perforaciones pensadas para que a través de ellas se contorsionaran, como dotadas de la vitalidad de las serpientes, una continua sucesión de llamas multicolores.

Otros espacios estaban ocupados por unas pocas otomanas y candelabros de oro, de figura oriental, y también estaba el lecho, el lecho nupcial de estilo indio, bajo y esculpido en ébano macizo, con un dosel a modo de paño mortuorio. En cada uno de los ángulos de la estancia había en vertical un gigantesco sarcófago de granito negro, traídos de las tumbas reales que se levantan frente a Luxor, con sus antiguas tapas cubiertas de relieves de tiempo inmemorial. Mas, ¡ay!, era en las tapicerías del aposento donde se hallaba la mayor fantasía de todas. Los elevados muros, de una altura gigantesca (de hecho, incluso desproporcionada) estaban cubiertos de arriba abajo, en amplios pliegues, por un tapiz pesado y macizo; tapiz del mismo material que el de la alfombra que cubría el suelo, que el de la cubierta de las otomanas y el lecho de ébano, que el del dosel de la cama y de las espléndidas volutas de las cortinas que tapaban parcialmente la ventana. El material era del más rico tejido de oro. A intervalos irregulares, estaba totalmente cubierto de figuras arabescas de aproximadamente un pie de diámetro y bordadas en el paño con dibujos de un negro azabache. Sin embargo, estas figuras solo participaban de un verdadero carácter arabesco si se las contemplaba desde un determinado ángulo. Gracias a una técnica hoy común (y que, de hecho, se remonta a un período muy remoto de la antigüedad), cambiaban de aspecto. Para quien penetraba en la habitación se aparecían como simples monstruosidades; sin embargo, al avanzar más, esta apariencia desaparecía de forma gradual; y paso a paso, a medida que el visitante se movía por la estancia, se veía rodeado por una infinita sucesión de formas espantosas heredadas de la superstición de los normandos o nacidas de los sueños culpables de los monjes. El efecto fantasmagórico se veía ampliamente incrementado con la introducción artificial de una fuerte corriente continua de aire detrás de los tapices, que proporcionaba una horrenda e inquietante animación al conjunto.

En una estancia así, en una cámara nupcial así, pasé con Lady de Tremaine las impías horas del primer mes de nuestro matrimonio, y las

pasé sin demasiada inquietud. Que mi esposa temía mi furibundo temperamento, que me rehuía y que me amaba bien poco no podía yo dejar de advertirlo, pero esto me provocaba más placer que otra cosa. La aborrecía con un odio más propio de un demonio que de un hombre. Mi memoria volaba (¡ay, con qué intensa nostalgia!) hacia Ligeia, la amada, la augusta, la bella, la enterrada. Me deleitaba recordando su pureza, su sabiduría, su elevada y etérea naturaleza, su apasionado e idólatra amor. Ahora, pues, mi espíritu ardía plena y libremente con más fuego, incluso, que el de ella. En la excitación de mis sueños de opio (puesto que me hallaba presa de las cadenas de la droga) gritaba su nombre en el silencio de la noche, o entre los abrigados retiros de las cañadas durante el día, como si, con esa salvaje ansia, con esa solemne pasión, con ese devorador fuego con el que anhelaba a la desaparecida, pudiera devolverla a la senda que ella había abandonado —¡ay!, ¿*podría* ser para siempre?— en la tierra.

Hacia el comienzo de nuestro segundo mes de matrimonio, Lady Rowena enfermó súbitamente y su recuperación fue lenta. La fiebre que la consumía le causaba desasosiego durante las noches, y en su perturbado estado de duermevela hablaba de sonidos y de movimientos que se producían en la estancia de la torre, que yo solo interpreté como producto de su trastornada fantasía, o quizá, de la fantasmagórica influencia de la habitación misma. Al fin, comenzó su convalecencia y terminó recuperándose totalmente. Sin embargo, apenas había transcurrido un breve período de tiempo cuando un segundo trastorno más violento la confinó de nuevo en el lecho del dolor; y de este ataque, su estado de salud, que siempre había sido débil, nunca se recuperó del todo. Desde entonces, sus padecimientos adquirieron un carácter alarmante y una frecuencia aún más alarmante, que desafiaba tanto el conocimiento como los grandes esfuerzos de los médicos. Con la intensificación de su enfermedad crónica (que se había apoderado, al parecer, de su constitución de un modo que era imposible de erradicar con medios humanos) no pude dejar de observar un aumento similar en su irritabilidad y nerviosismo ante banales motivos de miedo. Hablaba de nuevo, y ahora con más frecuencia e insistencia, de los sonidos (de los leves sonidos) y de los extraños movimientos entre los tapices, a los que ya antes había aludido ella.

Una noche, hacia finales de septiembre, llamó mi atención sobre este angustioso asunto con un énfasis mayor del habitual. Acababa de despertarse de un sueño inquieto y yo había estado observando, con sentimientos mitad de ansiedad, mitad de incierto terror, los efectos de

su consumido rostro. Me senté junto a su lecho de ébano, en una de las otomanas de la India. Se incorporó a medias y habló, con un suave y ferviente suspiro, de los sonidos que estaba oyendo *entonces*, que yo no podía oír, y de los movimientos que estaba viendo *en esos* momentos que yo no podía percibir. El viento soplaba con fuerza detrás de los tapices y quise mostrarle (lo que, he de confesar, yo no creía *totalmente*) que aquellas respiraciones casi inarticuladas y que aquellas leves variaciones de las figuras de la pared no eran sino el efecto natural de la habitual corriente de viento. Pero una palidez mortal que se extendió por su rostro me demostró que mis esfuerzos por tranquilizarla serían infructuosos. Parecía que se iba a desvanecer, pero no había ningún sirviente que nos pudiera oír. Recordé dónde había una licorera con vino suave que le habían prescrito los médicos y crucé presuroso la habitación para cogerlo. Mas, al pasar bajo la luz del incensario, dos circunstancias de carácter sorprendente me llamaron la atención. Había sentido que un objeto palpable, aunque invisible, se había deslizado suavemente junto a mi persona; y vi que había sobre la alfombra dorada, justo en el centro de la viva luz que arrojaba el incensario, una sombra; una leve, indefinida sombra de aspecto angelical, tal como se puede imaginar la sombra de una sombra. Pero yo estaba trastornado por la excitación de una sobredosis de opio, y no presté mucha atención a estas cosas ni se las comenté a Rowena. Encontré el vino, crucé de nuevo la estancia y llené una copa que acerqué a los labios de la desvanecida dama. Ya se había repuesto un poco, no obstante, y ella misma cogió la copa mientras yo me dejaba caer en la otomana que había junto a mí, con los ojos fijos en su persona. Fue justo en ese instante cuando distinguí claramente una suave pisada sobre la alfombra, cerca del lecho, y un segundo más tarde, mientras Rowena llevaba la copa de vino hacia sus labios, vi, o quizá soñé ver, cómo caían dentro de la copa, como surgidas de una invisible fuente de la atmósfera de la habitación, tres o cuatro gotas grandes de un fluido brillante y de color rubí. Si yo vi esto, no lo vio, en cambio, Rowena. Bebió el vino sin vacilación y yo me abstuve de comentarle una circunstancia que, al fin y al cabo, podría muy bien haber sido la sugestión de una viva imaginación, que se había vuelto morbosamente activa por el terror de la dama, por el opio y por la hora.

Sin embargo, no puedo negar que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, percibí cómo se agravó rápidamente la enfermedad de mi esposa, de tal modo que, al cabo de tres noches, las manos de las doncellas la prepararon para la tumba, y la cuarta noche la

pasé solo, con su cuerpo amortajado, en aquella fantástica estancia que la había recibido como recién casada. Extrañas visiones provocadas por el opio revoloteaban cual sombras delante de mí. Contemplé con una mirada inquieta los sarcófagos de los ángulos de la habitación, las figuras cambiantes de los tapices y las contorsiones de las llamas multicolores del incensario que pendía en lo alto. Mis ojos se posaron entonces, mientras hacía memoria sobre las circunstancias de una noche anterior, sobre el lugar bajo el resplandor del incensario donde había visto las débiles señales de la sombra. Sin embargo, ya no estaba allí y, respirando con mayor alivio, volví la mirada hacia la pálida y rígida figura postrada en el lecho. Me asaltaron entonces mil recuerdos de Ligeia y, una vez más, volvió a mi corazón, con la turbulenta fuerza de una avalancha, todo el indecible dolor con el que *la* había visto así amortajada. La noche estaba ya tocando a su fin, y todavía, con el pecho lleno de amargos pensamientos sobre la única, sumamente adorada, permanecí contemplando el cuerpo de Rowena.

Sería ya medianoche, o quizá antes, o después (pues no era muy consciente de la hora), cuando un sollozo quedo, suave pero muy claro me sacó bruscamente de mis ensueños. *Sentí* que procedía del lecho de ébano, del lecho de muerte. Presté atención con una agonía de supersticioso terror, mas no se repitió el sonido. Agucé la vista para intentar descubrir algún movimiento del cadáver, pero no se apreciaba ni el más mínimo. Sin embargo, no me podía estar equivocando. Yo *había* oído el ruido, pese a lo débil que fue, y mi alma se encontraba alerta. Con total decisión y perseverancia mantuve mi atención clavada en el cuerpo. Transcurrieron muchos minutos antes de que ocurriera alguna circunstancia que arrojara luz sobre el misterio. Al fin, se hizo patente cómo un ligero color, muy débil y apenas perceptible, comenzaba a teñir sus mejillas y las hundidas venitas de los párpados. Con una especie de horror y espanto indecibles para los que el lenguaje humano no tiene una expresión lo suficientemente potente, sentí que mi corazón dejaba de latir, que mis miembros se paralizaban en el lugar en que me encontraba. Pese a todo, un sentido del deber me hizo al fin recobrar la calma. Ya no me cabía duda de que nos habíamos precipitado con los preparativos para el entierro y de que Rowena aún vivía. Era necesario hacer algo inmediatamente; sin embargo, la torre estaba totalmente apartada de la zona de la abadía habitada por los sirvientes; ninguno había cerca, no tenía forma de llamarlos en mi ayuda sin abandonar la habitación muchos minutos, y no me podía arriesgar a hacerlo. Así pues, luché solo en mis intentos por devolver a

la vida al espíritu aún vacilante. Al cabo de un breve período, sin embargo, se hizo patente cómo se había producido una recaída; el color desapareció tanto de los párpados como de las mejillas, y lo dejó aún más lívidos que el mármol; los labios se marchitaron y se contrajeron doblemente con la horrenda expresión de la muerte; una fría viscosidad repulsiva se extendió rápidamente por la superficie del cuerpo, y de inmediato sobrevino toda la habitual rigidez cadavérica. Me desplomé estremecido sobre el diván del que me había levantado tan alarmantemente, y de nuevo me entregué a las apasionadas visiones de Ligeia.

Había transcurrió así una hora cuando (¿sería posible?) percibí por segunda vez un vago sonido procedente de la zona de la cama. Escuché con atención, horrorizado en extremo. El sonido se oyó de nuevo, era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi claramente un temblor en los labios. Un minuto más tarde se relajaron, y dejaron ver una brillante hilera de dientes nacarados. La consternación pugnaba ahora en mi pecho con el profundo espanto que hasta entonces había reinado solo allí. Sentí que se me nublaba la visión, que perdía la razón, y solo gracias a un violento esfuerzo conseguí, al fin, armarme de valor para reemprender la tarea que mi deber me dictaba una vez más. Había ahora un cierto brillo en la frente, en las mejillas y en la garganta; un perceptible calor invadía todo el cuerpo; incluso se sentían los débiles latidos del corazón. La dama vivía; y con redoblado ardor retomé la tarea de resucitarla. Froté y humedecí sus sienes y sus manos, y puse en práctica todos los recursos que la experiencia, y no pocas lecturas médicas, podían indicarme. Pero fue en vano. Súbitamente, se le fue el color, cesaron los latidos, los labios recobraron la expresión cadavérica y, un instante después, todo el cuerpo adquirió el frío del hielo, el tono lívido, la intensa rigidez, el aspecto demacrado y todas las repugnantes características de quien ha sido durante muchos días huésped de la tumba.

Y nuevamente me sumí en visiones de Ligeia, y otra vez, (¿sorprende que me estremezca al escribir sobre ello?) *otra vez* pude percibir un ahogado sollozo que procedía de donde se hallaba la cama de ébano. Mas ¿por qué voy a relatar minuciosamente los horrores indescriptibles de aquella noche? ¿Por qué voy a detenerme a contar cómo, una y otra vez hasta bien entrada la luz tenue del alba, se repitió este espantoso drama de resucitación; cómo cada espantosa recaída concluía en una muerte más definitiva y aparentemente más irremediable; cómo cada agonía cobraba el aspecto de una lucha con un enemigo invisible y

cómo a cada lucha la sucedía no sé qué extraño cambio en el aspecto físico del cadáver? Permitidme concluir rápido.

Había transcurrido la mayor parte de la aterradora noche y la que había estado muerta se movió de nuevo (y esta vez con más vigor que hasta entonces), aunque se reponía de una desintegración más asombrosa que ninguna por su absoluta desesperanza. Hacía tiempo que yo había cesado ya de esforzarme o de moverme, y permanecía rígido sentado en la otomana, presa indefensa de un torbellino de violentas emociones, de las que el infinito horror era quizá el menos terrible, el menos consumidor. El cadáver, repito, se agitó, y ahora con más energía que antes. El color vital afloró con inusitada fuerza en su rostro, sus miembros se relajaron y, salvo los párpados, que aún estaban fuertemente cerrados, y las vendas y paños, que aún otorgaban un aspecto sepulcral a la figura, podría haber soñado que Rowena; en efecto, se había liberado completamente de las cadenas de la muerte. Pero si no había aceptado aún esta idea del todo, al menos ya no lo pude dudar por más tiempo cuando, levantándose del lecho, tambaleante, con pasos vacilantes, con los ojos cerrados y con el aspecto de alguien desconcertado en medio de un sueño, aquel ser que estaba amortajado avanzó visible y palpablemente hacia el centro de la estancia.

No temblé; no me moví, pues una multitud de fantasías indescriptibles relacionadas con el aspecto, la estatura, el porte de la figura, que habían atravesado raudos mi cerebro, me habían paralizado, me habían dejado petrificado. No me moví, pero contemplé la aparición. Reinaba un loco desorden en mis pensamientos, una confusión inconsolable. ¿Podía ser, en realidad, Rowena viva la que se hallaba frente a mí? ¿Podía ser, en verdad, Rowena *misma*, Lady Rowena de Tremaine, la de cabello rubio y ojos azules? ¿Por qué, *por qué* habría de dudarlo? El vendaje apretaba con fuerza su boca, pero entonces tal vez podría no ser la boca de Lady de Tremaine viva. Las mejillas tenían color como en sus mejores tiempos en vida. Sí, estas podrían ser perfectamente las bellas mejillas de una Lady de Tremaine viva. Y el mentón, con sus hoyuelos, como cuando estaba sana, ¿acaso podría no ser suyo? Sin embargo, ¿*había crecido, entonces, en estatura desde su enfermedad*? ¿Qué indecible locura me hacía presa de ese pensamiento? ¡Di un salto y llegué a su altura! Retrocediendo ante mi contacto, dejó caer de la cabeza ya libre de las espantosas vendas que la habían envuelto, y de ella salió, hacia la agitada atmósfera de la estancia, una enorme cantidad de cabello largo y alborotado; ¡*era más negro que las alas de cuervo a medianoche*! Y entonces se abrieron lentamente los ojos

de la figura que tenía frente a mí. «¡En esto, pues, al menos —grité— nunca podré…, nunca podré equivocarme. Estos son los profundos ojos…, los ojos negros, los ojos enloquecidos de mi amor perdido, los de Lady…, los de Lady Ligeia!».

50. Se refiere posiblemente a una amalgama de Ashtoreth, la diosa fenicia y egipcia del amor y la fertilidad, y de Tophet, una versión del infierno que en el Antiguo testamento se asociaba al culto egipcio de Moloch.

51. Delos es una ciudad del Peloponeso, Grecia, que tiene un templo con estatuas de dioses y diosas.

52. De su *Ensayo sobre la Belleza* (Francis Bacon, 1561-1626). Fue uno de los mejores intelectuales del humanismo inglés y ministro canciller de la reina Isabel I y de su sucesor, Jacobo I. Es célebre por sus teorías empíricas sobre la ciencia, contenidas en su *Novum Organum*.

53. Es un epíteto de origen griego, asociado a una isla, y de ahí la flor «jacinto», usada por clásicos y románticos y aludido en el poema de Poe «To Helen».

54. Era un escultor griego del siglo i a. C., a quien se le atribuye la Venus de Medicis expuesta en la galería de los Uffizi de Florencia.

55. Hace referencia a *La historia de Nouriajad*, de Sydney Biddulph, novela oriental atribuida a Frances Sheridan, publicada en 1767.

56. Las huríes, según cierta creencia bastante común entre los musulmanes, son doncellas de belleza voluptuosa que viven con los elegidos en el paraíso.

57. Filósofo griego del siglo v-iv a. C. a quien se le atribuye la idea de que la verdad yace en el fondo de un pozo. Es conocida su teoría sobre los átomos, como materia del universo junto con la nada; teoría que estimaba Poe.

58. Las estrellas gemelas de Leda son Cástor y Pólux, hijos de Tindáreo y Leda, según la mitología griega. Pero, como suele suceder con Zeus, parece que el padre es el propio padre de los dioses, quien solía usar la estratagema de convertirse en un animal para yacer con las diosas de su agrado, en este caso en un cisne. De ahí la leyenda de «Leda y el cisne» (poema famoso del irlandés W. B. Yeats). Ambos hermanos, llamados los Dioscuros, vivieron muy unidos toda su vida, y al morir le pidieron a Zeus que no los separara; entonces este los convirtió en estrellas. La constelación de Géminis se debe a esta razón.

59. Joseph Granville (1636-1680) fue conocido por sus tratados sobre la ciencia. La cita que encabeza este relato como exergo, al igual que algunas otras, parecen no proceder (al menos, literalmente) del autor a quien Poe las atribuye. Tal vez sean citas de memoria, no literales, ya que no se hallan en las obras del autor en cuestión.

60. Es el «Ángel de la Muerte» según la tradición judía y musulmana, que tiene como misión separar el alma del cuerpo tras la muerte.

Notas y actividades

Notas

«Ligeia», una de las obras maestras de Poe, se publicó en la revista de Baltimore American Museum en 1838. Este relato es complejo no solo formalmente, sino por su temática. Poe tenía cierta afección por la idea, un tanto heterodoxa en las creencias cristianas, de la reencarnación, sobre todo la de los seres queridos. Aquí su imaginación exacerbada le lleva a fantasear con la idea de que su primera mujer, objeto de su amor, se reencarna en su segunda mujer. La primera, su amada ideal, inteligente, erudita y sensible, de origen germánico, contrasta con la segunda de origen británico, Lady Rowena. El escenario escogido es de inspiración gótica, una abadía monacal en ruinas. El ambiente deriva hacia lo macabro, pues la habitación nupcial es una antigua cripta, con toda la decoración apropiada para la circunstancia, y allí Lady Rowena muere envenenada y resucita con el cuerpo de Ligeia. Hay varias interpretaciones del texto, como corresponde a un relato donde hay pluralidad de sentidos, sin duda, pretendida por el propio autor. Es interesante, sobre todo, el despliegue psicológico del terror, de la locura causada quizá por las drogas y la fantasía poética romántica en la que la belleza es un bien supremo. En algunos aspectos nos recuerda a las leyendas del español Bécquer.

Actividades

1.
Resume el argumento del relato.
2.
Haz una lista de adjetivos usados para describir a Ligeia y otros usados para Rowena. Contrástalos para ver lo diferentes que son en la mente del narrador.
3.
¿Qué efectos góticos utiliza Poe en la descripción de la casa: tapices, espejos, etcétera, que predisponen a un estado anímico de terror?
4.
Lee la interesante historia mitológica de la diosa Leda y sus hijos Cástor y Pólux.
5.
¿Qué significan los versos finales del poema que incorpora Poe al relato: «la obra es la tragedia *Hombre* y su héroe, el Gusano Conquistador»?
6.
¿Hay alusiones o connotaciones religiosas en la obra? ¿Parece Poe atenerse a las convenciones y normas religiosas cristianas?
7.
Aquí aparece una antigua abadía. ¿Sabrías decir las partes que contiene una abadía o monasterio cercano a tu pueblo o ciudad natal? Cuando los visites pide un folleto explicativo y conoce sus partes: capilla, claustro, etc.

8. La caída de la Casa Usher

Son coeur est un luth suspendu;
Sitot qu'on le touche il resonne.[61]

De Béranger

Durante todo un día de otoño sombrío, oscuro y silencioso, en el que las nubes bajas pendían plomizas del cielo, había estado cruzando solo y a caballo por una senda del campo especialmente lúgubre; hasta que, al fin, me encontré ante mis ojos, cuando ya caían las sombras de la noche, con la melancólica Casa Usher. No sé cómo ocurrió, pero, en cuanto vislumbré por vez primera el edificio, me invadió el alma una sensación de insufrible tristeza. Y digo «insufrible» porque esta sensación no se vio aliviada por ninguno de esos sentimientos casi placenteros, por lo poéticos, con los que la mente recibe habitualmente incluso las más duras imágenes naturales de la desolación o del horror. Contemplé la escena que tenía ante mí (la casa sola y los simples rasgos paisajísticos de la heredad, las paredes simples y lisas, las vanas ventanas semejantes a ojos, unos juncos ya podridos, unos cuantos troncos pelados de árboles secos) con un total abatimiento en el alma que no puedo comparar con ninguna sensación terrena más acertadamente que con el despertar de un consumidor de opio, la amarga vuelta a la vida cotidiana, la odiosa caída de la venda. Había una gelidez, un decaimiento, una repugnancia en el corazón, una irreparable melancolía de pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podría torturar hasta llegar al saber de lo sublime. ¿Qué era —me paré a pensar—, qué era lo que me desalentaba tanto al contemplar la Casa Usher? Se trataba de un misterio totalmente irresoluble; y tampoco podía luchar contra las oscuras fantasías que me invadían mientras meditaba. Me vi obligado a aceptar la insatisfactoria conclusión de que aunque *existen*, sin duda, combinaciones de objetos naturales muy simples que tienen el poder de afectarnos así, no obstante, el análisis de este poder se basa en consideraciones que quedan fuera de nuestro alcance. Era posible —reflexioné— que una

simple disposición distinta de los componentes de la escena, de los detalles del cuadro, fuese suficiente para modificar, o quizá para hacer desaparecer, su capacidad para transmitir una impresión tan lamentable; y siguiendo el hilo de esta idea, dirigí mi caballo hacia el escarpado borde de una negra y tétrica laguna de sereno brillo que había junto a la vivienda, y mirando hacia él observé con un temblor aún más escalofriante que antes las reorganizadas imágenes invertidas de los juncos grises, de los fantasmagóricos troncos de árbol y de las vacías ventanas que parecían ojos.

A pesar de todo esto, me disponía a pasar una estancia de varias semanas en esta lóbrega mansión. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis compañeros inseparables de la infancia; pero habían transcurrido muchos años desde la última vez que nos vimos. Sin embargo, me había llegado recientemente una carta a un lugar distante del país (una carta remitida por él) que, por su tono displicente, no requería sino una respuesta de tipo personal. El manuscrito daba muestras de una alteración nerviosa. El remitente hablaba de una aguda enfermedad física, de una alteración mental que le aquejaba y de un firme deseo de verme, como su mejor y, de hecho, su único amigo personal, con miras a tratar, por la alegría de mi compañía, de aportar algún alivio a su enfermedad. Fue la forma en que todo esto, y mucho más, se había expresado. Era evidente que había puesto el corazón en el mensaje, lo que me hizo no albergar la más mínima duda y, por consiguiente, obedecí sin dilación lo que consideraba una llamada más que curiosa.

Aunque de niños habíamos tenido una estrecha amistad, sin embargo poco sabía realmente de mi amigo. Se había mostrado habitualmente reservado en exceso. Yo era consciente de que su familia, de rancia estirpe, había destacado desde tiempo inmemorial por una sensibilidad de temperamento especial, que se había mostrado durante muchos años en numerosas obras de arte elevado, y se había manifestado recientemente a través de reiteradas obras de caridad generosas pero discretas, así como a través de una apasionada devoción por las complejidades, quizá incluso más que por la belleza ortodoxa y fácilmente apreciable de la ciencia musical. También conocía el hecho muy destacable de que la estirpe de los Usher, tan admirada a lo largo de los tiempos, nunca había logrado engendrar ninguna rama perdurable; dicho de otro modo, que la familia al completo se cimentaba sobre una línea directa de descendencia, y que, salvo por excepciones de poca importancia y poca duración, siempre había sido así. Fue esta

carencia, meditaba mientras revisaba mentalmente el perfecto paralelismo entre el carácter de la propiedad y el carácter atribuido a sus moradores, y mientras especulaba sobre la posible influencia que la una, en el largo transcurso de los siglos, podría haber ejercido sobre los otros, fue esta carencia, quizá, de una rama colateral y la subsiguiente transmisión directa de padres a hijos del patrimonio junto con el nombre lo que, a la postre, había identificado de tal modo a los dos hasta fundir el nombre original de la hacienda con la curiosa y equívoca denominación de «Casa Usher», nombre que parecía incluir en las mentes de los lugareños que lo empleaban tanto a la familia como a la mansión familiar.

He comentado que el único efecto de mi experimento un tanto infantil, el de mirar hacia el fondo de la laguna, había sido el de profundizar mi extraña primera impresión. No puede caber duda de que la conciencia del rápido aumento de mi superstición —¿por qué no habría de llamarla así?— sirvió principalmente para acelerar ese mismo aumento. Tal es —hace ya tiempo que lo sé— la paradójica ley de todos los sentimientos que tienen al terror como base. Y podría haber sido solamente por este motivo por lo que, al elevar de nuevo mis ojos hacia la propia casa, desde su imagen en el estanque, creció en mi mente una extraña fantasía, una fantasía tan ridícula, de hecho, que solo la menciono para demostrar la intensa fuerza de las sensaciones que me embargaban. Había echado a rodar mi imaginación tanto como para creer realmente que en torno a toda la casa y la heredad, así como en las cercanías más inmediatas, flotaba una singular atmósfera, una atmósfera que no tenía afinidad con el aire del cielo, sino que había emanado de los árboles podridos y el muro gris y la laguna silenciosa; un vapor pestilente y místico, pesado, inerte, apenas discernible y de tono plomizo.

Librando mi espíritu de lo que debía de haber sido un sueño, escudriñé más atentamente el verdadero aspecto del edificio. Su rasgo predominante parecía ser el de una excesiva antigüedad. La pérdida de color provocada por el paso de los años era notoria. Todo el exterior estaba cubierto de diminutos hongos que colgaban de los aleros y formaban un tejido finamente urdido. Sin embargo, todo esto no se correspondía con un deterioro extraordinario. No se había desprendido ningún trozo de la mampostería; y parecía haber un fuerte contraste entre la aún perfecta adaptación de las partes entre sí y el estado de desmoronamiento individual de las piedras. En esto concretamente había mucho que me recordaba la aparente integridad de una vieja

madera tallada que se ha estado pudriendo durante muchos años en algún espacio subterráneo abandonado, sin ser alcanzada por ningún soplo de aire del exterior. Aparte de esta señal de deterioro general, sin embargo, el edificio daba pocas muestras de inestabilidad. Quizá el ojo de un observador minucioso podría haber descubierto una fisura apenas perceptible, que, extendiéndose por la fachada del edificio desde el tejado, recorría el muro bajando en zigzag, hasta que se perdía en las plomizas aguas de la laguna.

Reparando en estas cosas, cabalgué por una corta calzada que conducía hacia la casa. Un sirviente que estaba esperando cogió mi caballo, y entré por el arco gótico del vestíbulo. Un lacayo, de paso sigiloso, me condujo desde allí, en silencio, por multitud de oscuras e intrincadas galerías mientras avanzaba hacia el estudio de su señor. Mucho de lo que encontraba por el camino contribuía —no sé por qué— a acrecentar los vagos sentimientos de los que ya he hablado. Aunque los objetos que me rodeaban (las molduras de los techos, los sombríos tapices de los muros, la negrura de ébano de los suelos y los fantasmagóricos trofeos que se agitaban con mis zancadas) no eran sino cosas a las que (o semejantes a las que) estaba acostumbrado desde mi infancia, aunque no vacilaba en reconocer lo familiar que todo esto era para mí, aún me sorprendía al descubrir lo desconocidas que me eran las fantasías que despertaban aquellas imágenes cotidianas. En una de las escaleras me encontré con el médico de la familia. Su semblante, pensé, reflejaba una expresión mezcla de vulgar astucia y de perplejidad. Se dirigió a mí azorado y siguió adelante. El lacayo abrió entonces una puerta de par en par y me condujo ante la presencia de su señor.

La habitación en la que me encontraba era muy grande y elevada. Las ventanas eran largas, estrechas y ojivales, y estaban a una distancia tan grande del negro suelo de roble, que resultaban totalmente inaccesibles desde el interior. Unos débiles rayos de luz carmesí se abrían paso a través de los cristales enrejados y servían para hacer lo suficientemente nítidos los principales objetos de alrededor; la vista, sin embargo, se esforzaba en vano por alcanzar los rincones más lejanos de la estancia, o los rincones del abovedado y artesonado techo. De las paredes colgaban oscuros tapices. El mobiliario general era abundante, incómodo, antiguo y desvencijado. Aquí y allá yacían esparcidos numerosos libros e instrumentos musicales, pero no proporcionaban ninguna vitalidad a la escena. Sentí que respiraba un ambiente de dolor. Un aire de dura, profunda e irremediable tristeza se cernía invadiéndolo todo.

Al entrar yo, Usher se levantó de un sofá donde había estado tendido

por completo, y me saludó con una vivaz efusión que tenía mucho —pensé en un principio— de cordialidad exagerada, de obligado esfuerzo de un hombre de mundo *ennuyé*.[62] Sin embargo, una mirada a su semblante bastó para convencerme de su perfecta sinceridad. Nos sentamos; y durante unos momentos, mientras no hablaba, lo contemplé con un sentimiento mitad de pena, mitad de temor. ¡Con toda seguridad, ningún hombre se había visto tan terriblemente alterado jamás en tan corto período de tiempo como Roderick Usher! A duras penas pude obligarme a admitir la identidad del pálido ser que tenía frente a mí como la del compañero de mi temprana infancia. Sin embargo, el carácter de su rostro siempre había sido destacable.

Un cutis cadavérico; unos ojos grandes, diáfanos y luminosos sin comparación; unos labios algo delgados y muy pálidos, pero de un dibujo incomparablemente bello; una nariz de delicado modelo hebreo, pero con una anchura poco habitual para las de esa forma; una barbilla finamente moldeada, cuya falta de prominencia revelaba una falta de energía moral; un cabello tenue y suave como una tela de araña; estos rasgos, junto con una desmedida anchura por encima de las sienes, constituían en conjunto un semblante difícil de olvidar. Y en estos momentos, en la pura exageración de las características predominantes de estas facciones y de la expresión que solían mostrar radicaba una parte tan grande del cambio que dudaba de a quién le estaba hablando. La espectral palidez de ahora de la piel y el milagroso brillo de los ojos me sobrecogían e incluso me aterraban, más que nada. Además, había dejado crecer sin ningún cuidado su cabello sedoso y, por su textura natural y fina como de tela de araña, flotaba más que caía alrededor de su rostro; no podía, ni siquiera con esfuerzo, relacionar esta expresión arabesca con cualquier idea de simple humanidad.

En cuanto a las maneras de mi amigo, me chocó inmediatamente una incoherencia, una inconsistencia; y pronto descubrí que esta surgía de una serie de débiles y fútiles esfuerzos por vencer un azoramiento habitual, una excesiva alteración nerviosa. De hecho, estaba preparado para algo de esta naturaleza, no tanto por su carta como por los recuerdos de ciertos rasgos infantiles y por conclusiones que había sacado de su singular complexión física y de su temperamento. Sus actos eran tan pronto vivaces como hoscos. Su voz variaba rápidamente desde una indecisión trémula (cuando su vitalidad parecía quedar completamente en suspenso) hasta una especie de contundencia enérgica, esa articulación abrupta, pesada, pausada y hueca, esa pronunciación gutural plúmbea, equilibrada y perfectamente modulada

que se puede observar en el borracho perdido o en el empedernido consumidor de opio en los momentos de mayor excitación.

Así pues, me habló del objeto de mi visita, de su ferviente deseo de verme y del consuelo que esperaba que yo le proporcionase. Se refirió, en detalle, a lo que él consideraba la naturaleza de su dolencia. Se trataba, dijo, de un mal congénito y de familia, del que había perdido la esperanza de encontrar remedio, una simple afección nerviosa, añadió inmediatamente, que sin duda se pasaría pronto. Se manifestaba a través de una multitud de sensaciones antinaturales. Algunas de estas, al ir detallándolas, me interesaron y me desconcertaron; aunque, quizá, los términos y la forma en general con que lo narró tuvieron mucho que ver en ello. Sufría de una agudeza mórbida de los sentidos; solo podía tolerar la comida más insípida; solo podía vestir ropas de ciertos tejidos; todos los perfumes de las flores le sofocaban; incluso la luz más tenue atormentaba sus ojos, y solamente dejaban de inspirarle horror unos sonidos extraños y los de los instrumentos de cuerda.

Descubrí que era un esclavo preso de una especie de terror anómalo.

—Moriré —dijo—, *debo* morir de esta lamentable locura. Así, así y no de otro modo, me perderé. Temo los acontecimientos futuros no por sí mismos, sino por sus resultados. Tiemblo al pensar en cualquier incidente, incluso en el más trivial, que pudiera operarse sobre esta insufrible alteración del alma. De hecho, no aborrezco el peligro, salvo en su efecto absoluto: el terror. En este acobardado, lamentable estado, sé que llegará el momento más tarde o más temprano en que me abandonarán la vida y la razón, en pugna con el sombrío fantasma, ¡el miedo!

También descubrí, a intervalos y a través de insinuaciones interrumpidas y ambiguas, otro extraño rasgo de su estado mental. Él se encontraba encadenado por ciertas impresiones supersticiosas relativas a la vivienda que habitaba (y de la que durante muchos años no se había atrevido a salir), relativas a una influencia cuya supuesta fuerza me contó en términos demasiado oscuros como para repetirlos aquí, una influencia que algunas particularidades de la propia forma y materia de su mansión familiar habían ejercido, dijo, a fuerza de un largo sufrimiento, sobre su espíritu, un efecto que lo *físico* de los muros y las torres grises, y de la sombría laguna en la que todos se reflejaban, había producido, finalmente, sobre lo *moral* de su existencia.

Admitió, aunque con ciertas dudas, que gran parte de la extraña melancolía que le afligía de tal modo podría atribuirse a una causa más natural y mucho más palpable, a la severa y prolongada enfermedad, de

hecho, al fallecimiento que evidentemente se avecinaba de una hermana tiernamente adorada, su única compañera durante muchos años, el único y último pariente que tenía sobre la tierra.

—Su muerte —dijo con una amargura que nunca podré olvidar— me convertirá (a mí, el desesperado y el frágil) en el último del antiguo linaje de los Usher.

Mientras hablaba, Lady Madeline (pues así se llamaba) cruzó lentamente por una alejada zona de la estancia y, sin haber advertido mi presencia, desapareció. La contemplé con un completo asombro no exento de miedo, y sin embargo, me era imposible explicar esos sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía, mientras mis ojos seguían sus pasos al marcharse. Cuando, finalmente, se cerró la puerta tras ella, busqué instintiva y ansiosamente con la mirada el rostro de su hermano, pero él había hundido su cara en las manos, y solo pude percibir que una palidez fuera de lo normal se había extendido por los demacrados dedos, a través de los que goteaban innumerables lágrimas apasionadas.

La enfermedad de Lady Madeline había desconcertado a la ciencia médica durante mucho tiempo. El insólito diagnóstico era una permanente apatía, un gradual agotamiento físico y frecuentes aunque transitorias afecciones de un carácter parcialmente cataléptico. Hasta entonces, ella había soportado estoicamente las molestias de su enfermedad sin verse confinada a guardar cama. Pero a la caída de la tarde de mi llegada a aquella casa, ella sucumbió (tal como me lo contó su hermano esa noche con indecible nerviosismo) al aplastante poder del destructor; y me di cuenta de que la sensación que yo había sacado de su persona iba a ser probablemente la última en que yo ya no volvería a ver más, al menos en vida, a lady Madeline.

Los días siguientes no se oyó mencionar su nombre ni por parte mía ni por la de Usher; y durante este lapso de tiempo me dediqué en cuerpo y alma a aliviar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos; o escuchaba, como en sueños, las indómitas improvisaciones de su elocuente guitarra. De esta forma, cuanto más me iba adentrando sin reservas en el terreno recóndito de su alma por medio de una relación cada vez más estrecha, más iba yo advirtiendo con tristeza lo fútil que resultaba todo intento de alegrar un espíritu del que emanaba una oscuridad, como si fuera una virtud positiva, que se derramaba por todos los objetos del mundo físico y moral en una constante irradiación pesimista.

Siempre me acompañará el recuerdo de las muchas horas fúnebres

que pasé así solo con el dueño de la Casa Usher. No obstante, no podría expresar una idea exacta del carácter de mis tareas o de las ocupaciones en que él me involucró o que me señaló. Una suerte de idealismo exaltado y enfermizo derramaba por doquier una luz de azufre. Continuarán siempre resonando en mis oídos sus largas e improvisadas endechas. Entre otras cosas, guardo con dolor en mi mente cierta perversión y amplificación especial de la delirante melodía del último vals de Von Weber. De las pinturas que perturbaban su rebuscada imaginación, y que se resolvían, trazo tras trazo, en vaguedades que me hacían estremecer tanto más cuanto más ignoraba su razón de ser; de esas pinturas (vívidas aún, pues sus imágenes las tengo ahora ante mí) en vano me atrevería a presentar sino una pequeña parte que caería dentro del ámbito de las meras palabras escritas.

Por su completa simplicidad, por la desnudez del dibujo, atraía a la vez que intimidaba. Si jamás ser humano logró pintar una idea, ese fue Roderick Usher. Para mí al menos —en las circunstancias que me rodeaban entonces— surgía de las abstracciones puras que el hipocondríaco conseguía plasmar en el lienzo, un intenso temor insufrible, la sombra del cual ni siquiera he sentido nunca con la contemplación de las deslumbrantes pero demasiado concretas ensoñaciones de Fuseli.[63]

Una de las fantasmagóricas imaginaciones de mi amigo, que no participaba tan rigurosamente del espíritu abstracto, puede esbozarse, aunque de forma débil, con palabras. La pequeña pintura presentaba el interior de una enorme cripta o túnel largo y rectangular, con paredes bajas, lisas, blancas y sin interrupción alguna. Ciertos puntos complementarios del dibujo servían para trasmitir la idea de que esa excavación se hallaba a una gran profundidad bajo la superficie de la tierra. No se observaba saliente alguno en ningún trecho del extenso recorrido y no se divisaba ninguna antorcha u otra fuente artificial de luz; sin embargo, había un haz de intensos rayos que lo inundaba todo bañándolo con un fulgor espectral e inusitado.

Ya he hablado de ese mórbido estado del nervio auditivo que hacía toda música insoportable para el oído del oyente, a excepción de ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Eran, tal vez, los estrechos límites que se había impuesto a sí mismo a la guitarra lo que produjo en gran medida el carácter fantástico de sus ejecuciones. Pero no se podría explicar así la fogosa facilidad de sus impromptus. Debía haber sido, y lo era, tanto en las notas como en las palabras de sus exaltadas fantasías (pues con frecuencia se acompañaba de improvisaciones verbales en

verso) el resultado de ese intenso recogimiento y concentración mental al que he aludido antes, observable tan solo en momentos concretos de la más aguda excitación artificial. Me vienen a la memoria las palabras de una de esas rapsodias, tal vez la que más me impresionó al recitarla, porque en la corriente subyacente o mística de su significado creí percibir por primera vez la completa conciencia por parte de Usher de cuán vacilante se asentaba la encumbrada razón sobre su trono. Los versos, que se titulaban «El palacio encantado», rezaban aproximadamente, si no exactamente, así:

I
En el más verde de los valles
que los ángeles habitan,
un bello, señorial palacio,
un hermoso palacio se alzaba.
En las tierras del rey Pensamiento,
allí se encontraba.
Nunca un serafín extendió un ala
sobre tan bello edificio.

II
Gualdas banderas, gloriosas, áureas,
sobre su tejado ondeaban
(esto —todo esto— fue en los viejos
tiempos de antaño);
y la suave brisa que jugaba
en esos días tan gloriosos,
por las murallas de pálidos penachos
en una alada fragancia se esparcía.

III
Los vagabundos del feliz valle
vieron por dos ventanas luminosas
danzar a los espíritus
al ritmo de afinados laúdes,
en torno a un trono do se sentaba
(¡porfirogenético!).
En estado propio de su gloria
se veía al señor de ese reino.

IV
Deslumbrante de perlas y rubíes
era la bella puerta del palacio,
Por ella fluían, y fluían sin cesar
y refulgentes siempre,
una caterva de ecos cuya misión
no era sino cantar
con voces de inmensa belleza
la sabiduría de su soberano.

V
Mas malignos seres, vestidos de dolor
asediaron el estado del monarca.
(¡Ah, lloremos, pues ninguna aurora
amanecerá para él, desolado!)
Y en torno de su casa, la gloria
que florecía y brillaba con fulgor
no es sino una historia mal recordada,
sepultada en viejos tiempos.

VI
Y los caminantes hoy de ese valle
ven por ventanas iluminadas de rojo
vastas formas que fantásticas se mueven
al son de una discordante melodía;
mientras, cual rápido río fantasmal,
por la pálida puerta
corre una horrible turba sin cesar
riendo, pero que jamás sonríe ya.64

Recuerdo bien que esta balada suscitó en nosotros una serie de pensamientos entre los que se hizo manifiesta una opinión de Usher que menciono yo no por razón de su novedad (pues otras personas han pensado así), sino debido a la obstinación con que la mantuvo. Su opinión, en líneas generales, era que los seres vegetales son sensibles. Pero, en su desordenada fantasía, la idea había adquirido unos tintes más osados, e invadía bajo ciertas condiciones el reino de los seres inorgánicos. Me faltan palabras para expresar todo el alcance de su convicción o el serio rechazo de la misma. Tal creencia, no obstante, estaba relacionada —como antes he sugerido— con las piedras grises con que estaba construida la casa de sus antepasados. Las condiciones de sensibilidad —creía él— habían sido satisfechas con la forma de colocar esas piedras en el orden de su disposición, del mismo modo que en los muchos hongos que las cubrían y en los árboles muertos que las rodeaban, sobre todo, en la duración inalterada de esa disposición y en su reflejo en las aguas tranquilas de la laguna. La prueba de ello (la de la sensibilidad) podía verse —dijo (y al decirlo me asusté)— en la gradual e incesante condensación de un ambiente propio alrededor de las aguas y las paredes. El resultado era manifiesto, añadió, en esa silenciosa pero molesta y terrible influencia que durante siglos ha ejercido sobre el destino de su familia, y que había hecho de él lo que yo veía ahora, lo que él era. Estas opiniones no precisan comentario, de modo que no voy a hacer ninguno.

Nuestros libros (los que durante años habían sido una parte importante de la existencia mental del inválido) estaban, como puede

suponerse, en estricta concordancia con este carácter fantasmal.[65] Juntos estudiamos obras tales como *Verver y Chartreuse,* de Gresset; *Belfegor,* de Machiavelli; *Del cielo y del infierno,* de Swedenborg; *El viaje subterráneo,* de Nicolás Klimm de Holberg; *Quiromancia,* de Robert Flud, Jean D'Indagine y De la Chambre; *Viaje a la distancia azul*, de Tieck, y *La ciudad del sol*, de Campanella. Uno de los volúmenes favoritos era una pequeña edición en octavo del *Directorium Inquisitorum*, del dominico Eymic de Gironne; y había pasajes en Pomponio Mela sobre los antiguos sátiros africanos y egibanos, que hacían soñar a Usher horas y horas. Su principal placer, sin embargo, lo encontraba en la lectura de un curioso libro gótico muy raro en cuarto (un manual de una iglesia perdida): las *Vigilae Mortuorum secundum Chorum Ecclesiae Maguntinae*.

No pude evitar pensar en el misterioso ritual de esta obra y su posible influjo ejercido sobre ese hipocondríaco, cuando una noche, después de informarme de repente de que Lady Madeline había fallecido, manifestó su intención de conservar el cadáver durante dos semanas (antes de su definitivo entierro), en una de las numerosas criptas que se hallaban dentro de los muros del edificio. La sencilla razón, sin embargo, que motivaba tan especial proceder no me dio opción a discutir sobre ello. El hermano se había visto abocado a tomar tal decisión —eso me dijo— considerando el carácter insólito de la enfermedad de la difunta, ciertos interrogatorios molestos e indiscretos de los médicos y la distante y expuesta situación del cementerio de la familia. No negaré que cuando recordé el siniestro aspecto de la persona con quien me topé en la escalera el día de mi llegada a la casa no sentí deseo alguno de oponerme a lo que consideré, en el mejor de los casos, una prudencia inofensiva y en absoluto extraña.

A petición de Usher, yo le ayudé personalmente en los preparativos del sepulcro provisional. Una vez colocado el cuerpo en el ataúd, lo llevamos nosotros dos solos a su sepultura. La cripta donde lo colocamos (y que había estado durante mucho tiempo sellada, por lo que nuestras antorchas, medio apagadas en una atmósfera tan densa, nos ofrecían pocas posibilidades de examinarlas) era pequeña, húmeda y carente totalmente de luz. Estaba situada a gran profundidad, directamente debajo de aquella parte del edificio que ocupaba mi propia estancia. Al parecer, había sido utilizado en remotos tiempos feudales como mazmorra, y en los últimos tiempos, como polvorín o alguna otra sustancia combustible, puesto que un trozo de la puerta y todo el interior de una larga arquería por la que accedimos al lugar estaban cuidadosamente revestidos de cobre. La puerta, de hierro macizo, había

sido también protegida de forma similar. Al girar sobre los goznes, su inmenso peso producía un sonido chirriante, increíblemente agudo.

Una vez depositada nuestra carga fúnebre sobre unos caballetes en ese espacio de horror, pusimos un poco a un lado la tapa del ataúd aún sin atornillar y miramos la cara de la difunta. Lo que me llamó primero la atención fue el extraordinario parecido entre el hermano y la hermana. Usher, quizás adivinando mi pensamiento, murmuró unas palabras por las que me enteré de que la fallecida y él eran hermanos gemelos y que entre ellos habían existido siempre sentimientos compartidos de carácter difícil de explicar. Nuestras miradas, sin embargo, no se detuvieron mucho tiempo en la muerta, porque no podíamos mirarla sin sentir horror. La enfermedad que había llevado a la tumba a la dama en la flor de la edad, había dejado, como suele ocurrir en las enfermedades de estricto carácter cataléptico, la burla de un débil rubor en el pecho y en la cara, y esa sonrisa sospechosamente prolongada en los labios que es tan horrible en la muerte. Volvimos a colocar y a atornillar la tapa y, después de asegurar la puerta de hierro, emprendimos el regreso con esfuerzo hasta las casi tan tétricas estancias del piso superior de la casa.

Pasados unos días después de amargo pesar, sobrevino un cambio patente en los síntomas del trastorno mental de mi amigo. Sus formas de comportamiento habitual habían desaparecido. Sus ocupaciones eran abandonadas u olvidadas. Él vagaba de estancia en estancia con pasos rápidos, desequilibrados y sin rumbo. La palidez de su semblante había tomado un tono si cabe aún más espectral, pero el brillo de sus ojos se había apagado. La frecuente ronquera anterior de su voz dejó de oírse, y un temblor trémulo, como sintiendo enorme terror, caracterizaba habitualmente sus emisiones de voz. Había ocasiones, es cierto, en que llegué a pensar que su permanente estado de ánimo agitado era debido a algún secreto que le acongojaba y que buscaba con ahínco el valor necesario para contarlo. A veces, también me veía obligado a atribuirlo todo a las simples divagaciones inexplicables de la locura, pues lo veía quedarse durante horas enteras mirando al vacío en una actitud muy concentrada, como si estuviera escuchando algún sonido imaginario. No era de extrañar que su estado me aterrara, que me infectara también. Sentía pasar deslizándose a mi alrededor, de forma lenta pero segura, las influencias extrañas de sus propias supersticiones fantásticas pero aterradoras.

Fue al retirarme a mi estancia ya tarde en la noche del séptimo u octavo día de haber dejado a Lady Madeline en la mazmorra, cuando

sentí toda la fuerza de esas sensaciones. No podía conciliar el sueño, y las horas transcurrían una tras otra. Me esforcé en encontrar razones que explicasen el nerviosismo que me dominaba. Traté de convencerme de que gran parte, si no todo, de lo que sentía era debido a la sorprendente influencia sobre mí del tétrico mobiliario de la habitación, de la burda y raída tapicería que, movida por el soplo de una incipiente tormenta, ondeaba como posesa de un lado a otro de las paredes y se agitaba vehemente alrededor de los objetos decorativos de la cama. Mis esfuerzos, empero, fueron en vano. Me fue invadiendo poco a poco un irrefrenable temblor y, finalmente, se aposentó sobre mi corazón el íncubo de una alarma totalmente inmotivada. Quitándome esto de encima, jadeante y luchando, me incorporé sobre las almohadas y, escrutando en la intensa oscuridad de la habitación, escuché —no sé por qué, si no fue movido por una fuerza instintiva— ciertos sonidos ahogados e incomprensibles que venían, a intervalos largos entre las pausas de silencio de la tormenta, no sabía de dónde. Dominado por un intenso sentimiento de horror, inexplicable pero insoportable, me puse la ropa a toda prisa, porque creí que no iba a dormir más esa noche, y me empeñé en salir de ese lamentable estado en que había caído dando rápidos pasos de un lado a otro de la estancia.

Había ya dado unas pocas vueltas de esta forma cuando me atrajo la atención una leve pisada en una escalera cercana. Pronto la reconocí como de Usher. Un instante después, con un suave toque llamó a mi puerta y entró a la luz de una lámpara. Su rostro era, como de costumbre, de un pálido cadavérico, pero además había una especie de hilaridad demente en sus ojos, una *histeria* claramente reprimida en todos sus ademanes. Su aspecto me espantaba, mas cualquier cosa era preferible a la soledad que había soportado largo tiempo, por lo que incluso acogí su presencia como un alivio.

—¿Y tú no lo has visto? —dijo de repente, tras echar un vistazo alrededor en silencio—. ¿No lo has visto, entonces? Pero, quieto, ya lo verás.

Y diciendo esto y habiendo resguardado con cuidado la lámpara, se fue directo a una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La furia impetuosa de la ráfaga de viento casi nos levantó del suelo. Era, en verdad, una noche tempestuosa pero de una belleza sombría y una extraña rareza por su terror y atractivo. Un torbellino parecía haber concentrado su fuerza en nuestra vecindad, ya que había frecuentes y violentas alteraciones en la dirección del viento; y la excesiva densidad de las nubes, que se cernían tan bajas que oprimían las torres de la casa,

no nos impedía ver la viva velocidad que llevaban las nubes al correr desde todos los puntos para arremolinarse unas contra otras sin alejarse nunca de allí. Repito que incluso su excesiva densidad no nos impedía contemplar esto; sin embargo, no vimos ni rastro de la luna o las estrellas, ni se producía rayo alguno de un relámpago. Pero las superficies inferiores de las grandes masas de agitado vapor, así como todos los objetos terrestres de nuestro entorno brillaban con una luz nada normal, de una exhalación gaseosa débilmente luminosa y claramente visible que gravitaba alrededor y envolvía como un velo la casa.

—¡No debes, no vas a contemplar eso! —dije yo tembloroso a Usher, mientras le llevaba empujándole suavemente desde la ventana a una silla—. Estos espectáculos que te asombran no son sino meros fenómenos eléctricos corrientes; o quizás deban su fantasmal origen a los podridos miasmas de la laguna. Cerramos esta ventana; el aire es helado y peligroso para tu salud. He aquí una de tus novelas favoritas. Yo leeré y tú escucharás, y así pasaremos esta terrible noche juntos.

El antiguo volumen que había cogido era *Mad Trist*,[66] de Sir Launcelot Canning, pero había dicho que era el favorito de Usher más en broma que en serio; porque, en verdad, poco hay en lo prolijo del libro, tosco y sin imaginación, que pudiera suscitar interés alguno en el elevado y espiritual idealismo de mi amigo. Era, sin embargo, el único libro que tenía a mano; y albergué una vaga esperanza de que la ansiedad que ahora agitaba al hipocondríaco pudiera encontrar alivio (pues la historia de los trastornos mentales está plagada de anomalías parecidas) aun en el colmo del disparate que yo debía leerle. De haber podido juzgar, es cierto, por la extraña e intensa actitud de interés con que escuchaba, o parecía escuchar, las palabras del relato, podría muy bien felicitarme a mí mismo por el éxito conseguido con mi idea. Había llegado a esa parte bien conocida del relato en que Ethelred, el héroe de *Trist*, habiendo intentado en vano ser admitido pacíficamente en la morada del ermitaño, decide entrar por la fuerza. En ese pasaje, recuérdese, las palabras de la narración rezan así:

> Y Ethelred, que por naturaleza era un corazón valiente, y que además era ahora fuerte debido al vino que había bebido, no esperó más charlas con el ermitaño, quien, en verdad, era de un carácter obstinado y malicioso. Antes bien, sintiendo la lluvia en sus hombros y temiendo que estallara la tempestad, alzó resuelto su maza y abrió sitio a golpes por entre los tablones para su mano enguantada; y empujando por ahí con fuerza, partió, rajó y destrozó todo de tal manera que el ruido de la madera seca y hueca alertó con el estrépito todo el bosque.

Al terminar esta frase me asusté y me detuve un momento, porque (aunque al poco me di cuenta de que mi febril imaginación me había engañado) me parecía que desde algún lugar distante de la mansión llegaba claramente a mis oídos lo que podía haber sido, por su parecido exacto, el eco (si bien ahogado y flojo) del mismo ruido de destrozar y partir que Sir Lancelot había descrito con tal precisión. Fue únicamente —de eso no hay duda— la coincidencia lo que me llamó la atención; porque, entre el traqueteo de los marcos de las ventanas y la mezcla de ruidos de la amenazante tormenta, el sonido aquel nada tenía, en sí mismo —de eso estoy seguro— que me hubiera podido interesar o molestar. Y luego continué con el relato:

> Pero el buen campeón Ethelred, entrando entonces por la puerta, se enfureció sorprendido de no percibir señal alguna del perverso ermitaño; pero, en su lugar, había un prodigioso dragón lleno de escamas y de lengua de fuego, guardián de un palacio de oro con piso de plata, y sobre el muro colgaba un escudo de bruñido bronce con esta leyenda inscrita:
>
> *Quien aquí se adentre, será un conquistador.*
> *Quien al dragón mate, ganará el escudo.*
>
> Y Ethelred, levantando su maza, golpeó al dragón en la cabeza, el cual cayó a sus pies exhalando su pestilente aliento y un rugido tan aterrador y ronco y además tan penetrante, que Ethered no pudo sino taparse los oídos con las manos para no oír ruido tan espantoso, pues hasta entonces jamás se había oído nada parecido.

Aquí me detuve de nuevo bruscamente, pero ahora con una sensación de gran perplejidad, porque no me cabía la menor duda de que, esta vez, había oído realmente (si bien me resulta imposible afirmar de qué dirección provenía) el más insólito chillido o sonido chirriante, bajo y distante en apariencia, pero discordante y prolongado; la réplica exacta de lo que mi fantasía había evocado del alarido nada natural del dragón, tal como lo describía el narrador.

Abrumado como estaba, en esa segunda coincidencia de lo más inesperada, por mil sensaciones contradictorias en las que prevalecía la consternación y el terror extremo, todavía conservé la suficiente fortaleza de ánimo para evitar exacerbar con mis comentarios el nerviosismo a flor de piel de mi compañero. Yo no estaba del todo seguro de que él hubiera advertido los mencionados sonidos, aunque, puedo asegurar que se había producido en los últimos minutos una extraña alteración en su conducta. Había girado su silla lentamente desde su posición frente a mí hasta sentarse mirando a la puerta de la estancia. De este modo solo pude apreciar sus facciones parcialmente,

aunque observé que sus labios temblaban como si murmuraran algo en voz baja. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, aunque sabía que no estaba dormido porque advertí sus ojos muy abiertos e inmóviles al echarle una mirada de perfil. También contradecía esta idea el movimiento de su cuerpo, pues se mecía de un lado a otro con un suave pero constante balanceo uniforme. Tras apreciar todo esto, procedí a reanudar la lectura de Sir Lancelot, que decía así:

> Y el campeón, entonces, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, y acordándose del escudo de bronce y de la ruptura del encantamiento que tenía, apartó de su camino el cadáver y avanzó con valor sobre el pavimento de plata del castillo hacia el lugar del muro en que colgaba el escudo; el cual no esperó a que llegara, sino que cayó a sus pies sobre el suelo de plata con un enorme y terrible estrépito.

Apenas habían salido de mi boca estas palabras cuando percibí la reverberación de un eco claro, vacuo, y metálico, pero como seco y apagado, como si en realidad un escudo de bronce se hubiese precipitado de golpe a un suelo de plata. Dominado por los nervios, me puse en pie de un brinco, pero el balanceo acompasado de Usher continuó sin turbarse. Me precipité hacia la silla en que estaba sentado. Miraba fijamente hacia adelante y todas las facciones de su rostro poseían una rigidez de piedra. Pero al ponerle una mano sobre el hombro, le sobrevino un fuerte temblor por todo el cuerpo; una sonrisa malévola se estremeció en sus labios y advertí que emitía un murmullo casi inaudible, apresurado e ininteligible, como si ignorara mi presencia. Al inclinarme cerca de él, al fin capté el sentido horrible de sus palabras.

—¿No lo oyes? Sí, lo oigo, y lo he oído. Mucho, mucho, mucho, muchos minutos, muchas horas, muchos días lo llevo oyendo, pero no me atreví. ¡Oh, ten piedad, que soy un mísero ser! ¡Yo no me atreví, no me atreví a hablar! ¡La metimos viva en la cripta! ¿No dije que mis sentidos eran muy sensibles? Pues te digo ahora que oí sus primeros movimientos débiles en el hueco ataúd. Los oí… hace muchos, muchos días, pero no me atreví… ¡No me atreví a hablar! Y ahora… esta noche… Ethelred. ¡Ja, ja! ¡La rotura de la puerta del ermitaño y el grito de muerte del dragón y el estrépito del escudo! ¡Di, más bien, el rajarse de su ataúd y el chirrido de las bisagras de hierro de su prisión y su desesperada lucha dentro de la arquería de bronce de la cripta! ¡Oh! ¿Adónde huir? ¿No estará ella aquí pronto? ¿No vendrá rápido a reprenderme por mis prisas? ¿No he oído sus pasos en la escalera? ¿Es que no oigo ese latido pesado y espantoso de su corazón? ¡Insensato! — Entonces se puso en pie de un salto y gritó estas palabras, como si

entregara el alma en cada sílaba:— ¡Insensato! Te digo que ella ahora está detrás de la puerta!

Como si en la energía sobrehumana de su voz se hallara la potencia de un sortilegio, los enormes y viejos batientes de la puerta hacia los que apuntaba Usher abrieron lentamente, en ese instante, las pesadas mandíbulas de negro ébano. Era causado por la fuerte ráfaga de viento, pero entonces detrás de esas puertas ¡estaba! la alta figura amortajada de Lady Madeline Usher. Había sangre en su ropa blanca, y pruebas de su denodada lucha en cada parte de su escuálida figura. Por un momento ella se quedó temblorosa y tambaleante en el umbral, y luego, con un sordo quejido, cayó pesadamente hacia adentro sobre su propio hermano, y en su violenta agonía final lo arrastró ya muerto al suelo, víctima de los terrores que había anticipado.

Huí espantado de aquella estancia y de aquella mansión. La tormenta aún arreciaba fuera con toda violencia al cruzar la antigua avenida. De repente, se encendió a lo largo del camino una extraña luz y me volví a ver de dónde procedía un fulgor tan insólito, pues la enorme casa y su sombra quedaban ya a mi espalda. El resplandor provenía de la luna llena, roja como la sangre y poniéndose, que brillaba ahora vívida a través de esa fisura apenas perceptible de la que hablé antes, que se extendía desde el tejado del edificio en forma de zigzag hasta el suelo. Mientras miraba, la fisura se amplió de pronto y sopló una ráfaga furiosa del torbellino; el círculo entero del satélite irrumpió de repente ante mi vista; mi alma se tambaleó al ver los fuertes muros desmoronarse; hubo un largo sonido clamoroso como la voz de miles de arroyos torrenciales, y la profunda y fría laguna a mis pies se cerró sombría y silenciosa sobre los restos de la Casa Usher.

61. «Su corazón es un laúd suspendido. En cuanto lo tocan, suena.» Estos versos proceden del poema «El rechazo», de Pierre Jean Béranger (1780-1857). Sugieren a Poe que el laúd tiene forma de corazón.

62. En francés, «hastiado». Es una de las palabras «románticas».

63. Henry Fuseli (1741-1825) fue un escritor y pintor de origen suizo afincado en Inglaterra, que pintó cuadros con temas muy extraños, llenos de alusiones violentas y fantasías eróticas, propias de las visiones oníricas, en consonancia con las novelas góticas de terror.

64. Este poema fue publicado por Poe en la revista *Baltimore Museum*, en 1839. Posteriormente decidió incluirlo en este relato.

65. La biblioteca de Usher es un ejemplo de biblioteca esotérica propia del romanticismo, con su colección de libros especializados en la ciencia de lo oculto, de lo enigmático y de lo quiromántico. En varios de los mencionados en este relato se halla presente la raya que divide la vida de la muerte.

66. *Mad Trist*, de L. Canning, es un libro fruto de la invención imaginativa de Poe. Sin

embargo, tiene en su forma asociaciones literarias con otros autores románticos.

Notas y actividades

Notas

Este relato, uno de los más populares de Poe, fue publicado en el *Burton's Gentleman's Magazine* en 1839, y tiene una estructura narrativa compleja y de significado abierto a la interpretación del lector. Pero tiene también pasajes fantásticos e inverosímiles; son enigmas sin solución que a Poe tanto le gustaban, cuyo fin es jugar con la «credulidad» inocente del lector. Poe es capaz de captar la atención del lector y sumergirlo en un ambiente lleno de decadencia y aniquilación física que causa gran horror. Roderick es el intelectual que solo encuentra solaz en la biblioteca llena de volúmenes científicos, espirituales pero enigmáticos. Aborda con horror la relación incestuosa de Roderick y el deseo prohibido de fundirse eternamente con su hermana Madeline, que representa el mundo material y sensual. La muerte, el abandono del mundo material, es la solución final a sus problemas dinásticos. Al final el estanque negro engulle la casa, la familia y toda su dinastía para siempre.

Actividades

1.
Resume el argumento del relato.
2.
Enumera y comenta todos los elementos románticos que aparecen en el relato.
3.
¿Qué papel desempeña el escenario natural, las nubes, el viento, las tormentas… y qué efecto produce en el lector: tristeza, miedo, terror etcétera? ¿Dónde termina lo natural y comienza lo extraordinario o sobrenatural en el escenario descrito?
4.
Aparece una biblioteca de libros bien seleccionados por los intereses de su propietario. Lee el relato corto «La biblioteca de Babel», de Jorge Luís Borges, o la biblioteca que aparece en el centro de la historia de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco.
5.
Escucha composiciones del compositor alemán Carl von Weber y contempla algunas extraordinarias pinturas del extraño pintor suizo Henry Fuseli, famoso por sus cuadros de pesadillas.
6.
Intenta describir brevemente un paisaje que te haya emocionado, conmovido, atemorizado, asombrado o deslumbrado. Expresa los sentimientos que te inspiró.

9. La verdad del caso de Mr. Valdemar

Por supuesto, no voy a pretender que sea una cuestión sorprendente que el extraordinario caso de Mr. Valdemar haya provocado la polémica. Hubiera sido un milagro si no fuera así, en especial dado el estado de cosas. Pese al deseo de las partes interesadas de mantener el asunto oculto al público, al menos por el momento, o hasta que tuviéramos más oportunidades para investigar, pese a nuestro denodado esfuerzo por llevarlo a cabo, corrió entre la gente una versión distorsionada o exagerada y se convirtió en fuente de no pocas interpretaciones desagradables, si bien también, como es natural, de no poco escepticismo.

Ahora se hace necesario que vaya a los *hechos* tal y como los entiendo yo mismo. Estos son, de forma sucinta.

En los últimos tres años he centrado mi atención en el tema del hipnotismo. Y hará unos nueve meses me ocurrió, de repente, que en la serie de experimentos hasta ahora llevados a cabo había habido una omisión tan notable como inexplicable: nadie había sido hasta ahora hipnotizado *in articulo mortis*.[67] Quedaba por ver, en primer lugar si, en tal estado, existía en el paciente cualquier resistencia a la influencia magnética; en segundo lugar, de existir alguna persona, si empeoraba o mejoraba en ese estado; en tercer lugar, hasta qué punto o por cuánto tiempo quedarían detenidas con tal proceso las fases de la defunción. Había otros puntos que confirmar, pero estos eran los que más estimulaban mi curiosidad; el último especialmente, debido a la enorme importancia de sus consecuencias.

Al buscar a mi alrededor a algún paciente que me sirviera para probar estos extremos, se me ocurrió pensar en mi amigo, Mr. Ernest Valdemar, el famoso compilador de la Bibliotheca Forensica y autor, bajo el pseudónimo de Issachar Marx, de la versión polaca de *Wallestein* y de *Gargantúa*.[68] Mr. Valdemar, que había vivido desde 1839, sobre todo, en Harlem, Nueva York, es (o fue) conocido en especial por la

exagerada delgadez de su persona, pues sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolph;[69] también lo fue por lo blancura de las patillas, en total contraste con su pelo negro (por lo que este a menudo lo tomaban por una peluca). Tenía un temperamento extremadamente nervioso, lo que le convertía en un buen sujeto para hacer experimentos hipnóticos. En otras dos ocasiones yo lo había dormido con facilidad, pero quedé frustrado con otros resultados que su especial constitución me había llevado a predecir de forma natural. Nunca había logrado tener bajo mi control su voluntad de verdad, o completamente, y en lo que respecta a la clarividencia, no podría realizar con él nada que fuera de fiar. Siempre atribuí mi fracaso en esos momentos al desequilibrado estado de su salud. Meses antes de que yo lo conociera, sus médicos le habían diagnosticado que estaba afectado de tisis. De hecho, tenía por costumbre hablar tranquilamente de su cercana desaparición, como de un asunto que no había que evitar ni que lamentar.

Cuando se me ocurrieron las ideas de las que he hablado antes, evidentemente era muy natural que pensara en Mr. Valdemar. Conocía la sólida filosofía de este hombre demasiado bien como para no temer ningún tipo de escrúpulos por su parte; además no tenía parientes en América que pudieran entrometerse. Hablé del tema con él con sinceridad y, para sorpresa mía, pareció vivamente interesado. Digo para sorpresa mía, porque, aunque se había prestado siempre libremente para mis experimentos, nunca me había dado ninguna muestra de simpatía por lo que yo hacía. Su enfermedad era de ese tipo que admitía un cálculo exacto con respecto a la fecha de su fatal desenlace; y entre nosotros acordamos finalmente que me mandaría llamar unas veinticuatro horas antes del momento de su defunción anunciada por su médico.

Hace ahora más de siete meses desde que recibí del propio Valdemar la nota que sigue:

> Mi querido P.:
>
> Ya puede usted venir ahora. D. y F. están de acuerdo en que no voy a sobrevivir más allá de mañana por la noche, y creo que han calculado el tiempo con mucha precisión.[70]
>
> Valdemar

Recibí esta nota media hora más tarde de que se escribiera, y a los quince minutos estaba yo ya en la alcoba del moribundo. No le había visto durante diez días y me quedé asombrado de la terrible alteración que se había operado en él en ese breve intervalo. Su cara tenía un tono

plomizo, sus ojos carecían de lustre, y estaba tan extremadamente demacrado que la piel se había cuarteado por los pómulos. Expectoraba excesivamente. Apenas se le percibía el pulso. Sin embargo, mantenía de una manera extraordinaria tanto su poder mental como cierto grado de fuerza física. Hablaba con claridad; tomó algunas dosis medicinales sin ayuda, y cuando entré en la habitación estaba tomando notas a lápiz en un cuaderno de bolsillo. Estaba incorporado en la cama con ayuda de almohadas. Los doctores D. y F. le estaban atendiendo.

Después de apretar la mano de Valdemar, llevé aparte a estos caballeros y les solicité una detallada descripción del estado del paciente. El pulmón izquierdo llevaba dieciocho meses en un estado semióseo o cartilaginoso, y carecía, por supuesto, de toda función vital. El derecho, en su parte superior, estaba también parcialmente, si no totalmente, calcificado; en tanto que la parte inferior era simplemente una masa de tubérculos purulentos que se superponían. Había varias perforaciones de apreciable tamaño que en algún momento habían quedado adheridas permanentemente a las costillas. La aparición de estas en el lóbulo derecho era de una fecha comparativamente reciente. La calcificación había progresado con una rapidez inusitada, aunque no se había descubierto ninguna señal de ella el mes anterior y la adhesión solamente se había observado durante los últimos tres días. Aparte de la tisis, se sospechaba que el paciente padecía de un aneurisma de aorta, pero en ese momento, los síntomas óseos hacían imposible un diagnóstico exacto. La opinión de ambos médicos era que Mr. Valdemar moriría sobre la medianoche del día siguiente (domingo). Eran entonces las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera de la cama del enfermo para sostener una conversación conmigo, los doctores D. y F. le habían dado el último adiós. No tenían intención de volver, pero a petición mía, consintieron en venir a echar un vistazo al paciente sobre las diez de la noche siguiente.

Cuando se fueron, me puse a hablar abiertamente con Mr. Valdemar sobre el tema de su próxima defunción, así como, más concretamente, sobre el experimento propuesto. Él todavía se mostró bastante predispuesto e incluso deseoso de hacerlo, y me animó a comenzarlo de inmediato. Le atendían un enfermero y una enfermera, pero no me sentí del todo confiado para enfrascarme en tareas de este tipo con testigos tan poco fiables en caso de accidente repentino. Por tanto, aplacé las operaciones hasta cerca de las ocho de la siguiente noche, en que la llegada de un estudiante de medicina con quien tenía cierta confianza

(Mr. Teodoro Ll.) me libró de posteriores complicaciones. Mi intención primera había sido esperar por los médicos; pero dos cosas me indujeron a continuar: primero, los insistentes ruegos de Mr. Valdemar; segundo, mi convencimiento de que no tenía tiempo que perder, porque era obvio que el estado del enfermo estaba decayendo rápidamente.

Mr. Ll. fue tan amable de acceder a mis deseos de que tomara nota de todo cuanto ocurriera, y es precisamente de esta memoria de donde procede en su mayor parte lo que ahora tengo que contar, condensado o copiado al pie de la letra

Faltaban unos cinco minutos para dar las ocho cuando, tomando la mano del paciente, le rogué que le dijera a Mr. Ll. lo más claramente posible si él (Mr. Valdemar) estaba dispuesto a que yo hiciera el experimento de hipnotizarle en esas condiciones.

Replicó con voz débil, aunque bastante audible:

—Sí, quiero ser hipnotizado. —Y agregó inmediatamente después—: Me temo que lo ha demorado demasiado tiempo.

Mientras hablaba de este modo, comencé a hacer los pases que, según mis comprobaciones, eran más efectivos para inducirle a hipnosis. Quedó claramente influido por el primer toque lateral de mi mano sobre su frente, pero aunque puse en práctica todos mis poderes, no se produjo ningún efecto posterior visible hasta algunos minutos después de las diez, cuando los doctores D. y F. llamaron, según lo acordado. En pocas palabras, les expliqué lo que planeaba, y, como no presentaron objeción alguna y decían que el paciente ya estaba en la agonía, procedí entonces sin dudar cambiar los pases laterales por los verticales y dirigir la mirada fijamente al ojo derecho del paciente.

Durante este proceso, su pulso era imperceptible y su respiración eran estertores de medio minuto de intervalo.

Durante un cuarto de hora, este estado apenas sufrió alteración alguna. Al final de este lapso de tiempo, sin embargo, del pecho del moribundo se escapó un suspiro natural pero muy profundo y cesó la respiración estertórea; esto es, se dejaron de apreciar sus estertores y los intervalos no disminuyeron. Las extremidades del paciente estaban más frías que el hielo.

Cinco minutos antes de las once percibí signos inequívocos del influjo de la hipnosis. El vidrioso globo ocular en blanco cambió por la expresión de un inquieto examen *interior* que nunca se aprecia salvo en casos de sonambulismo y que es casi imposible de confundir. Con unos pases laterales rápidos hice que temblaran sus párpados, como en un sueño incipiente, y con unos pocos más se los cerré totalmente. No

estaba satisfecho con esto, sin embargo, pero continué las manipulaciones activamente y con la máxima aplicación de la voluntad hasta dejar completamente rígidos los miembros del hipnotizado después de colocárselos en una posición relajada. Tenía las piernas completamente estiradas, y los brazos casi también y en reposo sobre la cama a no mucha distancia de su bajo vientre. Tenía la cabeza ligeramente levantada.

Estábamos ya en plena medianoche cuando terminé la sesión y solicité a los caballeros presentes que examinaran el estado de Mr. Valdemar. Tras unas cuantas pruebas, informaron que estaba en un estado increíblemente perfecto de trance hipnótico. Se había despertado una enorme curiosidad entre ambos médicos. El doctor D. decidió de inmediato permanecer con el paciente toda la noche, en tanto que el doctor F. se despidió prometiendo volver al amanecer. Mr. Ll. y los enfermeros se quedaron.

Dejamos a Mr. Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la mañana, momento en el que me aproximé y le encontré precisamente en el mismo estado en el que se encontraba cuando se fue el doctor F., esto es, yacía en la misma posición, el pulso era imperceptible, la respiración era tranquila (apenas se notaba, a menos que se le colocara delante de los labios un espejo), los ojos estaban cerrados con naturalidad y los miembros estaban más rígidos y más fríos que el mármol. Aun así, su aspecto en general no era el de un difunto.

Al acercarme a Mr. Valdemar amagué un intento de atraer su brazo derecho en dirección al mío, pasando este suavemente de un lado a otro sobre su persona. En tales pruebas nunca había tenido éxito anteriormente con este paciente, y les aseguro que dudaba mucho de tenerlo ahora; pero, para asombro mío, su brazo siguió muy fielmente, aunque con lentitud, la dirección que yo le iba marcando con el mío. Decidí aventurar unas palabras de conversación.

—Mr. Valdemar —dije—, ¿está usted dormido?

No dio ninguna respuesta, pero percibí un temblor en sus labios, de forma que me vi obligado a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera vez todo su cuerpo se conmovió con una ligerísima agitación; los párpados se abrieron tanto que dejaron ver una línea blanca del globo ocular; los labios se movieron perezosamente y de entre ellos, en un murmullo apenas perceptible, salieron estas palabras:

—Sí, ahora dormido. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Entonces toqué los miembros y los encontré más rígidos que nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía a la dirección de mi mano.

Pregunté de nuevo al sonámbulo:

—¿Todavía le duele el pecho, Mr. Valdemar?

La respuesta fue inmediata, pero un poco menos perceptible que antes:

—No duele. Me estoy muriendo.

No creí aconsejable molestarle por más tiempo en ese momento y no dije ni hice nada más hasta la llegada del doctor F., quien vino un poco antes del amanecer y se quedó mudo de asombro al encontrar aún vivo al paciente. Tras tomarle el pulso y aplicarle un espejo a los labios, me rogó que volviese a hablar con el sonámbulo. Así lo hice, y dije:

—Mr. Valdemar, ¿aún sigue dormido?

Como ya había ocurrido, pasaron unos minutos antes de que replicara, y durante ese lapso de tiempo el moribundo parecía estar acumulando fuerzas para hablar. A la cuarta repetición de mi pregunta dijo muy débilmente, casi de manera imperceptible:

—Sí, aún dormido. Muriendo.

Los doctores opinaban ahora o, más bien, deseaban que a Mr. Valdemar se le dejara tranquilo en su actual estado de evidente tranquilidad hasta que le sobreviniera la muerte; y esto, como era opinión general, no debería tardar más de unos minutos. Sin embargo, decidí hablar con él una vez más y me limité a repetir mi pregunta anterior.

Mientras hablaba, sobrevino un cambio notable en el aspecto del sonámbulo. Los ojos se abrieron lentamente girando en su órbita y las pupilas desaparecieron hacia arriba; la piel tomó un tono cadavérico que se parecía más al papel blanco que a un pergamino; y los febriles colores que, hasta entonces, habían sido tan visibles en el centro de sus mejillas se apagaron de inmediato. Empleo esta expresión porque la inmediatez de su partida me trajo a la memoria el modo en que una vela se apaga de un soplo. El labio superior, al mismo tiempo, se elevó y dejó ver los dientes que hasta ahora había cubierto completamente; mientras, la mandíbula inferior caía con una sonora sacudida, dejaba la boca completamente abierta y ofrecía a plena vista la lengua hinchada y ennegrecida. Me imagino que todos los allí presentes estaban acostumbrados a presenciar los horrores del lecho de muerte, pero el aspecto de Mr. Valdemar en ese momento era tan increíblemente espantoso, que se produjo una retirada hacia atrás general de las cercanías de la cama.

Creo que he llegado ya a un punto de esta narración en el que el lector quedará desconcertado sin creerse un ápice del relato. Mi

obligación, sin embargo, es tan solo continuar.

Ya no quedaba en Mr. Valdemar la más mínima señal de vitalidad, y nosotros, como acordamos que ya estaba muerto, lo estábamos confiando al cuidado de los enfermeros, cuando pudimos observar un fuerte movimiento vibratorio de la lengua, que continuó tal vez durante un minuto. Al término de este lapso de tiempo, surgió una voz desde las mandíbulas distendidas e inmóviles. Tal era que sería una locura por mi parte intentar describirla. Hay, seguramente, dos o tres epítetos que se podrían considerar tal vez apropiados en parte para ello; podría decir, por ejemplo, que el sonido era bronco, quebrado y hueco, pero en conjunto el horroroso sonido era indescriptible, por la simple razón de que nunca un sonido semejante había enervado los oídos de un ser humano. Había dos detalles, sin embargo, que —pensé entonces y aún pienso— podrían atribuirse perfectamente a rasgos de la entonación, tan bien adaptada para transmitir algo de sus características poco terrenales. En primer lugar, la voz parecía llegarnos, al menos a mí, desde una larga distancia o desde una profunda caverna en el interior de la tierra. En segundo lugar, la voz me causó la misma sensación —me temo, en realidad, que será imposible hacerme entender— que la que una materia gelatinosa o glutinosa causa en el sentido del tacto.

He hablado de ambas cosas: de «sonido» y de «voz». Quiero decir, tenía una vocalización silábica clara, incluso extraordinaria y sorprendentemente clara. Mr. Valdemar habló en respuesta, obviamente, a la pregunta que le había planteado yo unos minutos antes. Yo le había preguntado, acuérdense, si aún dormía. Él entonces contestó:

—Sí, no, *he estado* durmiendo y ahora…, ahora *estoy muerto*.

Ninguna persona presente fingió siquiera negar, o intentó reprimir, el indecible y espantoso horror que estas pocas palabras, así articuladas, estaban bien calculadas para producir. Mr. Ll. (el estudiante) se desvaneció. Los enfermeros abandonaron la alcoba y no se les pudo convencer para que volvieran. Mis propias impresiones no me atrevería a hacerlas comprensibles al lector. Durante casi una hora nos ocupamos, en silencio, sin articular ni una palabra, en intentar reanimar a Mr. Ll. Cuando recobró el sentido, nos volvimos a centrar en la investigación del estado de Mr. Valdemar.

Permanecía en todo tal como lo describí anteriormente, a excepción de que el espejo ya no acusaba prueba alguna de la respiración. Fracasó el intento de sacarle sangre del brazo. Debería también comentar que este miembro no se sometió ya más a mi voluntad. Intenté en vano hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real, pues,

de la influencia hipnótica era el movimiento vibratorio de la lengua, en cuanto me dirigía con preguntas a Mr. Valdemar. Este parecía hacer un gran esfuerzo para responder, pero ya no tenía suficiente voluntad. A las preguntas dirigidas por otras personas que no fuera yo mismo se mostraba completamente insensible, aunque me esforcé en colocar a cada uno de los acompañantes en *comunicación* hipnótica con él. Creo que ahora ya he relatado todo lo que concierne a la comprensión del estado de sonámbulo en ese momento. Se consiguieron otros enfermeros, y a las diez en punto abandoné la vivienda en compañía de los dos médicos y Mr. Ll.

Por la tarde volvimos allí para visitar al paciente. Su estado permanecía igual. Entonces hablamos sobre la conveniencia y la posibilidad de despertarle, pero no tardamos en acordar que nada bueno íbamos a conseguir con tal acción. Era evidente que, hasta ahora, la muerte (o lo que normalmente se llama muerte) había quedado detenida por el proceso hipnotizador. Nos parecía claro a todos nosotros que despertar a Mr. Valdemar equivalía a asegurar su instantánea (o por lo menos rápida) defunción.

Desde esos días hasta el final de la pasada semana (*un lapso de casi siete meses*) continuamos haciendo llamadas diarias a casa de Mr. Valdemar, acompañados, de vez en cuando de médicos y otros amigos. Todo este tiempo el sonámbulo permaneció exactamente tal como la última vez que lo describí. La atención de los enfermeros era continua.

Fue el pasado viernes cuando por fin decidimos hacer la prueba de despertarlo o de intentar despertarlo. Fue justamente el resultado (tal vez) poco afortunado de este último experimento lo que dio pie a tanta discusión en círculos privados, así como a tanta —no puedo evitar pensar así— opinión popular incontrolada.

Con el objeto de liberar a Mr. Valdemar del trance hipnótico, me dispuse a realizar los pases de costumbre. De momento, estos no tuvieron éxito alguno. La primera indicación de reavivación la proporcionó una parcial bajada del iris. Se observó como muy extraño que esta bajada de la pupila fuera acompañada de un profuso flujo de icor amarillento (por debajo de los párpados), de hedor penetrante y muy repulsivo.

Se suscitó entonces que yo debería intentar actuar sobre el brazo del paciente, como había hecho hasta entonces. Hice el intento y fracasé. El Dr. F. me sugirió que le hiciera una pregunta. Yo lo hice así, tal como sigue:

—Mr. Valdemar, ¿puedes explicarnos cuáles son tus pensamientos o

deseos ahora?

Hubo una repentina vuelta a los febriles círculos en las mejillas, al tiempo que la lengua temblaba, o mejor, vibraba de forma violenta en la boca, aunque las mandíbulas y los labios permanecían rígidos como antes. Finalmente, brotó la misma horrenda voz que ya he descrito:

—¡Por el amor de Dios! ¡Rápido! ¡rápido! ¡Duérmame! ¡Oh, rápido! ¡Despiérteme! ¡Rápido! ¡*Le repito que estoy muerto*!

Estaba totalmente desconcertado, y durante unos instantes me quedé sin saber qué hacer. Finalmente, hice un esfuerzo para recomponer al paciente, pero no pudiendo hacerlo, debido a la total carencia de voluntad, volví sobre mis pasos y puse todo el empeño y oficio en despertarlo. En este intento pronto vi que iba a acabar con éxito (o, al menos, pronto me imaginé que mi éxito sería completo) y estoy seguro de que todos los presentes allí estaban esperando ver despertarse al paciente.

Sin embargo, es completamente imposible que ningún ser humano pueda estar preparado para ver lo que realmente ocurrió.

Tan pronto como hice los pases de hipnotismo, entre exclamaciones de ¡muerto! ¡muerto! *brotando* con vehemencia de la lengua, no de los labios, del paciente, de repente todo su cuerpo, en el espacio de un solo minuto, incluso menos, se encogió, se desmoronó absolutamente *podrido* entre mis manos. Sobre la cama, ante toda la gente presente, quedó una masa asquerosa casi líquida de aborrecible podredumbre.

67. En latín, «el trance de muerte».

68. El drama *Wallenstein*, es una trilogía que fue escrita por el famoso poeta y filósofo alemán Friedrich Schiller (1759-1805), cuya obra fue influyente en la primera época romántica. Por otra parte, *Gargantua* es una obra novelesca del escritor francés del siglo xvi, François Rabelais, llena de ironía paródica.

69. John Randolph (1773-1833) fue un político norteamericano, partidario de Jefferson en un primer momento, pero luego se opuso al mismo por la compra de Florida y por la guerra con Inglaterra en 1812, cuando era el líder del partido republicano. Al final de su vida sufrió ataques de demencia. La figura del político pudo haber inspirado a Poe.

70. Parece que el criptónimo de las letras se han interpretado como referido a personas conocidas: P, por su propio apellido; D y F, por dos doctores que conocía Poe: el Dr. Draper y el Dr. Francis, ambos de la Academia de Medicina de Nueva York.

Notas y actividades

Notas

Publicado en *American Review* en 1845, esta obra está sugerida por el tema de la hipnosis, del que entonces se hablaba mucho y cuyos experimentos con fines terapéuticos tuvieron gran difusión. Por esta época realizaba sus experimentos el alemán Friedrich A. Mesmer sobre el «magnetismo animal»; de ahí el nombre en inglés como se conoce la hipnosis: «mesmerismo». A Poe le interesó más bien su aplicación psiquiátrica, como forma de bucear en el subconsciente humano, pero lleva más allá de lo ordinario el caso de Mr. Valdemar al hacer incursiones en la fantasía literaria, al explorar los límites entre la vida y la muerte y, por ende, la cuestionable separación de la mente y del cuerpo.

Actividades

1.
¿Cómo empieza el relato? ¿Qué cuenta? ¿Cuál es el final?
2.
¿Has sido hipnotizado alguna vez? Cuenta lo que sentiste. ¿Crees que son ciertos los efectos del hipnotismo físico y psicológico como solución terapéutica? ¿Qué has oído de ello?
3.
¿Conoces los efectos devastadores de una enfermedad terminal de algún pariente o familiar? Describe alguno de los efectos del deterioro físico, sin morbosidad, objetivamente.
4.
Busca los hechos históricos que narran cómo ocurrió la compra norteamericana de Florida por un precio irrisorio.

Índice de contenido

CoverImage
Portadilla
Portada
Créditos
Introducción: Edgar Allan Poe
    Su personalidad
    Su vida
    Su obra
Cuentos extraordinarios. Edgar Allan Poe
    1. El barril de amontillado
        Notas y actividades
    2. El pozo y el péndulo
        Notas y actividades
    3. El gato negro
        Notas y actividades
    4. El escarabajo de oro
        Notas y actividades
    5. El corazón delator
        Notas y actividades
    6. La carta robada
        Notas y actividades
    7. Ligeia
        Notas y actividades
    8. La caída de la Casa Usher
        Notas y actividades
    9. La verdad del caso de Mr. Valdemar
        Notas y actividades

Guillermo Domínguez Fernández (coord.)
Trascender Bolonia a través de la innovación: más allá de un reto burocrático
Una experiencia de innovación universitaria integrada: la Facultad de Ciencias Sociales de la UPO
universidad
Octaedro

Trascender Bolonia a través de la innovación: más allá de un reto burocrático

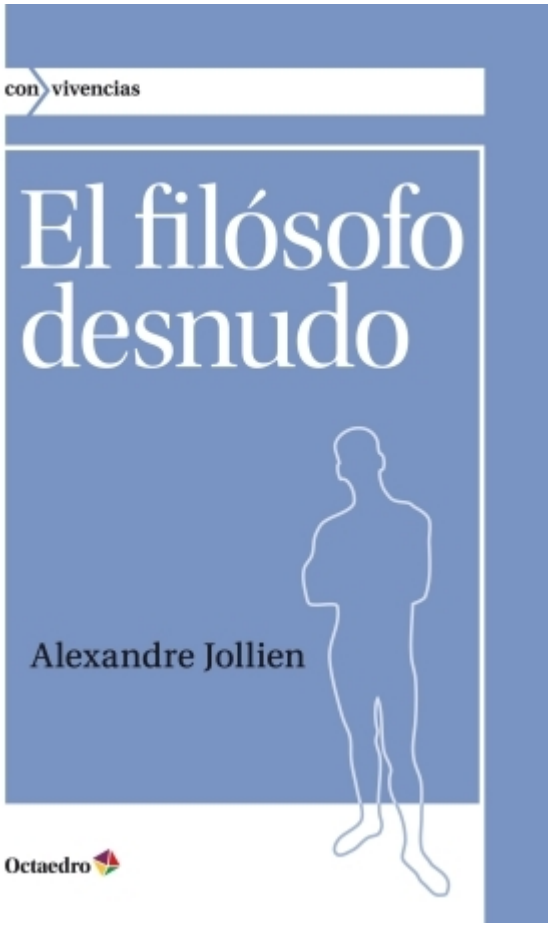
Domínguez Fernández, Guillermo
9788499218656
220 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta publicación es el resultado del trabajo de toda la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pablo de Olavide, UPO (profesorado, alumnado, PAS y tutores externos), que, con los diferentes equipos decanales que han ocupado el cargo de innovación y responsabilidad de estos proyectos (desde el 2009 al 2015), han gestionado y dinamizado las tres fases del proyecto que aquí se presenta. Todos han intentado hacer del proceso necesario para los nuevos planes de estudios de grado algo más que una respuesta burocrática a la demandas de Bolonia y su concreción por las diferentes administraciones educativas. El periodo mencionado de acciones desarrolladas se estructura en tres fases: a) creación de espacios para el intercambio de experiencias y buenas prácticas del profesorado, y elaboración del Verifica y de las guías docentes (2009-2011); b) desarrollo de los planes de estudios y constitución y desarrollo de las comunidades

pedagógicas de aprendizaje y la elaboración de los Modifica (2011-2013); c) validación de los planes de estudios a través de las competencias adquiridas y transferidas por el alumnado en las prácticas como base de los autoinformes de las acreditaciones de las diferentes titulaciones (2014-2015).

Cómpralo y empieza a leer


con vivencias
El filósofo desnudo
Alexandre Jollien
Octaedro

El filósofo desnudo

Jollien, Alexandre
9788499214917
184 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cómo vivir más libremente la alegría cuando nos tienen presos las pasiones? ¿Cómo atreverse a distanciarse un poco sin apagar un corazón? A partir de la experiencia vivida en carne propia, Alexandre Jollien intenta, en este libro, diseñar un arte de vivir que asume lo que resiste a la voluntad y a la razón.

El filósofo se pone al desnudo para auscultar la alegría, la insatisfacción, los celos, la fascinación, el amor o la tristeza, en resumen, lo que es más fuerte que nosotros, lo que se nos resiste... Citando a Séneca, Montaigne, Spinoza o Nietzsche, Jollien explora la dificultad de practicar la filosofía en el corazón de la afectividad. Lejos de dar soluciones o certidumbres, Jollien, junto a Hui Neng, patriarca del budismo chino, descubre la frágil audacia de desnudarse, de desvestirse de uno mismo. Tanto en la adversidad como en la alegría, nos invita a renacer a cada instante lejos de las penas y de las esperanzas ilusorias.

Esta meditación inaugura un camino para extraer la alegría

del fondo del fondo, de lo más íntimo de nuestro ser.

Cómpralo y empieza a leer

convivencias
Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos
Claves para un óptimo aprendizaje y comportamiento
Mercedes Aguirre Lipperheide
Octaedro

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Aguirre Lipperheide, Mercedes
9788499217529
248 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La doctora en Biología Mercedes Aguirre Lipperheide (Getxo, 1966) tiene ya publicados dos extensos libros relacionados con la alimentación, la suplementación y la salud: Guía práctica de la salud en la infancia y la adolescencia (Octaedro, 2007) y Salud adulta y bienestar a partir de los 40 (Octaedro, 2011). En este tercer libro, saca a relucir la importancia que la alimentación (y puntualmente la suplementación) puede llegar a tener de cara a apoyar el desarrollo cognitivo y emocional de niños y adolescentes, un aspecto que gana más relevancia, si cabe, en aquellos jóvenes que tienen un problema declarado en dichos ámbitos. La escalada de niños etiquetados con algún problema de aprendizaje y/o comportamiento (TDA/TDAH, problemas de concentración, dislexia, etc.) resulta en ocasiones llamativa y necesariamente requiere un análisis más profundo sobre sus posibles orígenes.
En esto se centra precisamente este libro. Por un lado, se intenta explicar al lector, de una manera didáctica y

cercana, las bases que sustentan una adecuada maduración cerebral, para luego poder entender qué puede ir mal en este proceso que explique posibles problemas de aprendizaje y/o comportamiento (primera parte). La segunda parte del libro, más extensa, se centra en analizar nuestra alimentación y el modo en que puede afectar, para bien o para mal, el desarrollo cognitivo y/o de comportamiento de niños y adolescentes. Este enfoque es, sin duda, novedoso y a buen seguro va a ayudar a muchos padres a entender mejor cómo apoyar las necesidades de sus hijos, bien sea para reforzar un adecuado desarrollo cognitivo y emocional o, en caso de existir alguna alteración, para superarla con mayor éxito.

Cómpralo y empieza a leer

Gemma Lluch
Felipe Zayas
RECURSOS
EDUCATIVOS
Leer en el centro escolar
El plan de lectura
Octaedro
Editorial

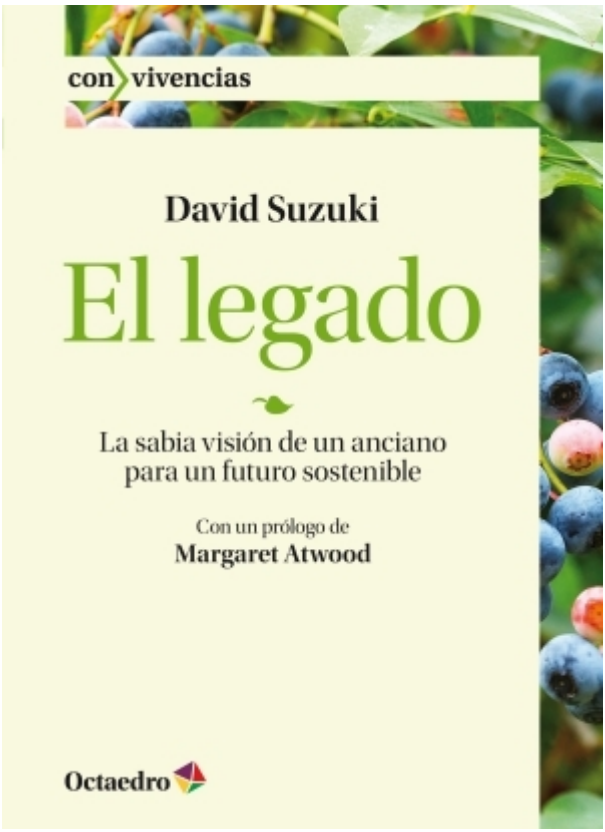
Leer en el centro escolar

Zayas Hernando, Felipe
9788499217925
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ser lector competente es imprescindible en la actualidad para satisfacer necesidades personales, actuar como ciudadanos responsables, alcanzar los objetivos académicos, lograr la cualificación profesional y seguir aprendiendo a lo largo de la vida.
La competencia lectora incluye destrezas muy complejas que hasta hace varias décadas eran logradas únicamente por una minoría de la población y que en la actualidad constituyen un objetivo básico en todos los niveles escolares. La magnitud de este objetivo incita a promover, en los centros, planes de lectura que impliquen a toda la comunidad educativa.
Este libro está concebido como una ayuda para elaborar y poner en marcha los planes de lectura en los centros escolares: se define el marco conceptual en el que se puede basar el plan, se dan criterios para analizar el marco contextual al que se han de adecuar las acciones programadas, se describen estas acciones y se proporcionan criterios y medios para su evaluación.

Cómpralo y empieza a leer


convivencias
David Suzuki
El legado
La sabia visión de un anciano
para un futuro sostenible
Con un prólogo de
Margaret Atwood
Octaedro

El legado

Suzuki, David
9788499213446
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué diría David Suzuki, uno de los ancianos más preeminentes del planeta, si tuviera que resumir en una última clase magistral todo lo que ha aprendido durante su vida? El legado es una versión ampliada de la conferencia que pronunció en diciembre del 2009 y que constituye el núcleo de una película del 2010 titulada Force of Nature («La fuerza de la naturaleza»). Suzuki narra la fascinante historia de cómo hemos llegado, como especie, a donde estamos hoy y presenta su inspiradora visión para un futuro mejor.
Durante toda su vida, Suzuki ha sido testigo de la explosión del conocimiento científico, así como del cambio enorme en nuestra relación con el planeta —la triplicación de la población mundial, una huella ecológica mucho mayor como resultado de la economía global y un enorme crecimiento de la capacidad tecnológica—. Estos cambios han tenido un efecto funesto en los ecosistemas de la Tierra y, por consiguiente, en nuestro propio bienestar.
Para resolver esta crisis, Suzuki sostiene con vehemencia que debemos darnos cuenta de que las leyes de la naturaleza

tienen prioridad sobre las fuerzas económicas y de que el planeta, sencillamente, no puede sostener un crecimiento sin restricciones. Debemos admitir también los límites del reduccionismo científico y la necesidad de adoptar un punto de vista más integral. Y, seguramente lo más importante, debemos unirnos —como hemos hecho en otros momentos de crisis— para responder a los problemas a los que nos enfrentamos. Suzuki concluye diciendo que el cambio empieza con cada uno de nosotros; todo lo que se requiere es imaginación para soñarlo y voluntad para hacer del sueño una realidad.

El «legado», en esta clase magistral, contiene palabras crudas y veraces sobre el mundo en que vivimos, pero también esperanzadoras: nuestra oportunidad —si la aprovechamos— para lograr «la belleza, la maravilla y la complicidad con el resto de la creación».

Cómpralo y empieza a leer